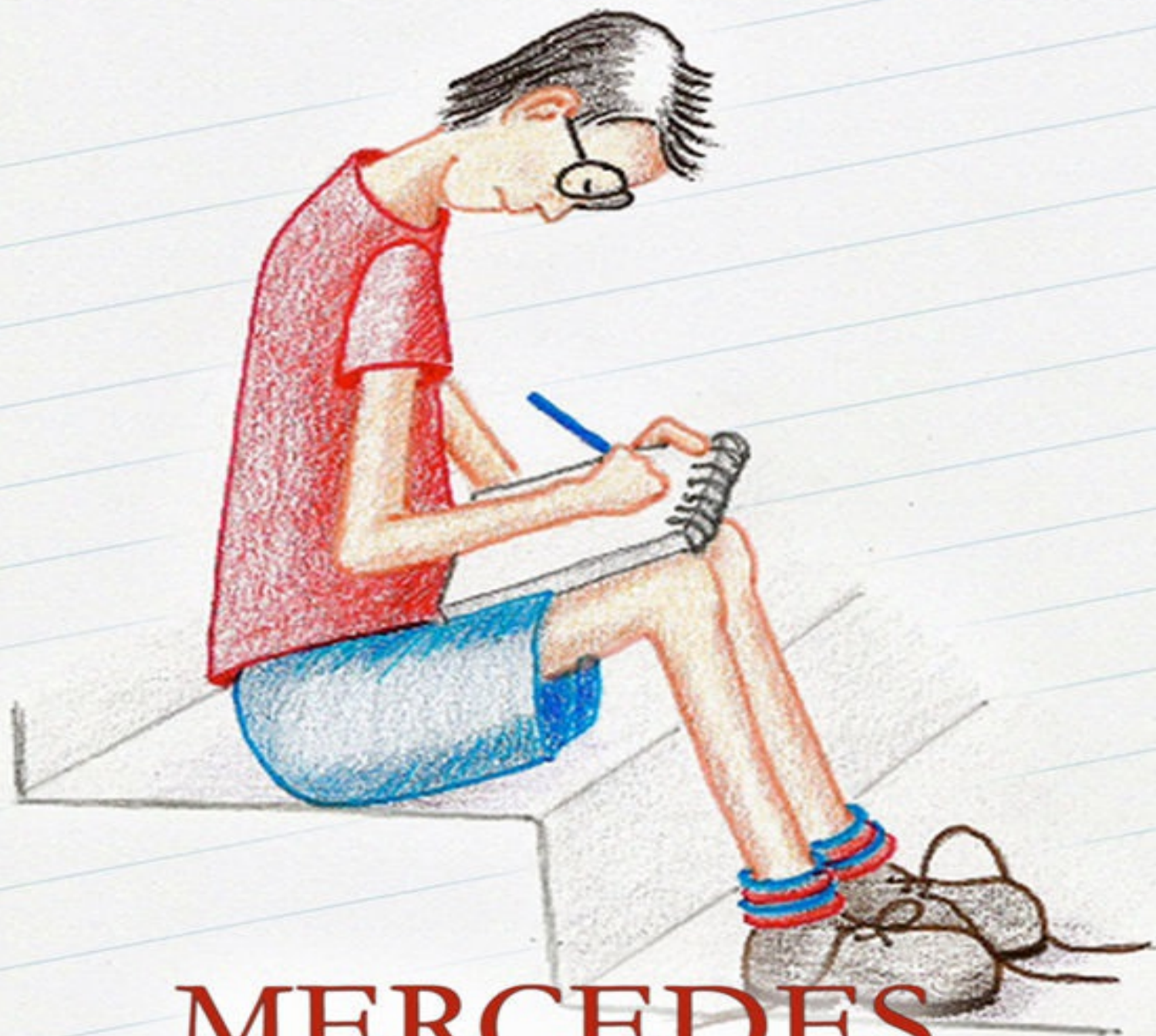




MERCEDES
PINTO
MALDONADO

El talento de Nano



EL TALENTO DE NANO

Mercedes Pinto Maldonado



1.ª edición: septiembre, 2013

© 2012 by Mercedes Pinto Maldonado

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B. 23.125-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-583-3

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mis futuros nietos,
con todo mi cariño.*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Nano

En casa de Quino

Nano en el colegio

LAN Party

El beso de Tina

Nano en cama

Visita a Don Hilario

El cumpleaños de Tina

Nano y su padre

La zancadilla

El pastor

La excursión

La familia de tío Lucio

La inundación

El castigo de Doña Rosa

Honestidad, lealtad y traición

El concurso

Perro Weno

Paseando con Tina

La tormenta

Don Rafael

Nano llega tarde de nuevo

La soledad de Nano

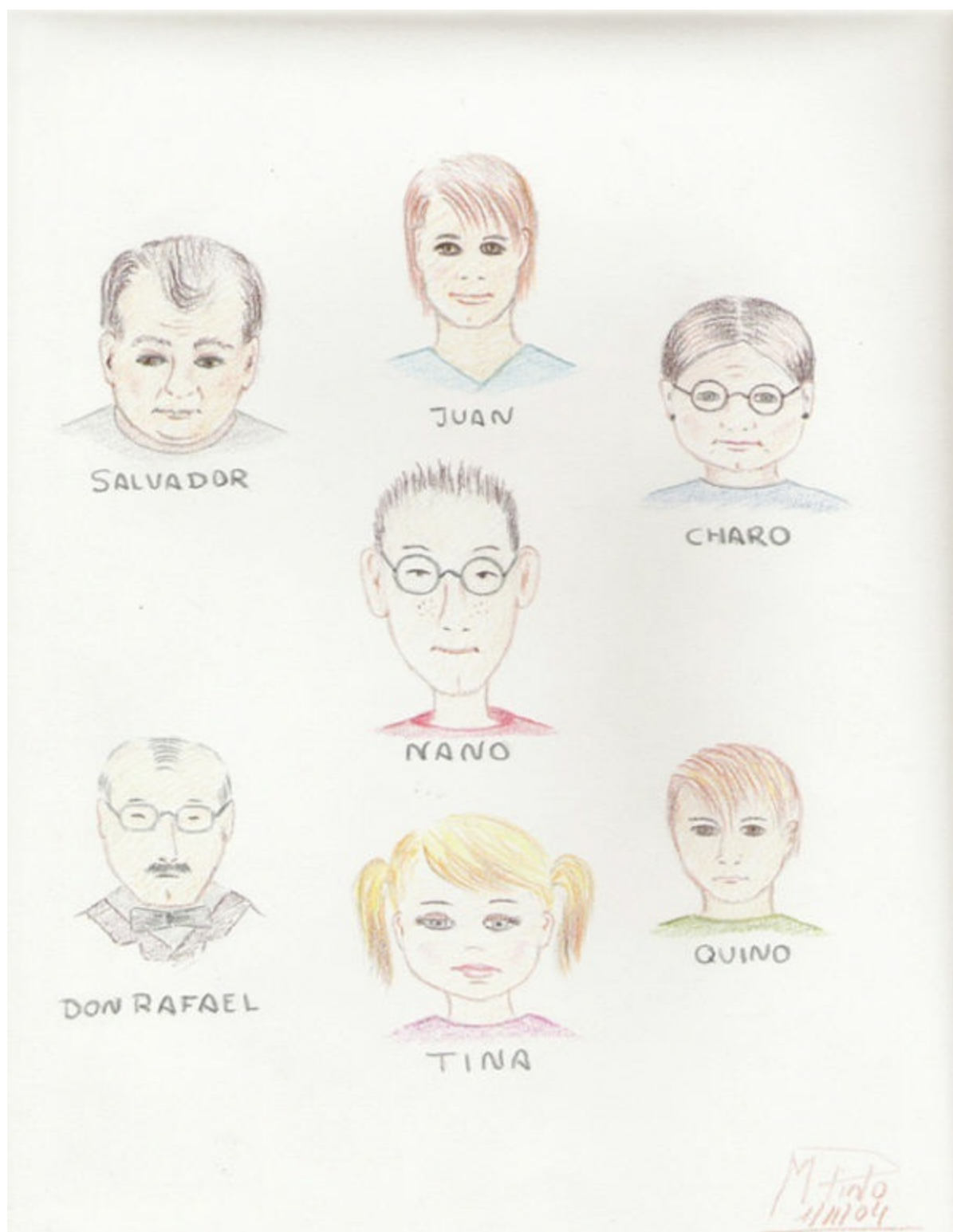
Charo

La noticia

Los sentimientos

La visita de Don Rafael

Visita al algarrobo
De compras
El gran día
El fallo del jurado



Nano

Nano es un muchacho delgado, muy delgado, con una afilada nariz que junto a sus

grandes orejas forman tres puntos de apoyo perfectos para sujetar sus pesadas gafas, aún así éstas parece que van a precipitar en cualquier momento y dejar desnudos sus tristes ojos, todo en él da la sensación de estar al borde del abismo. Parece tan frágil que cuando lo miras sientes ganas de protegerlo.

Tiene trece años recién cumplidos, y podría decirse que vive sólo con su madre, ya que su hermano Juan, de veintidós años, pasa su tiempo entre el taller donde trabaja y sus numerosos amigos, y su padre siempre está viajando debido a su trabajo. También tiene una prima de doce años que vive dos casas más abajo de la suya, pero para ella como si Nano no existiera, menos cuando se le rompe el ordenador, entonces da dos toques al móvil de su primo y éste se planta en su habitación en un periquete, pone sus hábiles dedos sobre el teclado, moviéndolos con tanta rapidez, que casi parece que las teclas tienen vida propia, mientras su prima Tina abre sus grandes ojos quedando perpleja de nuevo ante ese gran milagro de la vuelta a la vida de su PC.

Conseguido su fin, Tina despide a su escuálido primo con rapidez, y vuelve a preguntarse cómo es posible que aquel ser tan especial pueda ser el hijo de la hermana de su madre. Después, él sale de la habitación dando saltitos, y por un momento bajo sus gafas brilla algo más que el cristal.



Le llaman Nano porque en el momento en que nació, su hermano, que ya tenía nueve años, decidió llamarle enano, y cuando aquel diminuto niño empezó a hablar y le preguntaban por su nombre, al no tener todavía dominio del lenguaje, contestaba que se llamaba Nano, como queriendo decir enano.

-¡Nanoo...! ¡Nanoo...! -gritaba su madre en un intento sobrehumano por conseguir hacerse oír por encima de los auriculares de su hijo-. Tu padre al teléfono.

-¡Voy mamá!

En realidad Nano no la había oído, pero eran las siete en punto de la tarde, y acababa de sonar la alarma que tenía programada en su ordenador, porque su padre siempre llamaba a la misma hora.

-¿Que pasa gordo? -sonaba la voz de su padre al otro lado del teléfono.

-Nada -contestó Nano.

-¿Estás cuidando a tu madre?

-No

-¿Has terminado tus tareas?

-Si.

-Hijo, ¿podrías ser un poco más extenso en tus contestaciones?

-Vale.

-Anda, pásame a tu madre -terminó Salvador.

Y así cada tarde, a las siete en punto, de lunes a viernes hasta la próxima alarma que sonaría a las nueve, hora de cenar. El resto del tiempo lo pasa recluido en su cuarto donde tiene guardado el reino más fantástico que se pueda imaginar.

Su cuarto tiene una gran ventana situada detrás de su ordenador, por donde ve pasar a su prima Tina varias veces al día. Las numerosas cajas llenas de CDs invaden casi todo el espacio de su habitación. En ellos guarda dibujos sobre personajes hechos por el mismo una y otra vez, imágenes de castillos, paisajes siniestros, escritos describiendo lugares que después pasaría a papel, frases fantásticas que había oído en algún lugar y que guardaba porque quedarían perfectas en la boca de alguno de sus personajes, información sobre concursos de jóvenes escritores y mil cosas bajadas de Internet. Porque Nano estaba seguro de que algún día, demostraría a Quino (el primero de la clase), a sus padres, a su invisible hermano Juan y a su prima Tina, que era algo más que el inútil Espaguifotas, como le llamaban Quino y sus secuaces.

Se imaginaba en el centro de un gran foro que aplaudía incansable a su persona mientras todo era emitido por las más importantes cadenas de televisión, y que dejaba atónitos a todos aquellos que le habían ignorado siempre, sobre todo a su prima Tina. Era consciente de que con su físico nunca la conquistaría y lo intentaría con sus éxitos.

Una vez escuchó a su padre decir: “Para que una mujer se enamore de un hombre, éste tiene que provocar en ella su admiración”, y desde luego, nada como salir en televisión. Tina siempre estaba al tanto de todo lo que salía en aquella pantalla, sobre todo cuando los protagonistas eran chicos de su edad. Así que, en cuanto consiguiera poner en orden toda la información acumulada, y sobre todo organizar lo que había en su cabeza, se pondría manos a la obra, y como dijo Sean Connery en “Descubriendo a

Forrester”, sólo hay que escribir, escribir y escribir.

A Perro Weno, que así se llama su fiel amigo, lo somete cuando está inspirado a los más largos discursos. Le habla sobre sí mismo, sobre los que le rodean, sobre informática, sus planes, sus fantásticas historias, que más da, le habla y habla sobre todo para demostrarse a sí mismo que, como dice su madre, no es “semimudo” y puede enlazar más de dos palabras seguidas sin atrancarse.

-¡Nanoo...! ¡Nanoo...! -creía escuchar de nuevo Nano por encima de los auriculares, en el espacio que sucede entre una canción y otra.

-¡¿Vas a hacerme subir a por ti?! -gritó su madre.

-¿Qué? -contestó sin disimular su desgana.

No podía ser su prima, era su hora de baile, y tampoco era la hora de la cena, así que estaba claro que su madre necesitaba ayuda para correr algún mueble, o quería que fuese a por alguna cosa a la tienda para la cena. Su madre hacía dos cosas importantes en su vida: limpiar y cocinar.

En casa de Quino

-¡Quino pregunta por ti! -dijo su madre visiblemente enfadada.

-¿Qué pasa Espaguifotas? -saludaba Quino al pié de la escalera mientras Nano bajaba, más apático que de costumbre al ver cual era el motivo por el que había tenido que interrumpir su búsqueda en Internet.

-Verás -siguió Quino-, me he enterado que eres un hacha en esto de la informática y acabo de comprarme un ordenador de segunda mano, una ganga ¿Sabes? El caso es que no consigo que arranque ese chisme ni a la de cien. ¿Podrías alargarte un momento a casa y echarme una mano? Mi padre nos espera dentro del coche.

_ ¡Vale! -fue todo lo que dijo.

Nano volvió a subir los cuatro peldaños que le había dado tiempo a bajar antes de que Quino le hablara, cogió algunos CDs que podía necesitar y se despidió de su madre.

Y de pronto se encontró con Quino, su maravilloso padre y dentro de su fantástico coche. -“¿Cómo es posible que se haya comprado un ordenador usado alguien que tiene un coche así?”-pensaba Nano mientras el padre de Quino le saludaba más amable que de costumbre, en realidad amable por primera vez.

-¡Hola mmm....! -intentaba saludar el padre de Quino.

-Antonio, me llamo Antonio -dijo Nano.

-¡Ah!, perdona, no he oído nunca a nadie llamarte por tu nombre de pila.

-Lo sé, pero me llamo Antonio, dijo Nano con toda la fuerza que encontró en su pobre espíritu.

Al llegar a la casa de Quino, el padre sacó de la guantera el mando a distancia y abrió un portón que fotografió en su mente, para poderlo dibujar en uno de los castillos de sus historias. Una vez dentro de la gran muralla que rodeaba el jardín, Nano miró por la ventanilla del coche y quedó maravillado. Sus ojos se abrieron de par en par como jamás en su vida, todo era incomparable a lo que había visto hasta ahora, un gran jardín, piscina, pista de tenis..., hasta una pequeña casita de invitados. Una vez dentro de la casa, siguió mirando a su alrededor aún más sorprendido, los lujos y detalles asomaban por todas partes. No dejaba de pensar porqué esa familia con tantos recursos había comprado un ordenador de segunda mano, pero... ¿Hay algo más importante que un equipo informático con conexión a Internet? Nano pensó en sus padres, ellos no tenían ninguno de esos lujos pero con él no habían escatimado en gastos a la hora de proporcionarle un buen equipo, aunque no tuviesen ni idea de para qué servían todos aquellos trastos, ni el sentido de pagar las letras cada mes. Algo les decía que aquello era

importante para su hijo y eso bastaba. -“Un día de estos tengo que darles las gracias” - pensó Nano.

Mientras subía aquella escalera, entre Quino y su padre, con peldaños de mármol y baranda de roble, se sintió muy pequeño y distinto, pero a la vez se dio cuenta de que aquella diferencia no le molestaba en absoluto, al pasearse por aquella escena en la que se veía tan fuera de lugar, comprendió la diferencia entre el precio de las cosas y su verdadero valor.



El cuarto de Quino era espacioso, casi perfecto, sino fuera por el viejo ordenador que en ese momento presidía una gran mesa de nogal a juego con el resto del mobiliario.

-Bueno, aquí tienes el ordenador, ¿crees que podrás hacerlo funcionar? -dijo Quino.

-No lo sé –fue todo lo que dijo hasta casi la hora de marcharse.

Nano se sentó en un mullido sillón de despacho frente a aquella antigualla, mientras sus dedos empezaron a bailar sobre el teclado ante la mirada de asombro de Quino y su

padre.

Al cabo de media hora el aparato empezó a dar señales de vida. Quince minutos más tarde estaba a punto.

-¿Ves, Quino? Ya sabía yo que en estas cosas no vale la pena invertir demasiado -dijo el padre de Quino.

-No estoy de acuerdo. Por ahora funciona, pero hay que cambiar la fuente de alimentación, ponerle un ventilador nuevo y aumentar las megas de RAM. Y eso es sólo el principio. Así que dentro de un par de meses ya veremos si sigue pensando que ha hecho una buena adquisición -apuntó Nano dirigiéndose al hombre.

Nano pensó que debería haberle dado trato de señor Salas al padre de Quino pero, probablemente porque cuando se encontraron aquel hombre no se acordó de su nombre, sencillamente no le salió con naturalidad. Seguramente en aquella casa se referían a él como Espaguifotas, ya que ellos fueron quienes le pusieron el mote, después de que Quino le hubiera dicho mil veces “espagueti” y “gafotas” terminó uniendo las dos palabras, decía que el mote no podía ser más perfecto.

-Bueno pero tu podrías ayudarnos en caso de que necesitáramos esos cambios -volvió a hablar el padre de Quino.

-Los necesitaran, se lo aseguro, y bueno, si que podría ayudarlos pero por un módico precio -contestó Nano sabiendo que esa contestación lo podría librar de que volvieran a llamarlo, aunque no tenía ninguna intención de cobrar por algo así.

-Bueno, bueno, por lo pronto tenemos el ordenador arreglado -dijo Quino.

-Eso, por lo pronto. Tengo que irme a casa -terminó Nano.

Cuando Nano llegó a casa, Charo le hizo la encuesta de rigor, a lo que Nano contestó con sus acostumbrados monosílabos, volviendo a dar la razón a su madre en eso de que era semimudo.

Nano decidió que ya era tarde, casi la hora de cenar, y no merecía la pena concentrarse de nuevo en su aventura, además Tina ya habría vuelto del baile y no podría verla pasar bajo su ventana. Así que abrió la puerta de su dormitorio y dejó salir a Perro Weno, al que había dejado encerrado sin darse cuenta. El animal salió como una bala y los dos se dieron un largo paseo. Durante el camino Nano contó todos los acontecimientos de aquella tarde a Perro Weno. Procuraba guardar silencio cuando pasaba alguien, aunque a veces le pillaban, esto había hecho que corriera el rumor por el barrio de que el hijo de Charo andaba mal de la cabeza. Cuando la madre de Nano escucho aquel rumor en la carnicería se quedó tan preocupada que a partir de ese momento estuvo espionando a su hijo varios días.

Nano en el colegio

Al día siguiente cuando Nano llegó al colegio notó que Quino no sólo le saludaba por primera vez, sino que además lo hacía con una amplia sonrisa, a lo que él contestó simplemente hola, sin más, aquel compañero no merecía un “buenos días”. Él no solía actuar de esa forma con su prójimo, pero se sorprendió a sí mismo. El día anterior Quino le había sacado de quicio, ese muchacho nunca había sido santo de la devoción de Nano, pero con el último acontecimiento consiguió que el concepto que tenía de él disminuyera aún más. Además su prima Tina estaba a punto de llegar y a ella si que le tenía que dedicar su mejor saludo y su mejor sonrisa, no quería perderse la ocasión por culpa de Quino.

Era viernes, eso lo ponía especialmente contento, tenía todo el fin de semana para empezar a poner en orden tanto trabajo acumulado para su historia.

Mientras pensaba en como empezaría a escribir su relato, no sólo debió pasar Tina sin que se diera cuenta, sino que además, se quedó solo en el pasillo, sumido en una de sus habituales ausencias.

-¡Antonio! ¡Antonio! -lo llamaba algo alterado el profesor de lenguaje -La clase ha empezado hace tres minutos.

Nano siempre se preguntó porqué Don Rafael se molestaba tanto en mostrar ese aspecto tan peculiar: camisa, chaqueta, pajarita negra y rectangular como su bigote, deslumbrantes gemelos, gomina en la calva y brillantes zapatos. Pensaba que él había nacido así, no podía remediar llamar la atención por ser diferente, pero Don Rafael sólo tenía que dejar de dedicar cada día media hora a su aspecto. -“La gente es tan extraña”- pensó mientras cruzaba la puerta que lo introducía en la clase que más interés le despertaba. Como de costumbre, sus compañeros se rieron al verlo entrar con su típico semblante de “no me entero de nada”. Bueno en esta ocasión se rieron todos menos Quino, no sólo porque el día antes Nano le había hecho un favor, sino también porque últimamente Don Rafael se había enfadado seriamente con él por mofarse de algunos de sus compañeros, y le advirtió que la próxima vez su comportamiento se reflejaría en sus notas, y si había algo que le importara realmente a Quino eran sus magníficas notas.

A Nano la clase de lengua le gustaba, su profesor no sólo se dedicaba a enseñar el significado de las palabras y a construir oraciones correctamente, que ya era muy importante para la empresa que él tenía pendiente, además enseñaba a inventar historias, tanto de forma escrita como hablada. Nano se quedaba embelesado escuchando a su profesor, era un erudito de la palabra, y tenía la sensación de que: entre todos los

profesores sólo Don Rafael confiaba en él, hacía que participara en clase y castigaba con vehemencia a los alumnos que intentaban despojarlo de su dignidad con sus burlas. Siempre le aprobaba y, aunque rara vez le ponía una buena nota, eso ya era mucho teniendo en cuenta las calificaciones de las demás asignaturas. Sólo en dibujo conseguía sobresalir del resto de sus compañeros, incluso a veces superaba a Quino, pero la nota de esta materia nadie la consideraba importante. No es que le importara en absoluto sacar más o menos nota que aquel chico insolente, pero sabía que para entrar en su pandilla había que tener buenas calificaciones, y en la pandilla de Quino estaba Tina.

La clase empezó bien, y el profesor después de saludar a los alumnos comenzó:

-Voy a daros tres palabras para construir una historia: vacaciones, montaña y tormenta.

Nano pensó que no eran precisamente las palabras que él hubiera elegido, le gustaron más las de la semana anterior: caballero, hermano y reino. Pero él podía construir mil historias con una sola de esas palabras.

Don Rafael prosiguió:

-Cómo siempre tenéis una hora para desarrollarla, este relato sumara un punto al examen de evaluación. Así que no perdamos ni un momento. El tiempo comienza ya - terminó por el momento el profesor.

Para Nano escribir una historia en una hora no era fácil, con la de aventuras que ya se le estaban ocurriendo. Ya veía los personajes y los lugares donde se desarrollaría, sólo describir esas zonas le podría llevar más de una hora. Pero daba igual, ya contaba con eso, y se puso a escribir pensando exclusivamente en poner en el papel todo lo que llegaba a su mente.

Y comenzó su historia así:

Aquel largo fin de semana Nico y su padre pensaron ir a la cabaña que pertenecía a la familia desde hacía tiempo. Después de la separación de los padres de Nico todos habían pasado un año muy problemático y desagradable, la relación entre padre e hijo estaba algo deteriorada, así que Miguel pensó que subir a esa montaña, que siempre habían visto desde la cabaña, era una buena excusa para hacer algo con su hijo y recuperar los lazos afectivos perdidos. Los tres días de descanso que les ofrecía aquel magnífico puente eran perfectos para la ocasión.

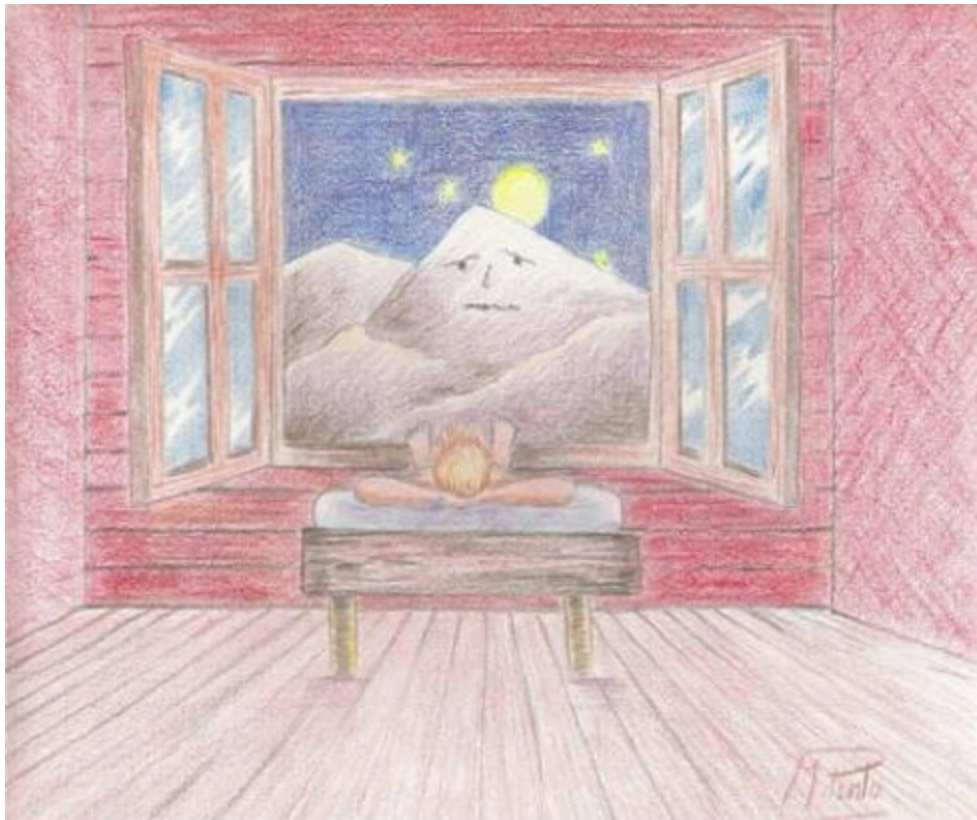
Nico no quería ir, había luchado hasta lo imposible para quedarse con su madre aquellas vacaciones, eran las fiestas de su pueblo y había hecho muchos planes con sus amigos.

El día que su padre fue a recogerlo a casa hacía una mañana perfecta. Miguel estaba eufórico, y por el camino no paró de hablar y recordarle a su hijo los tres días tan

maravillosos que les esperaban.

Llegaron después de cinco largas horas, con un viaje a las espaldas cargado de incidentes que se les hizo muy pesado, sobre todo por la hora que pasaron bajo un sol abrasador cambiando una rueda del coche. Después de soltar los numerosos bultos que llevaban comieron algo frío, y pasaron la tarde hablando de la ruta que harían al día siguiente y de lo que era o no conveniente echar a las mochilas para la excursión. Mientras que su padre hacía planes, la cabeza de Nico estaba en otro lugar, no paraba de pensar en las atracciones que habrían llevado a su pueblo aquel año para las fiestas.

A las ocho de la tarde Nico y su padre ya estaban metidos en la cama, y a las ocho y dos minutos Miguel ya roncaba como un oso, Nico acababa de descubrir porque su madre dijo aquella mañana a su padre: “No aguanto ni un día más, necesito descansar de ti y estoy decidida a hacerlo”, él llevaba diez minutos en la misma habitación de su padre y desde luego estaba convencido de que así no se podía descansar. Aquel espantoso ruido era capaz de volver loco a cualquiera, y mucho más en el silencio de la noche, cuando uno intenta dormir después del cansado viaje.



Ante la imposibilidad de pegar ojo, Nico cruzó los brazos bajo su cabeza y se puso a mirar las estrellas por la ventana abierta que tenía frente a su cama, hacía una noche increíble, desde aquel lugar se veían más estrellas de las que había visto jamás y la

luna estaba imponente, completamente llena y justo sobre la cima de la montaña que tendrían que subir al día siguiente. Tras los horribles estruendos que salían de la garganta de su padre reinaba un silencio casi mágico.

Al cabo de un rato de tener la mirada puesta en la montaña, aunque su mente estaba en las fiestas de su pueblo, se dio cuenta de que en ella se intuía un rostro, y que incluso la boca y los ojos que éste dibujaba se movían.

-“Debo estar perdiendo la cabeza” -pensó en un intento de recuperar la cordura y poner en orden su mente.

Unos minutos mas tarde Nico descubrió que la montaña no sólo tenía un semblante que gesticulaba, además los ronquidos de su padre empezaban a formar palabras, cada vez se vislumbraba con más claridad que aquellas ruidosas respiraciones se estaban transformando en una voz profunda que le estaba hablando. En su nuevo intento de relajarse, se concentró y empezó a escuchar cada vez con más claridad, y...sí, la montaña le estaba hablando a través de los estrépitos de su padre, ya no tenía dudas. Quizás fuese fruto de su imaginación, pero desde luego él, en ese momento, veía y oía con absoluta claridad. Hubiera querido cerrar aquella ventana, pero le resultaba imposible, una fuerza mayor a su voluntad lo obligaba a permanecer inmóvil en aquella cama. El miedo empezó a apoderarse de él, temblaba y sudaba como nunca en su vida. Quiso tirar de la ropa de cama que tenía enrollada a sus pies y utilizarla de escondite, pero tampoco pudo. Intentaba acabar con aquella pesadilla cerrando los ojos, pero la voz seguía ahí.

De pronto aquellas palabras que hasta ahora no terminaba de entender se oyeron con claridad en aquel aplastante silencio, y se escuchó:

-Nicoo...Nicoo..., detrás de mí hay una gran tormenta que se posará sobre vosotros en una hora.

Ahora Nico supero su miedo para mirar fijamente aquel cielo en el que no había ni una sola nube, mostraba un azul luminoso y estaba salpicado de las más brillantes estrellas que había visto jamás. Resultaba imposible creer que en una hora se desataría una gran tormenta, como le estaba anunciando la montaña.

Repentinamente el altavoz de megafonía soltó tres horribles latigazos anunciando el final de la hora de clase de lengua.

-Tenéis que entregar los trabajos de inmediato, el profesor de matemáticas ya está esperando en la puerta -sonó la radiofónica voz de Don Rafael.

Una vez más tenía que entregar su historia sin terminar, y una vez más tendría que conformarse con el suficiente, mientras Quino y su grupo sacarían sobresaliente, como siempre. Nunca conseguiría entrar en aquella pandilla de empollones y estar cerca de su

prima Tina.

Quino miró a Nano de reojo con su irónica sonrisa, porque suponía que de nuevo había dejado su historia a medias, pero no se atrevió a hacerle ningún comentario despectivo seguido del clásico “Espaguifotas”, estaba demasiado reciente el favor que le había hecho el día anterior. Quino disfrutaba recordándole a Nano que nunca podría estar a su nivel, ni físicamente, ni intelectualmente, parecía que lo que en realidad le impulsaba a luchar tanto por sus calificaciones fuese recordarle a aquel inofensivo niño que siempre estaría por encima de él en todo.

Nano se levantó con desánimo y dejó sus tres folios sobre la mesa de Don Rafael, bajo la mirada más que comprensiva de éste.

- Lo conseguirás Antonio, eres muy bueno en esto, pase lo que pase nunca dejes de escribir -le animaba el profesor con una tenue sonrisa.

Y a punto ya de volver a su pupitre oyó de nuevo la voz de Don Rafael decirle:

-Antonio, ¿terminarás para mí tu historia?, no puedo incluir en la nota la parte que acabes en casa, pero me encantaría conocer alguna vez uno de tus finales.

Nano se quedó absolutamente paralizado, después de asegurarse de que era a él a quien le hablaba el profesor, se volvió con cara de sorpresa, con unos ojos que jamás habían estado tan abiertos. Rojo como una gamba, dejó salir un tímido sí, apabullado por la situación, mientras se recriminaba a sí mismo y se decía: -“no eres semimudo, sabes hablar mejor que ninguno de tus compañeros, tu estúpida timidez es la que te apartará del éxito”-.

Que Don Rafael le hubiera pedido a Nano que terminara aquella historia era para aquel tímido niño toda una victoria, no recordaba que aquel profesor se hubiera dirigido a ningún alumno para nada parecido. En aquel momento se sintió importante por primera vez en su vida.

Tanto en la hora de matemáticas como en el resto de la mañana, Nano no pudo dejar de pensar en el comentario de Don Rafael. Por supuesto que terminaría su historia, y no sólo la terminaría, además la ilustraría, ya tenía mil ideas para aquellos dibujos, las imágenes se agolpaban en su mente incluso antes de pensar en ellas. No podía dejar pasar esta oportunidad de demostrar a Don Rafael que era capaz de mucho más de lo que aparentaba en clase. Se pondría manos a la obra en cuanto llegara a casa, era viernes y por lo pronto tenía todo el fin de semana para trabajar en aquel proyecto que se convertiría en su obsesión durante algún tiempo.

LAN Party

Antes de llegar a casa, y por si tenía alguna duda, ya todo anunciaba los dos días de descanso que se avecinaban. Toda la calle olía al estofado que su madre hacía cada viernes. La puerta de su casa estaba entreabierta avisando de que Charo le estaba esperando, y nada más cruzar el umbral de la entrada escuchó la voz de su madre:

-¡Nano! Tu padre ha llamado. Llegará sobre las cinco de esta tarde, ha hablado con tu tío Lucio y han quedado para pasar el fin de semana en su pueblo y recoger calabacines y judías verdes. Estaremos hasta el domingo por la tarde, así que ve cambiándote de ropa mientras yo pongo la mesa, quiero que cuando llegue tu padre todo esté preparado, ya sabes lo nervioso que se pone cuando tiene que esperar.

-No puedo -dijo Nano con contundencia.

-¿Qué? ¿Cómo que no puedes? -habló Charo sorprendida por la respuesta de su hijo. Ella ya sabía que a Nano no le entusiasmaba el campo, pero nunca se había atrevido a contrariar sus órdenes.

-Tengo que hacer un trabajo de lengua -dijo Nano en tono imperativo.

-No pasa nada, llévate el material, seguro que allí encuentras el tiempo y silencio necesario para hacer tu trabajo.

-Imposible, necesito el ordenador.



-¡Vaya!, tendrás que quedarte con tu hermano, y no me gusta un pelo, éste hermano tuyo es incapaz de cuidar de si mismo. Dime: ¿Cómo quieres que cuide de ti? -dijo su madre.

-Yo cuidaré de él -contestó Nano sin más.

-De acuerdo. Espero que cumpláis las normas: Nada de invitar a los amigos, nada de música alta y nada de dormir fuera de casa. No quiero tener que regresar de bulla y corriendo como la última vez. No se como os las arregláis pero al final siempre termino

arrepintiéndome de haberos dejado solos.

Nano nunca comprendió porque su madre no confiaba en él, no tenía amigos, siempre escuchaba la música a través de sus auriculares y nunca le habían invitado a dormir fuera de casa. La única diferencia entre cuando estaba o no estaba su madre era que comía a base de bocadillos, y que siempre se olvidaba sacar la basura. En cambio su hermano Juan no sólo rompía todas las normas básicas en cuanto sus padres salían de casa, además se saltaba otras que su madre no podía ni imaginar. Como cuando celebró en casa el cumpleaños de la que en aquel momento era su amiga muy especial, y terminaron durmiendo en el cuarto de sus padres, si su madre llega a aparecer en aquel momento le hubiera dado un infarto.

Una vez, Juan y sus numerosos amigos se reunieron en casa para invocar el espíritu del hermano de uno de ellos muerto en un accidente de tráfico, para ello llenaron la casa de velas, y durante el transcurso de aquella supuesta sesión de espiritismo, una de las velas cayó y quemó el tapete de la mesa. A ese paño de ganchillo su madre le tenía un especial cariño, la abuela tardó años en hacerlo. Cuando Charo regreso y vio que la fantástica labor de su madre no estaba en su lugar casi se muere del susto. Hubo que decirle que el gato de la vecina había entrado por la ventana y lo había enganchado con las uñas, y que lo tenía la abuela para intentar arreglarlo, porque sabían que si lo veía en aquellas condiciones se llevaría un gran disgusto. Por supuesto tuvieron que hablar con la abuela para que no dijera nada a su hija, a cambio de un montón de promesas que serían imposibles de cumplir.

La última vez que sus padres tuvieron que volver a casa precipitadamente fue porque: Juan olvido las llaves dentro de casa, y se encaminó a la de Tina imaginando que Nano estaría allí, ya que éste no le abría la puerta, Nano le dio las suyas, pero Juan también las dejó dentro al salir, así que tuvieron que llamar a sus padres para que regresaran, porque a ninguno de los dos les apetecía dormir una noche en casa de tía Alicia. Como resultado de aquello se quedaron sin salir una semana, porque Charo pensó que los dos eran culpables, por no ser responsables cada uno de sus llaves.

Lo cierto es que la madre de Nano había vuelto a ceder, no porque hubiera recuperado la confianza en ellos, más bien estaba demasiado contenta para discutir. De modo que en cuanto sus padres salieran por la puerta recordándoles mil veces las numerosas normas, Nano se reclutaría en su cuarto y se pondría a trabajar en la historia que había comenzado ese día en clase. Esta vez tenía la oportunidad de entregar a Don Rafael uno de sus trabajos de lengua terminado. El profesor le había dado la oportunidad de acabar su relato con todo el tiempo del mundo, y no iba a desaprovecharla.

A las cinco de la tarde sus padres cerraron la puerta tras de sí, curiosamente Juan

estaba en casa a esas horas para despedirlos amablemente e inspirarles confianza. A veces Juan pedía en el taller la tarde de los viernes libre y luego recuperaba ese tiempo quedándose una hora más durante cada día de la semana. Sus padres se mostraron agradecidos de que su hijo mayor hubiera pedido aquella tarde libre sólo para estar en casa en el momento de su marcha y poder escuchar de primera mano sus recomendaciones. Pero Nano se temía lo peor, parecía que él conociera más a Juan que sus propios padres, nunca comprendió cómo aquel inconsciente conseguía la confianza de sus padres con un comportamiento tan imprudente.

Juan, desde que tuvo conocimiento de que sus padres se irían el fin de semana, empezó a hacer planes y a comunicarle a sus amigos la gran noticia: tenían casa libre para lo que quisieran, y cuando estaba en la puerta despidiendo a sus padres su cabeza ya estaba maquinando como aprovechar esa oportunidad. Pero a Nano le daba igual, esta vez no dejaría que nadie ni nada estropeará lo que estaba más que dispuesto a cumplir.

Cuando la puerta se cerró Juan dijo a su hermano:

-Nano tenemos que actuar de prisa, dentro de dos horas estarán aquí mis amigos. Alex me ha prometido que si organizo en casa una LAN Party esta noche, mañana me dejará su descapotable para llevar al cine a Emma, la chica más impresionante que he conocido, de manera que manos a la obra, necesito tu ayuda, tu cuarto y tu ordenador - parloteo Juan tan rápido que Nano tardó unos segundos en lanzar sus replicas.

-¡Ni hablar! ¡Este fin de semana ni lo sueñes! Tengo que hacer un trabajo y necesito todo lo que me has pedido, no cuentes conmigo para nada -dijo Nano con contundencia.

-No puedes negarte, estoy al mando y tienes poco tiempo para organizarlo todo, además cuando termines podrás irte al sótano para hacer ese importante trabajo -terminó Juan.

Nano no entendía qué le llevaba a cumplir todas las ordenes de su hermano, su falta de carácter le hacía incapaz de replicar, lo había intentado pero sin éxito. De modo que inmediatamente pensó: -“Haré lo que me pide, trabajaré esta noche en el relato sobre el papel, al fin y al cabo tengo sábado y domingo para pasarlo al ordenador. Más vale que me ponga a trabajar lo más rápido posible en organizar la dichosa LAN Party para acabar con esto cuanto antes.

Después de preguntar a su hermano cuantos ordenadores se conectarían para la LAN Party se puso a trabajar para configurar la red. Sabía que esta clase de eventos informáticos daban muchísimos problemas hasta conseguir que todo funcionara. En realidad le gustaba el reto y, aunque conocía la teoría de cómo se hacía una cosa así, nunca lo había puesto en práctica. De todas formas, si salía mal, nada tenía que perder, el que se había comprometido era su hermano Juan, él sólo estaba allí para echar una

mano.

-Espero que tus amigos tengan todas las conexiones necesarias para organizar esto, yo no creo que tenga material -comentó Nano a Juan una de las veces que su hermano entró en la habitación para asegurarse de que todo estaba en marcha.

-No digas tonterías Nano. En las estanterías del sótano tienes cables como para dar diez veces la vuelta al mundo con ellos.

Nano no quiso contestarle, era evidente que Juan no tenía ni idea de lo que significaba montar aquel tinglado, y prefirió ahorrarse las explicaciones.

-¡Juan! ¡Juan! ¡Sube la mesa plegable! -gritó Nano desde su cuarto.

-¿La mesa plegable? ¿Qué suba treinta escalones con un armatoste que pesa una tonelada? ¡Necesitaré ayuda! -contestó Juan también gritando.

Nano se dispuso a ayudarlo recordando las veces que había subido y bajado él solo aquella mesa, -“¿para que le servirán tantos músculos?” -pensó Nano.

-¿Para que quieres ese chisme? -preguntó Juan.

-¿Dónde quieres poner los otros tres ordenadores? -respondió Nano a su pregunta cada vez mas enfadado porque Juan no parecía dispuesto a ayudar en lo más mínimo.

-Vale, vale, todo sea por el descapotable -habló Juan mientras bajaba tranquilamente al sótano a por la mesa.

A las siete menos cuarto sonó por primera vez el timbre de la puerta y ya no paró hasta varias horas después. Era Chús, el único de los amigos de Juan que a Nano le merecía algún respeto, le resultaba difícil creer que un muchacho como él tuviera aquellas compañías, cuya única aspiración en la vida era salir con todas las chicas que conocían. Chús era diferente, su aspecto desaliñado le delataba, y no solía enseñar los músculos cada dos por tres para compararlos con los demás.

A las ocho llegó el último, naturalmente Alex, el dueño de un descapotable que tendría que pagar con casi todo su sueldo durante varios años. Alex venía sin ordenador claro, él utilizaría el de Nano porque su padre se había negado rotundamente a que usara el de su casa para semejante experimento, según éste era su herramienta de trabajo. -“¿Para que quería un taxista un ordenador como herramienta de trabajo? ¿Es que transportaba a los clientes por la red?” -pensaba Nano mientras daba unas instrucciones básicas a Alex sobre como funcionaba el sistema operativo de su ordenador. Mientras daba las explicaciones a Alex, Nano comprendió que la noche iba a ser larga, ninguno de aquellos ineptos tenía las nociones suficientes como para dejarlos solos en aquel evento. Estaba claro que, menos Chús, aquellos muchachos nunca habían organizado una LAN Party.

Naturalmente para las nueve de la noche el cuarto de Nano era un mar de cables en plena tormenta. Nano se debatía entre todo tipo de artilugios informáticos, bolsas de

patatas fritas y los amigos de su hermano, que reían y bebían coca-cola dejándole a él todo el trabajo, bueno todos menos Toni, que pasaba todo el tiempo en el salón hablando por teléfono, esperaba que fueran llamadas metropolitanas, porque de lo contrario cuando llegara la factura seguro que cargaría él con toda la culpa, la última supuso para Nano como castigo arreglar el trastero, y todo porque su hermano conoció a una inglesa en Navidad de la que le costó deshacerse después de su marcha, aunque al final lo consiguió a golpe de teléfono. Por aquella época Nano aún no tenía banda ancha, y Charo pensó que se habría dejado el ordenador conectado a Internet algunas noches, sin darse cuenta claro.



-Bueno, creo que todo está a punto -anunció Nano prácticamente a gritos para hacerse oír entre tanta algarabía -.Me voy al sótano, espero que mañana todo esto esté recogido, no quiero ni pensar en que papá y mamá lleguen de improviso y vean este desastre.

A partir de aquel momento la noche transcurrió en un ir y venir, por parte de todos, del sótano al cuarto de Nano y al contrario. Los problemas informáticos se sucedían en cascada. Cuando parecía que todo estaba en marcha y Nano volvía al sótano de nuevo,

bajaba Alex para hacerle una pregunta sin sentido que sólo tenía como solución que Nano volviera al lugar del desastre e intentar arreglar el problema personalmente.

Casi al amanecer todos se quedaron dormidos, uno en el sofá, dos en el cuarto de Nano, Juan en el suyo y Nano en el sótano.

De repente Nano abrió los ojos de par en par como si algo le hubiese sido revelado en sueños, de inmediato observó que todo estaba completamente a oscuras. Se levantó a tientas intentando alcanzar el interruptor, sin tener todavía claro en el lugar donde se encontraba, en su cuarto o en el sótano. En su torpe búsqueda de la llave de la luz tropezó con algo, por el ruido que hizo al chocar contra el suelo intuyó que debía ser el mueble que albergaba la preciada colección de maquetas de aviones de guerra de su padre. Pero en aquel momento su olfato había encendido una alarma en su cerebro que le preocupaba mucho más. Un fuerte olor a plástico quemado inundaba toda la casa.

El interruptor no le devolvió la luz. Subió las escaleras tan rápidamente que no reparó, ni por un instante, en la cantidad de cosas que volcó por el camino: el paragüero, el jarrón de tulipanes, la mesita auxiliar del salón con el juego de fumador de porcelana y un sin fin de tientos que en aquel momento no tenían la menor importancia para Nano, teniendo en cuenta que la planta de arriba podría estar ardiendo. Perro Weno seguía a su amo como loco, no estaba acostumbrado a que su dueño se despertara a esa hora y parecía descolocado. Gracias al rayo de luz de una farola que entraba por la ventana, cuando entró en su cuarto tropezando, ahora con un montón de cables, encontró el origen del problema: un multiplicador enterrado en un cúmulo de envoltorios de chucherías había sobrecalentado el enchufe que lo soportaba, y éste presentaba el aspecto y la textura de un gigantesco chicle. Casi a ciegas abrió un cajón y extrajo de él una linterna. Desenchufó el amasijo de plástico, causante del desastre, y corrió a comprobar si la instalación seguía funcionando, mientras todos seguían dormidos como si la cosa no fuera con ellos. Levantó todas las palancas de la caja registradora que se encontraba en la entrada de la casa y por un instante pensó que la red eléctrica estaba dañada, pero luego recordó que en aquel momento todas las luces de la casa estaban apagadas, así que era normal que la luz no hubiera vuelto, enseguida escuchó el motor del frigorífico. Pulsó el interruptor de la entrada y por fin respiró aliviado, la luz había vuelto y la casa no estaba ardiendo.

En aquel momento Juan y Alex bajaban por las escaleras, protestando porque Nano los había despertado.

-¿Se puede saber que diantre haces a estas horas? ¿Es que tienes que dar problemas incluso de madrugada? -vociferó Juan mientras intentaba hacerse paso apartando algunos trastos con los pies.

Ante los increíbles comentarios de su hermano Nano quedó tan sorprendido que prefirió callar. Miró a Juan fijamente a los ojos durante unos segundos, dio media vuelta y regresó al sótano pensando que: cuando creía que su hermano había llegado al tope de su estupidez, volvía a sorprenderse al comprobar que era capaz de superar su propio record. Que podía decirle a alguien cuya única meta en la vida era pasear a una chica en un descapotable. Ahora dormiría un rato y cuando se despertara ya pensaría en la manera de arreglar el caos que vio a su alrededor cuando volvió la luz, sobre todo las maquetas de su padre.

Al día siguiente Juan y sus amigos durmieron hasta las tres de la tarde. Cuando despertaron encontraron a Nano en el sótano, él ya llevaba cinco horas intentando recomponer el amasijo de materiales diversos que se suponía era la mejor colección de aviones de guerra de la historia. Aquello en un principio parecía una tarea imposible, pero poco a poco, aunque sabía que no podría reparar todo completamente, consiguió que lo pareciera, había terminado por conformarse con que su padre no se diera cuenta del estropicio el mismo día de su llegada, suponía que Salvador no iba a contemplar sus aviones nada más llegar del campo, así que se dio por satisfecho cuando logró que todos quedaran más o menos en su lugar y aparentemente ilesos. La semana siguiente, mientras su padre estuviera de viaje, intentaría pegar alguna pieza que no encontraba.

-¡Nanooo...! ¡Nanooo...! ¿Sabes que ha dejado mamá para el almuerzo de hoy? - gritaba Juan desde la cocina mientras abría y cerraba los muebles y el frigorífico.

- No lo sé, pero de lo que estoy seguro es de que no ha dejado comida para cinco personas, así que invita a tus amigos, pero a recoger sus bártulos y marcharse, después comeremos algo -contestó Nano.

Como siempre Juan hizo caso omiso a la replica de su hermano, antes de que Nano le contestara ya estaba sacando todas las reservas que su madre tenía para los próximos días, disponiéndolas desordenadamente sobre la mesa mientras sus amigos engullían antes de que Juan se hubiera sentado.

Pasadas las cinco de la tarde todos se habían marchado, incluso Juan, que estaba ansioso por conducir el descapotable de Alex con aquella maravillosa chica a su lado.

Muy nervioso y contrariado Nano iba de una habitación a otra recogiendo todo lo que encontraba a su paso. Intentaba comprender cómo era posible que en unas horas la casa hubiera quedado en semejante estado. Juan le había prometido ayudarlo a su regreso, pero Nano sabía que eso no ocurriría nunca. De manera que se dijo a si mismo: -“No pienses, actúa, no pienses, actúa.....”-. Aparecía y desaparecía por todos los rincones de la casa cargado con los más diversos cachivaches, que ponía y quitaba lo más rápido que le permitían sus piernas y sus manos. Lo único que pensaba era en tener algo de

tiempo aquel día para ponerse a trabajar en la historia que le prometió a Don Rafael.

Perro Weno empezó siguiéndole a todas partes como si con eso pudiera ayudarle, pero después desistió, estaba claro que sólo conseguía cansarse y hacer que su dueño tropezara con él a cada instante, así que se tumbo en medio del salón desde donde controlaba casi todos los pasos de su dueño.

Sobre las nueve de la noche Nano pensó que ya había conseguido que su casa tuviera una aparente normalidad y se dispuso a recoger la cocina, la única estancia por la que no había aparecido en todo el día, ni tan siquiera para echarse algo a la boca.

Cuando cruzó el umbral de la puerta de la cocina creyó que el mundo se le venia encima, abatido se echó en el quicio de la puerta intentando reconocer aquel lugar que su madre siempre tenía tan limpio y ordenado. Había pensado comer algo antes de recoger los restos del almuerzo de su hermano Juan y sus secuaces, no había comido desde la noche antes, pero, después de ver el panorama, comprendió que sería imposible, entre otras cosas porque dudaba que debajo de aquellos restos de comida, papeles y cacharos, hubiese quedado algo comestible. Exhausto y sin fuerzas por las horas que llevaba trabajando, sin comer y sin dormir, aunque lleno de rabia, se dispuso a hacer lo que esperaba fuese la última tarea doméstica del día. Aquella labor le costó más de dos horas.

Nano nunca había sacado la basura después de las ocho y media de la noche, es más, nunca había sacado la basura cuando sus padres no estaban, entre otras cosas porque le parecía una cantidad ridícula como para pasearla por toda la calle hasta los contenedores. Pero esta vez se encontraba casi a media noche, atravesando una calle que no reconocía con las farolas apagadas, y rodeado de un montón de bolsas que no sabía como conseguía sujetar. Caminaba seguido de su perro, el pobre animal llevaba ya varias horas esperando a que su amo se dignara a darle el paseo de rigor, así que iba mas excitado que de costumbre y tiraba de la cadena impaciente por llegar a la zona donde se desahogaba. Durante el trayecto Nano no paraba de pensar en si aquellas bolsas sólo contenían deshechos, había recogido todo tan atropelladamente que tenía serias dudas de si allí dentro se hallarían algunas de las piezas que no encontró cuando recogió los aviones de guerra, o incluso parte del material que guardaba celosamente en su cuarto. Pero era demasiado tarde, estaba demasiado cansado y hambriento para pensar con claridad, no le quedaban fuerzas para volver a casa con las bolsas y rebuscar en ellas.

A los diez minutos Nano se encontraba acostado sobre el montón de ropa de los amigos de su hermano que estaba sobre su cama. Perro Weno se echó a sus pies, también más cansado que de costumbre, como si hubiera compartido la tarea con su amo. Ninguno de los dos había comido nada en todo el día.

Hubiese dormido de un tirón, pero a las cuatro de la mañana tuvo que abrirle la

puerta a su hermano, de nuevo, Juan había olvidado las llaves, esta vez en el fantástico descapotable de su amigo Alex, Nano le había recordado a su hermano cuando salió que se las llevara, pero al final de nada le sirvió. Cuando Juan cruzó la puerta miró a su hermano, lejos de disculparse por haberle levantado a esas horas tan inadecuadas lo miró y le dijo:

- ¡Que barbaridad! Cada día estás más delgado Nano, deberías salir de tu cuarto de vez en cuando para comer algo, y no te vendría mal un poco de ejercicio.

El beso de Tina

A la mañana siguiente Nano abrió los ojos sobre las once, cogió su móvil para ver la hora y vio que tenía cinco llamadas perdidas de su prima del día anterior. Tenía pensado aprovechar todo el día para trabajar en la historia prometida a Don Rafael, pero antes sacaría a su perro y visitaría a su prima para disculparse por no haber atendido sus llamamientos.

La visita a su prima duró mucho más de lo esperado, naturalmente Tina no había llamado a su primo porque le echaba de menos, sino porque tenía un problema con el ordenador, tan grave que a Nano le costó tres horas formatear y volver a poner en orden aquel aparato rodeado de peluches por todas partes, hasta tal punto, que le costaba un rato ubicar la pantalla entre tantas miradas de plástico.

Cuando Nano terminó su tarea se dirigió a la salida seguido por su prima Tina, ésta antes de se marchara le dijo:

-Nano, no creas que no valoro las veces que has acudido a mis llamadas, es sólo que siempre te marchas antes de que pueda decírtelo.

Nano se quedó petrificado, si ya estaba nervioso por sentir tan cerca a la princesa de sus sueños, esto le superaba, por unos segundos sintió que pasaba a otra dimensión. Lo que le acababa de pasar no podía ocurrir en el mundo que conocía, su prima se mostraba agradecida.



Se volvió casi sin creer lo que estaba escuchando y en ese mismo instante Tina le dio un beso en la mejilla. Nano haciendo alarde de su fama salió corriendo sin decir palabra, notando como una marea de agua hirviendo subía por su cara.

Cuando llegó a su casa estaba en estado cataléptico, metió las llaves en la cerradura y antes de que llegase a abrir la puerta apareció su madre como por arte de magia.

-¿Dónde estabas? ¿Qué ha pasado en esta casa en mi ausencia? ¿Quién se ha comido

los bombones que me regaló tía Clara?

Entre tanto su padre también intentaba introducir sus preguntas entre las Charo:

-¿Dónde está el ala de mi F18? –gritó Salvador todo lo fuerte que pudo para hacerse oír.

-¡Santo cielo! Estás escuálido hijo, ¿y esa mirada? Fíjate Salvador, parece como ido, aunque no tiene mal color –decía Charo mirando a su marido mientras él la ignoraba y seguía esperando una respuesta de su hijo.

-¡A tu cuarto! –gritó su padre –Castigado en tu cuarto hasta que consigas dar una respuesta a todo lo ocurrido este fin de semana.

Nano subió las escaleras como un zombi, seguido como siempre por Perro Weno, y se tumbó en su cama con la mirada fija en el blanco techo. -“No volveré a lavarme la cara jamás” –pensaba mientras su mejilla latía cada vez con más intensidad.

El hecho de estar castigado en su cuarto no afectaba mucho a un muchacho solitario, al fin y al cabo él sólo salía de aquella habitación para ir al colegio y sacar a Perro Weno, y estaba seguro que sus padres no le iban a prohibir ninguna de esas dos cosas, tampoco le prohibirían ir a casa de su prima si necesitaba ayuda, era la sobrina de mamá, Charo nunca le negaba un favor a su familia.

Al momento reaccionó y pensó que tenía que contarle a alguien la experiencia que acababa de vivir.

-Acércate Perro Weno, hoy me ha pasado algo increíble... –comenzó a relatar Nano a su perro

Charo, al pasar por la habitación de su hijo le escuchó hablar, no pudo resistir la tentación de pegar la oreja a la puerta, estaba preocupada por él, no lo hacía por mero cotilleo.

En algún momento, mientras Nano dormía plácidamente, su madre había dejado en la mesita noche una bandeja con un bocadillo y un vaso de leche, porque a las siete y media de la mañana siguiente, en un intento de apagar la alarma de su móvil, Nano volcó la bandeja tirando todo lo que contenía entre la cama y la alfombrilla de los pies, gran parte de la leche cayó sobre sus zapatillas, las cuales no dudo en ponerse a pesar de que sus pies quedaron encharcados en aquel liquido blanco. Buscó sus gafas y las encontró debajo de la cola de Perro Weno con una patilla menos, y más sucias que nunca.

Cuando apareció en la cocina a su madre casi le da un soponcio.

-Mírate. ¿Qué te pasa hijo? Tu aspecto es horrible. De hoy no pasa, pediré cita con Don Hilario para que te eche un vistazo, estás cada vez peor, no se que voy a hacer contigo, andas todo el tiempo tan obsesionado con... tus cosas que se te olvida hasta comer. ¡Que barbaridad!, si es que no puedo dejarte solo. ¿Pero tu en que mundo vives

hijo?, no comes, no hablas, no sales con amigos. A veces me pregunto si respiras, pareces un zombi que sale de vez en cuando de su cuarto como si fuera su ataúd –decía Charo cada vez más alterada –. La próxima vez te vendrás con nosotros al pueblo, necesitas un poco de sol y aire libre, eso es, la semana que viene nos vamos otra vez a casa de tío Lucio, pero contigo, y no se hable más, está visto que no te puedes quedar solo en casa, te olvidas hasta de comer, por no nombrar el resto de desastres que ocasionas.

Nano, como siempre, no dijo ni una palabra, ¿para que?, cuando a su madre se le metía algo en la cabeza, todo intento de llevarle la contraría era perder el tiempo, y hacer que cambiara de opinión era una tarea inútil. De manera que se sentó frente a la mesa de la cocina mirando las flores del mantel de plástico, y pensando en qué le diría a Don Rafael cuando le preguntara por el trabajo que le había encargado a título personal. Sólo de pensarlo se estaba poniendo enfermo, de hecho ya empezaba a sentir escalofríos.

Nano en cama

-¿Te encuentras mal hijo?, estás blanco -dijo su madre en tono de preocupación.

-Si –contestó Nano -, creo que no estoy en condiciones de ir al colegio.

-Está bien, métete rápido en la cama antes de que te enfríes más, ahora te subiré algo caliente y llamaré a tu tutor para decirle que tienes fiebre. ¡Madre mía!, estás ardiendo.

Nano pensó que no debía de ser para tanto, de hecho no se encontraba tan mal, pero su madre tenía tendencia a la tragedia, y eso en aquella ocasión le venía de maravilla, era su oportunidad para trabajar en la redacción, si se quedaba dos o tres días en casa y trabajaba duro podría terminarla con las ilustraciones y todo.

Cuando su madre entró en el cuarto con el desayuno Nano estaba como loco buscando su libreta de literatura, si su cuarto amaneció revuelto aquella mañana debido al intrusismo de Juan y sus amigos, Charo pudo comprobar que ahora lo estaba aún más. Sólo faltaban el bocado y la leche desparramados por el suelo, además de: ropa suya y de los invitados de la noche anterior amontonada por todas partes, Perro Weno tumbado encima de gran parte de ella, CDs por todos los rincones y ahora también todo el material del colegio esparcido por la habitación.

-¿Se puede saber que estás buscando? –dijo la madre de Nano.

-Mi libreta de literatura –contestó.

-¿No estará entre el montón de papeles que me encontré esta mañana en el sótano? –contestó Charo a su hijo a modo de pregunta.

Nano bajó como un rayo por las escaleras, casi se estampa contra el suelo en el primer rellano, mientras su madre le seguía con cara de espanto.

¡Juan...! ¡Juan...! Levántate, tu hermano está delirando, tiene muchísima fiebre –gritaba aquella madre desesperada, intentando encontrar ayuda en su hijo mayor.

Juan ni siquiera escuchó a su madre, él no entraba a trabajar en el taller hasta las nueve y se levantaba a las nueve menos cinco, en ese momento todavía estaba en coma. Levantar a Juan era una misión imposible, Charo decía que cuando dormía estaba en otro mundo, y Juan que lo suyo era normal, ya que normalmente tenía que dormir ocho horas en cuatro, por lo tanto dormía el doble de profundo.

-Tranquilízate Nano, no puede ser tan importante esa dichosa libreta –intentó calmar la madre a su hijo.

Al llegar al sótano Nano puso su mirada en el lugar donde había intentado trabajar los dos días anteriores, no había nada, creyó morir en aquel momento, completamente

pálido y hundido se sentó en una caja que encontró a su paso, miró a su madre con los ojos desencajados y le dijo:

-Dime que no has tirado todo lo que encontraste ayer sobre la mesa mamá.

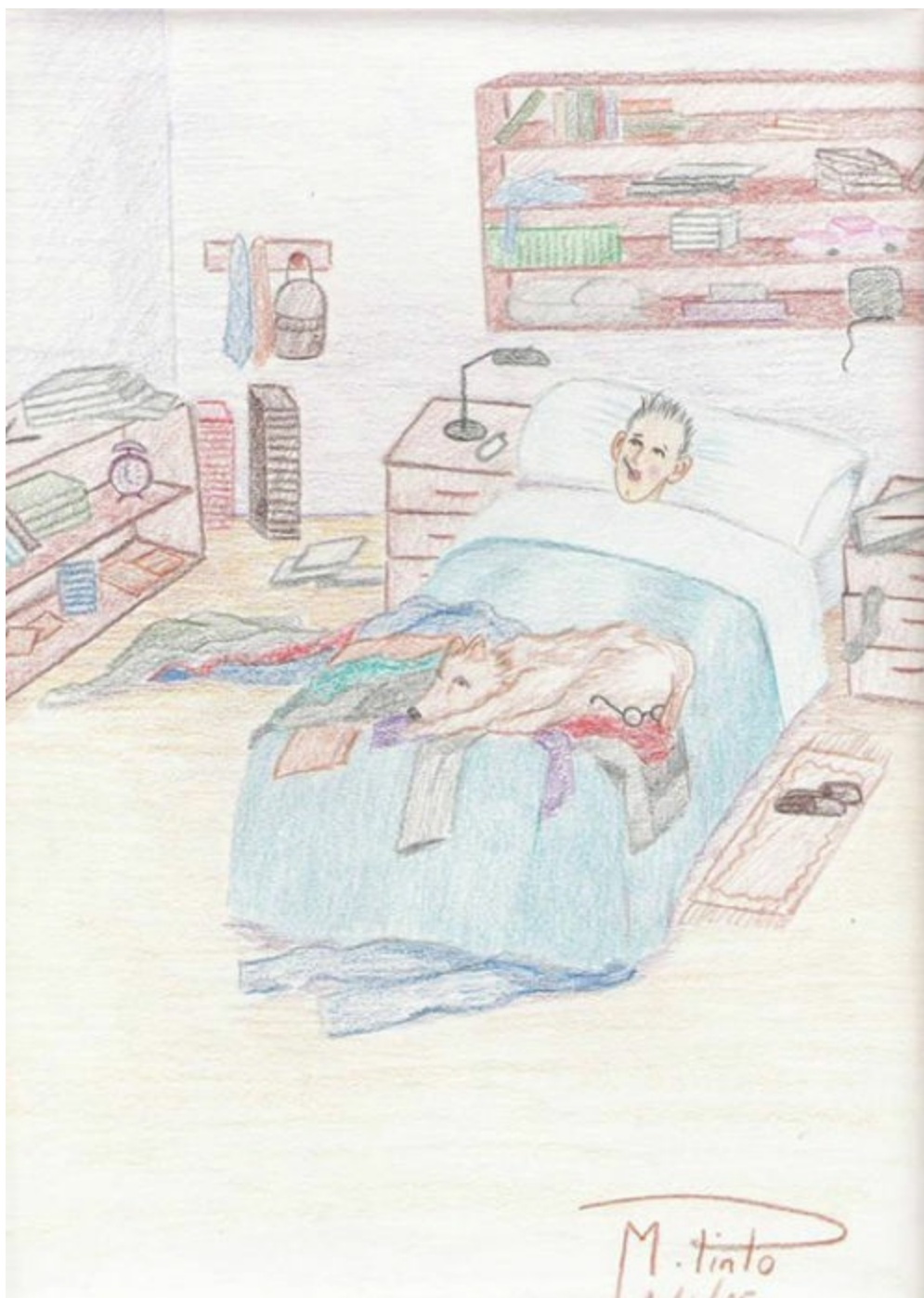
-No, no he tirado nada, sólo lo he guardado en la caja sobre la tienes tu trasero –dijo Charo.

Abrió la caja aturdido, cogió sus cosas y volvió a su cuarto rápidamente, seguido por su madre y su mascota.

-¡No sé si estás delirando por la fiebre o sencillamente se te ha ido la cabeza!, ¡por favor, cálmate, hijo!, ¡hazlo por mí, me estoy preocupando muy seriamente! –gritó su madre –. Métete en la cama inmediatamente, volveré a calentarte el desayuno.

Nano se metió en la cama con la dichosa libreta y un bolígrafo rojo que era el único que pintaba, enseguida se dio cuenta de que realmente se encontraba mal. Lo que había empezado casi como una estrategia, para quedarse en casa y terminar la redacción, se había convertido en una realidad. Estaba mareado y tiritaba de una forma preocupante. Le resultaba imposible concentrarse, por más que intentaba seguir escribiendo en aquella libreta no podía, las palabras ya escritas en ella le bailaban, y sus manos sudaban tanto que no conseguía mantener el bolígrafo entre sus dedos sin que se le resbalara. Dejó el material, que tanto le había costado encontrar, a un lado de la cama junto a Perro Weno y se quedó dormido.

A los dos días la madre de Nano decidió que su hijo ya estaba mejor, y que era el momento de ir a clase, a Nano en realidad ya no le importaba enfrentarse a Don Rafael, tenía la excusa perfecta, había estado enfermo y su profesor no sabía desde cuando, seguramente no le preguntaría por la redacción, pero si lo hacía, Nano le pediría un poco más de tiempo, realmente lo había intentado hasta lo imposible, y al fin y al cabo no era un trabajo de clase, era una promesa personal y no había una fecha fijada.



En cierto modo estaba deseando volver a clase, se moría por ver a Tina, todavía se enrojecía cuando recordaba el último encuentro en el que le dio un beso en la mejilla. Precisamente en aquel momento mientras pensaba en ella y buscaba en el armario algo que ponerse para ir al colegio, sonó el timbre de la puerta y seguidamente le pareció oír la voz de su prima.

-¡Buenos días, tía Charo! Me he enterado por mi madre de que Nano está enfermo, y venía a preguntarte por él antes de irme al colegio. ¿Está mejor?, dile que si necesita que

le diga los deberes de estos días puedo pasarme después y dejarle mis libretas.

Nano salió de su habitación para escuchar mejor la dulce voz de su prima y la conversación que mantenía con su madre, Tina había pasado por su casa para preocuparse por él, y eso lo ponía muy contento y nervioso a la vez.

-Pasa, pasa Tina, precisamente en este momento está vistiéndose para ir al colegio. Ya está mucho mejor, si te esperas un momento podéis ir juntos a clase, le alegrará saber que estás aquí preguntando por él –dijo su tía.

Nano siguió abriendo y cerrando puertas de su armario buscando algo que ponerse para ir al colegio, y ahora con semejante compañía. Por fin se decidió por su mejor vaquero y una camisa de cuadros azules que, según su madre, le favorecía muchísimo. Se miró al espejo y se quedó de piedra. –“Estoy espantoso, mi aspecto nunca ha tenido arreglo pero jamás he estado tan mal, es inútil, haga lo que haga y me ponga lo que me ponga mi físico sólo puede empeorar, será mejor que deje pasar el tiempo y haga como si no hubiera oído a Tina, ya tendrá tiempo de verme en el colegio y morirse del susto”- pensó Nano totalmente desmoralizado.

-¡Nanooo...! Tu prima te espera para acompañarte al colegio –gritó Charo.

-Déjalo tía, tengo prisa, mis amigas están en la puerta, no quiero hacerlas esperar más –dijo Tina.

Nano se metió en el cuarto de baño y abrió la ducha para que su madre pensara que no la podía oír y que por eso no le había contestado, cuando Tina se fuera ya saldría, no estaba dispuesto a presentarse con esas pintas, los últimos días habían hecho estragos en él.

Cuando le pareció oír que la puerta se cerraba, bajó las escaleras, cabizbajo y desanimado, Perro Weno lo seguía con algún objeto entre los dientes.

-Tu prima ha estado aquí un buen rato esperándote para acompañarte al colegio, no me parece bien tu comportamiento, al final se ha tenido que ir desesperada, la estaban esperando unas amigas en la puerta, ¿se puede saber en que mundo vives hijo?, me tienes cansada, ¿cuándo vas a despertar? –vociferó su madre en un tono de notable enfado -. Y saca las gafas de la boca de tu perro, el animal no sabe como decirte que te las has olvidado. Venga vete al colegio, ya llegas tarde dos días. Que desastre hijo, que desastre.

Nano cogió su mochila y se puso las gafas envueltas en un líquido viscoso que llegó a chorrearle por su pálida cara.

Cuando llegó al colegio los pasillos ya estaban vacíos, de nuevo tendría que entrar en clase con todos sus compañeros ya sentados.

La profesora de ciencias naturales estaba mirándole a través del cristal de la puerta

incluso antes de que Nano la hubiera abierto.

-Buenos días Antonio, ¿por fin recuperado? No parece por tu aspecto que hayas hecho bien levantándote tan pronto de la cama, unos días más quizás no te hubieran venido mal. Siéntate, acabamos de empezar –dijo Doña Rosa con bastante ironía.

Doña Rosa llegaba cada mañana al colegio en una vieja bicicleta tan destartada como ella, todo el mundo decía que las dos hacían una buena pareja. Iba en aquel vehículo porque decía que de esa manera contribuía mantener el medio ambiente y era coherente con la asignatura que impartía, pero el tinte rojo chillón de su pelo y la cajetilla de cigarrillos que siempre llevaba en el bolsillo de la bata no eran lo que se dice naturales.

-¡Buenos días! –volvió a decir la profesora algo enfadada y esperando una respuesta, mientras el resto de los alumnos reían escondidos bajo sus libros de ciencias naturales.

-Bu...bu...enos días –contestó por fin Nano.

Después de la hora de ciencias naturales Nano tenía clase con Don Rafael, y mientras llegaba el momento no paraba de pensar en que le diría al profesor si le preguntaba por la historia que le había prometido, abrigaba la esperanza de que no se la pidiera y se hiciera cargo de su enfermedad, pero no lo tenía tan claro, Don Rafael era un hombre bastante estricto, no se compadecía de sus alumnos fácilmente.

Nano estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que sus gafas colgaban de su cara hacia un lado, porque les faltaba una de las patillas, la noche anterior las dejó tiradas sobre su cama y Perro Weno durmió encima de ellas, en esas condiciones, aunque hubiera querido atender las explicaciones que estaba dando Doña Rosa en la pizarra, era inútil, no veía absolutamente nada.

Cuando Don Rafael entró en clase no le pregunto a Nano por el trabajo pendiente, al mirar al alumno comprendió que había estado lo suficientemente enfermo como para no haber podido moverse de la cama, por una vez, se compadeció de él, y prefirió esperar un momento más adecuado, sin embargo, a la salida de clase, el profesor se acercó a Nano, ante la curiosa mirada de Quino.

A Nano le temblaban las piernas como dos alambres en medio de una tormenta. Para su alivio, Don Rafael sólo le pregunto por su salud.

-Bien, bien, me encuentro mucho mejor –contestó Nano mientras su profesor dejaba escapar en su rostro un gesto de ternura.

-Estupendo Antonio, me alegro de que estés mejor, cuídate y termina de recuperarte, tenemos una conversación pendiente ¿Recuerdas?

Cuando Nano llegó a su casa engulló la comida como un poseso y subió rápidamente a su cuarto para ponerse sin demora a trabajar con su redacción. Cogió la libreta donde estaba lo que ya tenía escrito y prosiguió, no sin antes unir con cinta adhesiva a sus gafas

la patilla que encontró sobre su mesa.

Y continuó escribiendo su historia:

-Debes despertar rápidamente a tu padre y contarle todo lo que te he dicho. Saldréis inmediatamente y veréis que todo se vuelve oscuro, pero no tengas miedo. No cojáis el coche, sólo algo de comida, agua y un chubasquero. Haré caer doce pequeñas estrellas del cielo, una cada vez que os encontréis en una encrucijada del camino. Una a una caerán frente a vosotros iluminando la ruta a seguir; cuando haya caído la última sabréis que estáis en el lugar donde esperaréis a que pase la tormenta. A vuestra salida empezará a llover copiosamente, pero sabréis que estáis en el camino correcto porque en ese momento dejará de llover sobre vosotros, aunque seguirá cayendo el agua a vuestro alrededor –explicó aquella voz.

-Pero mi padre no me creerá, pensará que todo esto es fruto de mi fantasía, o que es una estrategia para marcharnos y asistir a las fiestas de mi pueblo –dijo Nico muy nervioso y con voz temblorosa.

-No te preocupes de eso ahora, yo haré que te crea, apresúrate, no hay tiempo que perder –dijo la montaña.

-Papá, papá, despierta –decía Nico al oído de su padre dándole a la vez palmaditas en la espalda.

-¿Qué pasa Nico? –habló por fin su padre frotándose los ojos.

-Se aproxima una fuerte tormenta, tenemos que irnos ahora mismo –dijo Nico.

Su padre se acercó a la ventana todavía dormido, abrió los ojos todo lo que pudo, y dijo:

-Acuéstate Nico, has tenido una pesadilla, ¿pero no ves ese cielo?, en mi vida he visto tantas estrellas juntas. Hace una noche espléndida. ¿Dónde está la gran tormenta de la que me estás hablando? –habló Miguel ahora más despierto pero visiblemente enfadado.

-Está detrás de la montaña. Ella me ha hablado, y me ha advertido que si no nos vamos corremos un grave peligro, y que debemos partir inmediatamente –siguió explicándose Nico cada vez más nervioso al ver que su padre no tenía pensamientos de partir.

-¿Que te ha hablado quien? ¿Crees que puedes sacarme de la cama en plena noche sólo para que te devuelva a casa e ir a la verbena del pueblo, con esta excusa tan inverosímil? No puedo creerlo, que barbaridad, lo que eres capaz de hacer para librarte de mi. De ahora en adelante me ocuparé más de ti, tu imaginación está superando los límites.

En aquel momento, estando el cielo completamente limpio aún, un gigantesco rayo

incidió justo en la cumbre de la montaña, iluminando el cielo como si fuera completamente de día, durante unos segundos la habitación donde dormían Nico y su padre resplandeció, mostrando cada detalle con absoluta claridad, y seguidamente un descomunal trueno hizo temblar la tierra y todo cuanto les rodeaba.

Nico y su padre se miraron temblando de miedo, jamás habían oído nada parecido, el estruendo fue tan espectacular que unos segundos después aún resonaba en sus oídos y cimbrecaban todos los objetos de la cabaña. Estaban completamente estupefactos, tardaron casi un minuto en recuperar el habla.

De repente sonó el móvil de Nano dos veces, era Tina, claro está. Estuvo tentado de abandonar su tarea y salir corriendo a casa de su prima, pero recordó unas palabras de su padre: “Las mujeres son muy importantes, pero cuando hay que elegir entre una bella mujer y tu dignidad, un hombre tiene que optar siempre por lo segundo, de ese modo consigue las dos cosas, si elige a la mujer perderá también las dos”.

De alguna manera Nano sabía que su dignidad dependía de acabar de una vez con aquel trabajo. Don Rafael había puesto su confianza en él, y si dejaba pasar esta oportunidad no volvería a recuperarla en mucho tiempo.

Todo el mundo trataba a Nano como si no se pudiese contar con él para nada importante, lo veían frágil, incapaz de sobrellevar su propia vida, de manera que lo dejaban a un lado como haciéndole un favor, pero no se lo hacían, sólo conseguían aislarle y que se reafirmara en la idea de que no valía para nada, a veces la gente en su manía de proteger sólo consigue el efecto contrario. Pero Don Rafael no era así con Nano, había contado con él, lo veía capaz de hacer cosas, por eso le había pedido que terminara aquella historia, y Nano no podía defraudarlo.

Nano dejó sonar el móvil con todo el dolor de su corazón. Sonó varias veces, pero se obligó a si mismo a estar pegado a su silla pasara lo que pasara.

Seguidamente su hermano Juan abrió la puerta, ignorando el cartel dirigido expresamente a él que decía: “No se te ocurra abrir la puerta Juan”.

-¿Qué pasa hermanito? ¿Haciendo los deberes atrasados? Te traigo mi cámara digital, para que me pases tres copias a CDs de las fotos que contiene, las de la última acampada con los colegas. Bueno no te tardes, me he escapado un momento del taller porque he recordado que le prometí a Alex que le daría hoy los CDs, iré a recogerlos al taller dentro de una hora –dijo Juan en tono imperativo -. ¡Venga!, espabila, no te quedes ahí pasmado, que no tienes mucho tiempo.

-Hoy no puedo –contestó Nano sin mirarle a la cara mientras Juan dejaba la cámara digital en la mesa y cerraba la puerta, dando por hecho que Nano le tendría los CDs en un periquete.

Pero Nano cogió la cámara y la metió el cajón que había a su izquierda debajo de la mesa. Si había renunciado a ver los bonitos ojos de Tina para hacer el trabajo no iba a dejarlo ahora por los caprichitos de su hermano.

De nuevo fue interrumpido. Esta vez era su madre, llevando en la mano el cartel que Nano había puesto en la puerta dirigido a su hermano.

Visita a Don Hilario

-¿Cómo voy a decirte que dejes de adornarme la puerta con carteles que nadie se molesta en leer?, ¡Venga!, arréglate un poco, tenemos cita con Don Hilario dentro de media hora –ordenó Charo.

Charo siempre pedía hora con el médico a partir de las seis, no consentía salir de casa hasta que no terminaba su programa de cotilleos. Lo mantenía en secreto claro, porque este tipo de emisiones televisivas estaban mal vistas entre algunas de sus amigas, aunque Nano estaba seguro de que todas las veían, él no entendía la extraña atracción que ejercían esos programas hacia su madre, era la única cosa que la hacía sentarse un rato al día. Charo estaba pensando en comprarse una televisión para la cocina, a pesar de haber estado siempre en contra de almorzar y cenar con un montón de extraños que no dejan hablar a nadie, de pronto pensó que pasaba muchas horas sola en la cocina y le vendría bien esa compañía, pero Nano sabía que lo que de verdad quería era poder ver sus programas de cotilleo sin tener que sentarse en el salón, a Charo le costaba mucho estar quieta.

-De paso iremos a la óptica, a ver si le dan un arreglo a tus gafas, sólo te faltaba ese montón de esparadrapo adornando tu cara –siguió Charo.

A Tina y a Juan podía ignorarlos, pero una cita con Don Hilario era sagrada, y no tenía fuerzas ni ganas de luchar contra algo así. Lleno de resignación y totalmente vencido, se dirigió al cuarto de baño para intentar, como siempre sin éxito, arreglar su desastroso aspecto, seguro de que cuando Don Hilario le viera le mandaría otro montón de vitaminas y mucho aire libre, sólo de pensar que iba a perder el resto de la tarde en algo que, sabía perfectamente, no servía para nada, se ponía frenético.

Cuando llegaron a la consulta de Don Hilario éste ya tenía su simulada sonrisa puesta. Charo era una de sus mejores clientes, Nano sabía que un gran número de las letras de su flamante Mercedes las había pagado él con su pálido rostro, así como parte de la reforma de la farmacia, que casualmente estaba en la misma manzana de la consulta.

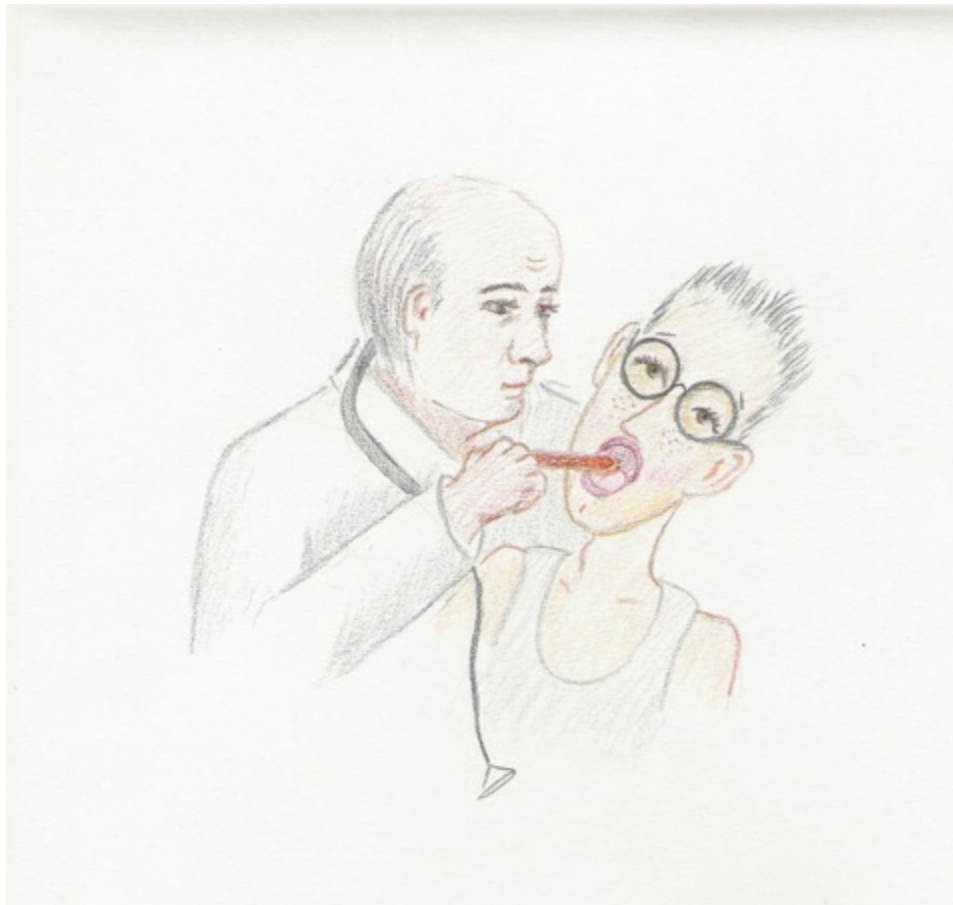
-¿Qué pasa chavalote? Parece que no levantamos cabeza últimamente, tienes a tu madre muy preocupada. ¿Estás tomando las vitaminas que te mande? –empezó a hacer preguntas el médico mientras Nano y su madre tomaban asiento frente a él.

Y después de hacerle a su madre las mismas preguntas de siempre, cuyas respuestas, Nano estaba seguro, el médico no escuchaba, Don Hilario le miró de nuevo la garganta, los oídos y el fondo de ojo, cosa que Nano no terminaba de entender, pensaba en qué podía ser lo que Don Hilario veía por esos agujeros que siempre le llevaba a la misma

conclusión: todo lo que tenía Nano era falta de vitaminas.

-No parece que haya nada por lo que preocuparse, el chico está creciendo y tiene una mala alimentación –dijo por fin el médico.

-“¿Creciendo?” –Pensó Nano en aquel momento –“Menuda cara tiene este Don Hilario, llevo usando los mismos pantalones dos años y ni siquiera mi madre ha tenido que echarles el bajo. Lo que hay que oír” –siguió hablando Nano consigo mismo.



-Le recetaré unas nuevas vitaminas, y por supuesto tendrá que traerlo la semana que viene, tengo que seguir su evolución, aunque no parece nada serio es mejor asegurarse. El chico está por debajo de su peso, tiene que comer más –concluyó el doctor.

De camino a casa, Nano y su madre pasaron por la farmacia para comprar todo lo que Don Hilario le había recetado, y después por la óptica donde repararon sus maltrechas gafas.

Cuando abrieron la puerta de la casa el teléfono estaba sonando, era el padre de Nano, hablaron padre e hijo un momento, y seguidamente el chico se dirigió a su cuarto para seguir su tarea hasta la hora de sacar a Perro Weno.

Y de nuevo prosiguió con su historia:

Como si de pronto estuviera fuera de sí, el padre de Nico se dirigió a coger las llaves del coche.

-No podemos ir en coche, olvídate de las llaves papá, fue una de las órdenes de la montaña –dijo el chico.

-¿Por qué?

-No lo sé, pero me pidió que llevásemos sólo agua, algo de comida y unos chubasqueros.

El padre de Nico miró a éste y no quiso discutirle, estaba demasiado asustado como para ni siquiera pensar, así que se limitó a coger dos cantimploras y las mochilas que dejaron preparadas con comida aquella noche antes de irse a dormir, lo ordenado por la montaña según decía su hijo, porque él no había oído absolutamente nada. Todo lo hizo cómo un autómata, no comprendía nada, pero lo que si tenía claro es que aquel trueno tenía que ser una señal divina, seguramente sin ese estruendo no habría creído a su hijo.

Salieron de la casa con los chubasqueros puestos y totalmente aterrados. En completo silencio, comenzaron a caminar por el sendero que ahora estaba bajo sus pies, en aquel mismo instante comenzó a llover copiosamente y la noche se tornó completamente oscura. Todavía sin mediar palabra siguieron caminando, casi por instinto, no se veía absolutamente nada, el agua caía a raudales. Era tal la magnitud de la lluvia que por un momento no supieron si caminaban o nadaban. Estaban rodeados de agua por todas partes, y se encontraban sumergidos casi hasta las rodillas. Entonces tomaron conciencia de que no sabían donde estaban, en ese momento se sentían incapaces de encontrar la forma de salir de allí, caminaban a ciegas por el agua, y cuando algún rayo de la tormenta los iluminaba sólo atinaban a ver las siniestras siluetas de los árboles y los destellos del agua.



-Nos hemos perdido Nico, no sabemos donde estamos y el agua sube con demasiada rapidez, no tengo ni idea de cómo sacarte de este lío –dijo el padre intentando disimular el miedo contra el que estaba luchando.

-¡Mira allí papa! Al fondo, a tu derecha. ¿Ves esa luz que ha caído sobre el agua? ¡Tenemos que dirigirnos a ella, es la forma que tiene la montaña de indicarnos el camino correcto! –gritó Nico para que su padre pudiera oírle entre el ruido que formaba tanta agua al caer.

Nico y su padre corrieron lo más rápidamente que pudieron hacia aquella luz, al llegar quedaron completamente atónitos, la luz estaba en el fondo del agua, y se encontraba a sus pies. La gran fosforescencia venia de una piedra irregular de unos cinco centímetros, la inmensa luz azul que emitía era tal que a pesar de estar bajo el agua opaca iluminaba perfectamente hasta veinte metros a su alrededor, no dejando lugar a dudas de cual era el camino a seguir, porque estaba justo en el comienzo de un pequeño sendero.

Nico metió la mano hasta el fondo del agua, cogió la piedra, y la usó como una potente linterna con la que podía iluminar perfectamente su entorno. Al comenzar a caminar notaron como de repente la lluvia dejó de caer por la nueva senda, esto confirmó a Nico lo que le dijo la montaña, así que ahora tuvo muy claro que todo se estaba cumpliendo. En cuestión de segundos, el nivel del agua comenzó a bajar hasta desaparecer de la ruta por la que ellos transitaban, pero a los lados del camino seguía lloviendo tanto o incluso más que antes. Nico y su padre estaban perplejos, era como

caminar por el curso de un río que se había echado a los lados para darles paso, incluso el cielo había hecho una senda sin nubes sobre sus cabezas, ellos seguían andando en silencio como guiados por una fuerza superior; posiblemente, aunque ellos no lo sabían, era así.

De repente se apagó aquella luz que Nico llevaba entre las manos, justo cuando el camino se dividía en otros tres. Pero cuando volvieron a encontrarse perdidos, sin luz y sin saber para donde ir, del cielo cayó otra pequeña estrella, justo en el inicio de uno de los tres caminos, indicando con claridad cual tenían que elegir. Cada vez que se encontraban perdidos y completamente a oscuras volvía a caer otra luz, de manera que en todo momento estuvieron guiados, estaba claro que si hubiese dependido de ellos jamás abrían encontrado la salida. Nico, cada vez que se le apagaba una de aquellas piedras, la guardaba en la mochila.

Una de las veces que se encontraron con la piedra ya apagada y esperando que cayera otra del cielo, llegaron a sentir pánico, llevaban ya aguardando más tiempo que en las veces anteriores, y empezaron a ponerse muy nerviosos, intentaban dilucidar algo a su alrededor abriendo los ojos lo más posible, pero nada, esta vez estaba claro que no llegaba ninguna ayuda.

-Estamos perdidos Nico, esta vez no parece que vayamos a tener ayuda para salir de aquí –dijo Miguel mirando a una silueta tenue que casi ni se intuía.

Entonces Nico descolgó la mochila de sus espaldas y metiendo las manos sin ver prácticamente nada, intentó como pudo contar las piedras que había recogido, sin llegar a sacarlas del todo por temor a que se perdieran.

-Doce papá, hay doce piedras –habló Nico después del buen rato que le costó asegurarse del número exacto.

- Muy bien hijo. ¿Te parece normal que en esta situación te pongas a contar piedras? Está empezando a caer agua sobre nosotros, o encontramos pronto la salida o terminaremos sumergidos en ella.

Aunque no veían prácticamente nada, podían intuir que el nivel del agua seguía subiendo a su alrededor, y por el sonido que hacía al caer estaba claro que lejos de disminuir la lluvia estaba aumentando.

-Las he contado porque he recordado algo que me dijo la montaña –prosiguió Nico ignorando los comentarios de su padre -, me dijo que caerían doce estrellas del cielo, y que cuando cayera la última sería la señal de que habíamos llegado a lugar donde tendríamos que esperar a que pasara todo. Este es el final del camino papá, tiene que haber algún tipo de refugio en este sitio, estoy seguro, todo lo que me dijo la montaña se ha cumplido –dijo Nico con rotundidad.

Los dos se dispusieron a examinar un entorno que sólo arrojaba tinieblas y agua a su alrededor. Después de observar lo que les rodeaba sin ningún resultado, el padre de Nico habló con sorpresa:

-¡Mira allí! Detrás de aquellos árboles, a tu izquierda, parece como si una tenue luz asomara por alguna ventana, ¿la ves Nico?

Nico fijaba su vista en la dirección que su padre le indicaba hasta que casi le dolían los ojos y, al cabo de unos instantes dijo:

-Si ahora la veo, si, si, vamos papá, tenemos que dirigirnos en esa dirección, estoy seguro que ese es el lugar al que se refería la montaña, ¡vamos, date prisa!

Los dos caminaron en aquella tenebrosa oscuridad intentando no perder de vista aquella frágil luz. El padre agarraba por el brazo a su hijo temeroso de que pudieran separarse sin darse cuenta y no lo volviera a ver.

Cuando pasaron un gran árbol, que les había hecho aún más difícil la visión, observaron que en la penumbra se dibujaba una pequeña puerta de madera, estaba claro que tenían que dirigirse a ella y entrar, ahora llovía muy fuerte sobre ellos, aunque aquel lugar no estaba inundado.

Frente a aquella puerta Nico dijo:

-Ya está papá, este es el lugar donde la montaña quería llevarnos para protegernos, esto es increíble, ha conseguido traernos hasta aquí en medio de la noche y con esta gran tormenta, nunca lo habiéríamos conseguido solos.

Abrieron la puerta y entraron, aquella pequeña casita contenía una sola habitación en la que había una cama, una mesa y dos sillas, sobre la mesa un pequeño farol que los devolvía por fin al mundo de los videntes. Soltaron las mochilas en el suelo, se sentaron extenuados en las sillas y se miraron por fin a los ojos después de haber estado en la negrura lo que para ellos había sido una eternidad. No pudieron hablar en un buen rato, tenían que digerir aquella experiencia antes de hacer cualquier comentario, y sobre todo asegurarse que estaban despiertos, y que aquella aventura no era una invención de sus mentes.

-Dime que estoy despierto hijo –rompió por fin el silencio el padre de Nico.

-Estás despierto papá, todo lo que estamos viviendo es real, no me preguntes porque hemos entrado en esta historia surrealista, pero te aseguro que la estamos viviendo con plena conciencia –contestó Nico ahora mucho más aliviado –. Tampoco sé porque nos han salvado de esta catástrofe, pero la realidad es que estamos vivos y a salvo, y la estrategia, que quien quiera que sea ha desplegado para librarnos del fatal final que nos esperaba, ha funcionado.

Estaban empapados. En la estancia había una pequeña chimenea preparada con

leños suficientes, el padre de Nico cogió una cerilla que encontró en el bordillo superior del hogar, y la encendió. Los dos se quitaron los chubasqueros y acercaron las sillas al fuego para entrar en calor, examinando mentalmente todo lo que acababan de vivir.

Cuando estuvieron lo bastante secos se metieron juntos y acurrucados, después de muchos años, en la cama que había en la estancia, y aunque no eran conscientes, estaban tan agotados que el sueño los venció enseguida hasta la mañana siguiente.

Nano pensó que era el momento de sacar a Perro Weno, pronto sería la hora de la cena y necesitaba despejarse un poco, además, aquel animal llevaba un buen rato intentando llamar su atención con la correa entre los dientes.

Los dos bajaron rápidamente las escaleras y enseguida se oyó la voz de Charo:

-Nano, la cena está lista, no tardes, no dejes que se enfríe.

-Vale mamá.

Por el camino Nano comenzó a hablar a Perro Weno:

-Mi historia va viento en popa, creo que a Don Rafael le va a gustar, todavía tengo que escribir el final pero lo tengo todo en la cabeza, luego haré unos dibujos para ilustrarla, la corregiré y la pasaré al ordenador. Tiene que quedar perfecta, esto es una gran oportunidad para mí, no puedo dejarla pasar Perro Weno. Ojalá mi profesor no me pregunte por ella en unos días, necesito algo más de tiempo, sobre todo para hacer los dibujos, redactar la historia no ha sido fácil, teniendo en cuenta la cantidad de accidentes que me han ocurrido mientras tanto, pero completarla con unos dibujos puede que resulte aún más complicado, ¿sabes Perro Weno? Pero lo haré, esta vez terminaré mi historia pase lo que pase –hablaba y hablaba Nano a su perro como si verdaderamente lo entendiera. La mascota tiraba de la cadena intentando ir algo más rápido.

A su regreso le pareció que alguien se encontraba en la puerta de su casa, era su prima Tina. Su corazón empezó a acelerarse, y en su mente se agolpaban mil explicaciones del porqué su prima había ido a buscarle a casa. Había ignorado repetidamente las llamadas de Tina, pero en otras ocasiones también lo había hecho, aunque no a posta, y nunca se había acercado hasta su casa. Por la mañana Tina ya había ido a interesarse por su salud, y se habían visto en el colegio, ella sabía que Nano estaba mejor, además era la primera vez que le buscaba a esas horas. Pensó que seguramente tenía un problema con su ordenador que no podía esperar, aunque tan tarde no le parecía normal que fuese a su encuentro, puede que estuviera allí sólo para consultarle algo.

El cumpleaños de Tina

Nano se encontraba ya junto a Tina que estaba hablando con su madre, y saludó:

-Buenas noches Tina –dijo tímidamente interrumpiendo la conversación entre tía y sobrina.

-¡Hola Nano! –respondió la bonita niña con una radiante sonrisa, como era costumbre en ella -. Hoy me está resultando muy difícil hablar contigo, ¿estás mejor?, ya veo que sí, y que vuelves a dar paseos a Perro Weno.

A Nano le gustaba todo de Tina, sobre todo cuando le hacía alguna pregunta. Tina no esperaba las tardías respuestas de Nano, y le sacaba del apuro contestando por él, lo que para su primo era un gran alivio, porque si ya le era difícil articular palabra con cualquier persona, con su prima le resultaba prácticamente imposible.

-Verás Nano, venía a invitarte a mi fiesta de cumpleaños, será el sábado, vendrás ¿verdad? –dijo Tina en un tono alegre y jovial.

-Pues.....- intentaba contestar Nano a aquella linda muchachita sin ningún éxito.

-Vale, pues cuento contigo, tengo que irme, le he dicho a mi madre que no tardaría. ¡Ah!, mira de vez en cuando tu móvil, creo que tienes alguna llamada perdida, como verás no siempre te llamo para que arregles mi ordenador –dijo la niña con cierta ironía.

Antes de que Tina se marchara su tía se dirigió a ella diciendo:

-¡Espera Tina! ¡Quédate a cenar! ¡La comida ya está lista, y creo que he hecho salchichas como para un regimiento, si te parece puedo llamar a tu madre por teléfono y preguntarle si puedes quedarte! –gritó Charo desde la cocina.

-¡De acuerdo, pero yo hablaré con mi madre, tengo que decirle que si llama mi amiga Inma le diga que estoy aquí! –habló Tina también en tono algo alto para que su voz llegara con claridad a la cocina.

Nano creyó morir en aquel momento, últimamente le pasaban cosas muy extrañas, no recordaba que Tina hubiese comido nunca en su casa, salvo algunos domingos acompañada de sus padres. Charo y tía Alicia eran hermanas y naturalmente de vez en cuando se reunían con sus familias en casa de alguna de ellas. Pero cuando las dos familias estaban juntas Nano no solía tener demasiado contacto con su prima, el tiempo que no era dedicado exclusivamente al almuerzo se metía en su cuarto, si la reunión era en su casa, y dejaba a Perro Weno con su prima porque parecía que los dos estaban encantados de estar juntos, pero si el almuerzo era en casa de Tina, como vivía tan cerca, iba justo a la hora de comer y luego desaparecía. No es que no le gustara estar con ella, pero a su lado lo pasaba fatal, siempre terminaba teniendo alguno de sus despistes y

quedando en ridículo.

Nano no entendía a que venía la invitación que su madre había hecho a su prima. ¿Qué iba a hacer él ahora?, sentado con su prima en la mesa de la cocina, los dos solos frente a frente. Tina tendría todo el tiempo del mundo para observar detenidamente su cara llena de defectos, y él no lo soportaría, se pondría nervioso y tiraría todo lo que encontrara a su paso, no podría articular palabra y el mal concepto que Tina tenía de él sería aún peor si cabe. Sólo esperaba que su tía se negara a que su prima se quedará en casa, y librarse de aquella pesadilla, hasta se le habían quitado las ganas de cenar, estos acontecimientos lo inquietaban tanto que le cerraban el estómago.

Charo había invitado a su sobrina a cenar con toda la intención, había observado que: aunque su hijo intentaba huir de su prima, cuando la veía le cambiaba el gesto. Nano necesitaba ese tipo de compañía, Tina era una buena chica, sacaba buenas notas en el colegio y trataba con respeto a sus padres. Pensó que no estaría mal fomentar que los primos estuvieran juntos de vez en cuando, la alegría desbordante de aquella niña le vendría bien a su melancólico hijo. Además Tina había venido a invitar a Nano a su cumpleaños, hecho que no ocurría desde que la chica empezó a elegir sus propias compañías. Cuando eran pequeños si era invitado, pero por su hermana Alicia, a Charo no le sentó muy bien que su sobrina no incluyera a su hijo en sus fiestas, pero en el fondo comprendía que aquel niño no era precisamente la mejor compañía para una celebración, y no le echaba la culpa. De manera que Charo, con aquella invitación, no sólo fomentaba un acercamiento entre los primos, además agradecía a su sobrina que contara con Nano para celebrar su cumpleaños.

Finalmente, para sorpresa de Nano, tina se quedó a cenar, y en diez minutos los primos se encontraron solos, frente a frente, en la mesa de la cocina, mientras Charo veía los informativos en el salón. No estaba preparado para esto. ¿De qué iba a hablar? ¿Serían sus modales correctos en la mesa?

Nano se quedó mirando su plato de salchichas esperando un milagro.

La cena fue un desastre, los nervios de Nano provocaron varios incidentes desagradables: tiró un vaso de zumo de piña sobre el immaculado mantel que había puesto su madre para la ocasión; Perro Weno, aprovechando los nervios de su amo y quizás también contagiado por el momento, estaba más nervioso que de costumbre y no obedecía las órdenes, pasó todo el tiempo molestando y pidiendo su parte del banquete; Nano, cuando fue a por más zumo, tropezó con el cubo de la basura esparciendo parte del contenido a los pies de Tina, no proporcionando éste el mejor aroma para semejante velada. Para colmo, pasó la mayor parte del tiempo con una gran gota de tomate en la barbilla, hasta que su madre apareció en la cocina y lo limpió como si fuera un bebé

delante de su prima, aquello fue el remate de la velada, Nano miró a Charo como si quisiera atravesarla, Tina hubiera querido decírselo, porque cuando lo miraba sólo veía aquella gran mancha roja, pero no quería incomodarlo.

El muchacho, por supuesto, no dijo nada inconveniente en todo el tiempo, de hecho no dijo absolutamente nada, terminó la cena mirando fijamente a su prima, igual que la empezó, hubiese parecido una estatua si no fuera porque sus piernas sufrían unos pequeños temblores que le hacían parecer que daba unos curiosos saltitos.

Pero tanto sufrimiento valió la pena, y aquella imagen de Tina sonriendo mientras le contaba a su primo los planes para su fiesta de cumpleaños, le hizo soñar durante muchos días. Tina se despidió de Nano aquella noche dedicándole una de sus luminosas sonrisas y un “hasta mañana” que a su primo le sonó a música celestial.

Charo se hizo la dura cuando su hijo le pidió que por favor no lo obligara a ir el fin de semana siguiente a casa de tío Lucio, por supuesto ya tenía pensado quedarse en casa, no quería volver a dejarlos solos, teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, pero a ella no le gustaba retractarse de las ordenes que les daba a sus hijos, así que se hizo de rogar lo suficiente para que su hijo viera que las palabras de su madre tenían un valor. Aunque Nano insistió mucho en ir a aquel cumpleaños y argumento más de lo acostumbrado para convencer a su madre, en el fondo pensaba que si finalmente se iba a casa de tío Lucio para él sería una liberación, y hubo un momento en que casi se da por vencido ante las razones de su madre.

Nano no sabía que ponerse para la fiesta de cumpleaños de Tina, y no tenía ni idea de que regalarle a una chica que cumplía doce años. Pasó horas consultando en Internet cual sería el mejor obsequio para una chica de su edad, pero todas las sugerencias le parecían ridículas o eran demasiado caras para su economía. Al fin se decidió por algo que le pareció lo más adecuado, un lote que incluía: pósteres, biografía, una camiseta y álbum de las mejores canciones de su artista favorito, además le escribiría un pequeño verso en una bonita tarjeta musical que también había visto en Internet. Por su puesto, le mandaría una tarjeta digital a su correo electrónico y un bonito mensaje a su móvil. Confiaba en que el pedido que había hecho por Internet le llegara a tiempo, faltaban pocos días y no podía aparecer con las manos vacías.

El acontecimiento que se avecinaba en los próximos días tuvo a Nano con la cabeza muy ocupada, no conseguía concentrarse, y lo apartó del trabajo tan importante que tenía pendiente, una vez más su padre llevaba razón: “A las mujeres siempre se les ocurre organizar alguna movida cuando más concentrado estás en algún trabajo importante, tienen muchos dones y entre ellos el de la oportunidad”.

La noche del viernes al sábado Nano no pegó ojo, aunque todo estaba controlado, al

menos aparentemente.

El paquete con el regalo de Tina llegó la misma tarde del viernes, pasó unas horas muy angustiosas temiendo que no se cumpliera el plazo prometido por el vendedor, pero finalmente, aunque a última hora, llegó. En el momento de pagar al mensajero se encontró sin dinero, su hermano Juan había saqueado su caja fuerte, y se halló con el mensajero en la puerta y las manos vacías, tuvo que rogarle a su madre que le hiciera un préstamo a cuenta de las próximas pagas, pasó un rato terrible. Charo en un principio se negaba rotundamente a darle tanto dinero a esas alturas del mes. Aquel muchacho esperaba en la puerta con la seguridad de que por aquel paquete no le iban a dar la más mínima propina. Por fin convenció a su madre, bajo la mirada inquisidora del mensajero. Cuando después de tantos percances se vio con aquel dichoso paquete en las manos, respiró aliviado. También su ropa estaba preparada la noche del viernes, sabía lo que se iba a poner, y había conseguido escribirle unas letras a Tina en aquella tarjeta musical, mientras la escribía tenía que mantenerla abierta, y armaba tal escándalo que hasta su madre entró a curiosear, Charo no estaba acostumbrada a que Nano escuchara música sin los auriculares, cuando lo vio escribiendo en aquella tarjeta no hizo falta que le preguntara, comprendió que era para su sobrina, pero a Nano se le enrojeció la cara visiblemente.

Por suerte, esa semana, Don Rafael tuvo que hacer un viaje urgente por motivos personales, y una joven sustituta ocupó su puesto. Aquella profesora parecía no tener idea de cómo tratar a chicos de esa edad, intentó seguir el temario pero le fue imposible, cada vez que tenía una iniciativa, algún alumno le recordaba que Don Rafael eso lo hacía de aquella o esta manera, como no supo imponerse a los chicos, que al fin y al cabo en unos días dejaría de ver para siempre, terminó por ponerlos a analizar oraciones durante toda la semana. Así que Nano no se dio ninguna prisa en terminar el trabajo de Don Rafael.

Y llegó el sábado por la tarde, la fiesta empezó a las cinco, a las cuatro y media Nano estaba duchado, vestido, peinado y con gafas y zapatos relucientes. Cuando estuvo listo fue al cuarto de su hermano y buscó su colonia de la suerte, a Nano siempre le había parecido una tontería eso de echarse colonia después de ducharse, pero era una ocasión especial, y si a Juan le daba resultado con las chicas quizás a él también le ayudaría un poco. Era tal el rastro que dejaba a su paso que Juan percibió el olor enseguida, y se dirigió a su hermano pequeño levantando tanto la voz que casi lo mata del susto.

-¡¿Te has echado mi colonia de la suerte para ir a una fiesta de chiquillos?! ¡¿Tienes alguna idea de lo que cuesta una sola gota?! –gritó Juan con un repentino ataque de ira.

A lo que Nano contestó con seguridad:

-No creo que cueste más que la suma de todo el dinero que has sacado de mi caja fuerte este año. Tengo que hacer cuentas, pero creo que con lo que me has cogido podría comprarme una perfumería entera, así que más te vale callarte.



Con la única persona que Nano se extendía en sus comentarios era con su hermano, por alguna razón, cuando estaba con él no se sentía intimidado.

-Bueno, bueno, está bien hermanito, la verdad es que estás fantástico, y el olor que desprendes es el complemento ideal para una tarde de éxito, no creo que dejes indiferente a nadie, te dará suerte hermanito, ya verás –dijo Juan mucho más calmado después de la respuesta de su hermano.

Cuando Nano tocó a la puerta de la casa de su prima ya se oían a través de ella las risas de alguna de sus amigas.

Y allí estaba él, parado frente al palacio de su princesa, con un paquete entre las manos mucho más grande que su contenido y la sensación de que un gran ejército de hormigas recorría todo su cuerpo como si estuvieran posesas.

-¡Hola, Nano! –dijo Tina notablemente más contenta que de costumbre –Pasa, pasa, no te quedes ahí parado, ya han llegado casi todos mis amigos y la fiesta acaba de empezar, me estaba preguntando si te habrías olvidado de mi.

-“¿Olvidarme?” –pensó Nano –. “No he hecho otra cosa que pensar en ella desde que estuvo en mi casa para invitarme a su cumpleaños, si creo que estoy perdiendo la razón, la dignidad, diría mi padre” -.

-¿Nano? ¿Estás bien? –dijo Tina al verlo tan inmóvil.

-Si, si, estoy bien. Feliz cumpleaños Tina –balbuceó Nano dando por fin un paso al frente.

Nano la miraba extasiado, Tina estaba más guapa que nunca, su pelo brillaba como si estuviera rociado de pequeñas estrellas, llevaba un conjunto rosa que realzaba su piel ligeramente bronceada, pero sobre todo, lo que más le favorecía era un entusiasmo que iluminaba todo su rostro haciéndola más bonita aún si cabe.

Una vez dentro de la casa Tina lo hizo pasar al jardín, Nano, naturalmente, conocía perfectamente la casa de su prima y por supuesto el jardín, pero aquel día estaba increíble, hacía una tarde fantástica, y éste lucía muchos más colores de los que había visto nunca, los vestidos de las chicas y las bonitas flores contribuían al espectáculo salpicando aquel espacio que a Nano se le hacía difícil reconocer. También habían colgado globos de los árboles que daban al entorno un toque muy festivo.

Nada más entrar, Tina presentó a Nano los amigos que no conocía, y le sirvió una limonada que fue como una bendición para su reseca garganta. Cuando Nano consiguió levantar la vista del suelo su mirada se topo con la de Quino, que en aquel momento se acercaba a él con el mejor de sus secuaces, Rubén.

-¡Hombre, Espaguifotas! Por fin alguien se ha dignado a invitarte a una de sus fiestas. Espero que seas capaz de mantenerte todo el tiempo sin tropezar con nadie, aunque a juzgar por tu quietud y tu posición yo diría que va a ser más fácil que todo el mundo tropiece contigo, no estaría mal que te movieses un poco para echarte a un lado y dejar paso, estás como el jueves –dijo Quino en su usual tono irónico.

Era evidente que Quino ya tenía a alguien que le arreglara sus problemas informáticos, su forma de tratar a Nano dejaba clarísimo que ya no le necesitaba y podía permitirse, de nuevo, mofarse de él sin piedad.

-¿Qué le has regalado a Tina? –siguió Quino ahora interesado en saber algo que seguramente le daría motivos para seguir riéndose de aquel indefenso chico -. Los compañeros de clase hemos comprado entre todos algo que, estamos seguros, le va a entusiasmar: un conjunto de objetos de su artista favorito. Para según que cosas Internet puede llegar a ser muy útil. Estamos deseando que llegue la hora de partir la tarta y abrir los regalos para ver su cara de sorpresa cuando vea el nuestro.

Nano no le contestó absolutamente nada a Quino, cuando aquel chico adoptaba esa aptitud se quedaba siempre perplejo, pero esta vez además se había quedado realmente paralizado. A partir de ese momento sólo pensaba en la manera de salir de la situación que se avecinaba después de partir la tarta. Lo primero que se le ocurrió fue escapar de allí con alguna excusa, o simplemente escapar, la ocasión era de verdadera urgencia para Nano, aunque quizás, a juzgar por la forma en que Tina lo estaba ignorando, no

necesitaría ninguna excusa, ni salir corriendo, seguramente la muchacha no se daría cuenta, ni le echaría de menos. Pero una vez superado aquel primer impacto puso a funcionar sus neuronas. Ya era hora de ganarle la partida a aquel chico tan engreído, y esta era su gran oportunidad, no podía amedrentarse otra vez, si no le plantaba cara de una vez aquella situación se prolongaría hasta que terminaran el colegio.

Lo que Nano tenía que conseguir a toda costa era que su regalo fuese abierto el primero, y una vez conseguido se iría inmediatamente de la fiesta con alguna excusa, no dando tiempo a que Quino replicase, si se quedaba tendría que soportar toda la ira que éste arrojaría sobre él.

Hasta la hora de partir la tarta, Nano tropezó un par de veces en su intento de apartarse para dar paso a los chicos y chicas que iban y venían ignorándolo completamente, pero después de sus tropiezos Quino no se molestó en acercarse a él para mofarse, se limitaba a reírse y mirarlo desde lejos, estaba demasiado ocupado charlotteando y presumiendo con las chicas más guapas de la reunión, entre ellas, claro está, Tina. A Nano le pareció que Tina hizo algún intento de acercarse, pero Quino consiguió impedírselo con sus artimañas.

Cuando llegó la hora de partir la tarta Nano se acercó a su prima, y algo inquieto le habló:

-Tina, ¿puedes atenderme un momento? –titubeó Nano en un esfuerzo inhumano -. Tengo algo de prisa y me gustaría que abrieras mi regalo el primero para poder marcharme enseguida. Me acaba de llamar un amigo al móvil para decirme que está en mi casa, quiere que le de unos programas que le prometí. No te importa ¿verdad? No me gustaría hacerlo esperar demasiado.

-“¿Un amigo?” –pensó Tina -. “¿Pero Nano tiene amigos?” –siguió haciéndose preguntas aquella inteligente niña.

-No hay problema Nano, supongo que ya te he hecho sufrir demasiado por esta tarde, no parece que te estés divirtiendo demasiado, perdona que no te haya atendido lo suficiente pero es que tengo que estar con todos. En quince minutos abriremos los regalos y podrás irte.

Nano hubiera querido decirle que estaba muy contento de haber asistido a su fiesta de cumpleaños, y que, aunque era verdad que no se había divertido demasiado, el hecho de estar allí invitado por su prima, por primera vez, le había hecho muy feliz. Pero no tenía preparada una respuesta adecuada, sólo con estar frente a Tina era como si su cabeza dejara de funcionar para poder concentrarse únicamente en su bonita sonrisa.

A los diez minutos todo el mundo portaba un platito de papel con un trozo de tarta, tan rosa como el conjunto de Tina. Nano odiaba los pasteles, y mucho más las tartas de

cumpleaños llenas de crema resbalosa y muy azucaradas, se le pegaban al paladar y no lo soportaba, pero en aquella ocasión engulló su porción con mucha rapidez, Tina lo miró desde su posición, pensó que quizás le había gustado mucho su pastel de cumpleaños y querría otro trozo, así que se acercó a él para ofrecerle otra buena ración de calorías que no le venían mal a aquella delgada criatura.

-Veo que te ha gustado mi tarta, ¿quieres otro trozo? Hay más que suficiente para repetir todos –dijo Tina mirando con dulzura a su primo.

-¡OH! No, no, muchas gracias Tina, estaba deliciosa, pero ha sido suficiente, he comido mucho en tu fiesta, todo estaba exquisito –consiguió decir Nano, bastante orgulloso de haber dicho por fin una frase completa y sin interrupciones delante de su prima.

-¡Vamos a abrir los regalos! – gritó Tina para que pudieran escucharla entre tanta algarabía -, primero abriremos el que me ha traído Nano, tiene que irse, luego seguiremos con los demás -terminó de decir la niña abriendo ya el paquete.

La madre de Tina había preparado una pequeña mesa al fondo del jardín donde estaba la tarta y todos habían puesto los regalos, desde esa posición todo el mundo podía ver con claridad a la muchacha desenvolver su paquete.

Cuando Tina consiguió abrir el regalo, precintado hasta la saciedad por la empresa de mensajería, y extrajo parte de su contenido, levantó la vista hacia Nano con el rostro más iluminado y entusiasta que se le había visto en aquel día. Se acercó a Nano con la colección de CDs en las manos, sin apartar su bonita mirada de él mientras caminaba, y después le dio un abrazo tan fuerte que con uno de sus brazos sacó las gafas de su primo de sus orejas.

-¡Gracias, gracias Nano!, no podía haber nada en este mundo que me hiciera más ilusión. Lo que más me gusta de ti es que, sea como sea, no dejas nunca de sorprenderme. No te imaginas las ganas que tenía de tener el CD de este cantante, y además tengo la biografía y esta camiseta con su fotografía, gracias de nuevo Nano, de verdad me has hecho muy feliz. Bueno, no te retengo más, puedes irte si quieres, se que tienes prisa, y gracias de nuevo Nano. Por cierto, hueles muy bien, me gusta tu perfume –se despidió Tina con una dulce mirada de agradecimiento hacía su primo.

-Adiós Tina, me ha gustado mucho tu fiesta, gracias por invitarme –se despidió también Nano con gran alivio.

Nano agachó la cabeza intentando esconder el rojo intenso que ofrecía su cara en aquel momento, y se dirigió a la salida haciendo lo imposible por esquivar la mirada de Quino.

Esperaba que Quino se acercara a él antes de que se fuera de la fiesta, y le dijera

alguna de sus frases inquisidoras, le había retado por primera vez y había ganado, al menos en un principio, y Nano estaba seguro que aquel niño mimado y orgulloso tenía que estar echando chispas del sobresalto que acababa de pillar. Pero Quino no supo reaccionar a tiempo y Nano pudo escapar de allí antes de que se le acercara, aunque sabía que aquello no iba a quedar así. Conocía muy bien a Quino y estaba seguro de que no pararía hasta vengarse, tenía la capacidad y la sangre fría suficiente como para esperar el momento adecuado. Pero por ahora Nano había salido de aquella fiesta victorioso y había hecho feliz a su prima, ya solucionaría sus diferencias con Quino cuando llegara la ocasión.

De vuelta a casa, mientras subía el trozo de calle que separaba la puerta de la casa de su prima de la suya, Nano casi es atropellado por la motocicleta de un vecino, iba absorto en sus pensamientos, pero su madre, que estaba en la terraza tendiendo la ropa, le propinó una voz capaz de sacar de su ensimismamiento a cualquiera, si no llega a ser por aquel grito probablemente hubiera quedado mal herido.

Charo salió a la calle al encuentro de su hijo completamente desquiciada, con Perro Weno a su lado, y gritando como una loca:

-¡Hijo mío! ¿Estás bien? ¡Que barbaridad! ¡Que barbaridad! Vas a matarme de un susto hijo –le decía Charo a su hijo mientras lo besaba en medio de la calle (ahora llena de gente), como si fuese un bebé -. No voy a poder dejarte salir a la calle sin compañía, vas por la vida ausente, cualquier día vas a darme un disgusto. ¡Ay mi niño! ¡Ay mi niño! –seguía lamentándose la madre entre beso y beso.

-Estoy bien mamá, deja ya de besarme, vas a gastarme –dijo Nano avergonzado del espectáculo que estaban formando ante los vecinos.

En aquel momento Nano sólo pensaba en entrar en casa, si el jaleo que se estaba formando en la calle llegaba a la casa de su prima saldrían todos los chicos de la fiesta, incluido Quino, y de nuevo sería el hazmerreír de todos, borrando completamente la última hazaña que acababa de protagonizar delante de los amigos de Tina. El simple hecho de imaginar a todos aquellos chicos, a su alrededor, viendo como su madre lo abrazaba y besaba, le hacía daño.

Perro Weno también parecía algo alterado, seguramente contagiado por la actitud de Charo, y por la conglomeración de gente que se encontraba de pronto en la puerta de su casa, saltaba alrededor de su amo y lo lamía de una forma compulsiva.

Cuando Nano entró en su habitación su cabeza era un mar de sentimientos encontrados, por un lado la cara de Tina al ver su regalo y el abrazo que le dio, por otro la victoria ante Quino, y para rematar la tarde casi lo mata una motocicleta, estaba seguro que todos los vecinos estarían en aquel momento comentando durante la cena sus

despistes, y compadeciéndose de Charo por tener un hijo tan raro. A esto último estaba acostumbrado y no le preocupaba demasiado, pero que su prima le hubiese agradecido su regalo con aquel fuerte abrazo lo superaba, y muchos más teniendo en cuenta que Quino los estaba mirando. Tendría que echarse en más ocasiones la colonia de la suerte de su hermano, realmente le había dado un resultado excelente, salvo algún incidente sin importancia para él.

Nano y su padre

A la hora de la cena fue su padre el que apareció con el vaso de leche y el puñado de pastillas de colores recomendadas por Don Hilario. Su madre supuso que con lo que su hijo habría comido en la fiesta de cumpleaños sería más que suficiente para su escuálido cuerpecito, además, sabía que cualquier percance cerraba el estomago de Nano, y desde luego lo acontecido en la calle había sido muy fuerte.

Salvador abrió la puerta del dormitorio de Nano con suavidad, dejó la bandeja en la mesita de noche, se sentó en la cama a los pies de su hijo y junto al hocico de Perro Weno, y le dijo:

-¿No vas a ponerte el pijama?

El padre miró aquel endeble cuerpecillo que estaba tirado sobre la colcha y siguió hablando:

-Menudo susto le has dado a mamá. ¿Tienes algo que contarme? ¿Ha ido todo bien en la fiesta?

Era evidente que el padre de Nano entró en el cuarto de su hijo dispuesto a entablar una de sus conversaciones hombre a hombre, seguramente incitado por su madre. Pero Nano no estaba dispuesto, aquellas charlas padre e hijo daban resultado con su hermano Juan, que al final del diálogo siempre conseguía algún dinerillo extra para subsanar su maltrecha economía, pero con él esas conversaciones de hombres no iban, y menos en aquel momento. Nano estaba demasiado aturdido, reconocía que muchas de las famosas frases de su padre habían terminado siendo ciertas, pero aquel hombre rudo y luchador pertenecía a un mundo muy diferente al suyo. A Salvador, sus compañeros y su hijo mayor, les pasaban las mismas cosas, y tenían las mismas aspiraciones, todos se apasionaban por los vehículos, y les encantaba hablar de las diferencias entre el mundo masculino y femenino, para ellos ser hombre era un honor. Sin embargo, a Nano no le pasaba nada parecido a los hombres que conocía, y no podía compartir con ninguno sus sueños. Mientras él soñaba con ser un gran escritor, su padre y sus amigos anhelaban un camión más grande y moderno. –“Pero... ¿para qué quería su padre un camión más grande?” –pensaba Nano mientras acudía a su mente la imagen del día en que Salvador trató de atravesar su calle con el camión, casi hubo que echar abajo una fachada, porque no conseguía salir del espacio que quedaba entre las hileras de casas que estaban a los lados de la vía, desde lo alto de la calle a Nano le parecía que aquel camión era gigantesco, parecía una ballena intentando entrar en una madriguera. A veces Salvador se empeñaba en darle a Nano una vuelta en su camión, decía que para tener pasión por algo

había que mamarlo desde pequeño, y nada le hacía más ilusión que compartir su afición y trabajo con sus hijos, a Nano le costaba muchísimo subir a aquella cabina que parecía estar en el mismo cielo, y cuando se encontraba por fin dentro y miraba hacía abajo, el mundo se veía tan pequeño.

Definitivamente Nano no creía que su padre jamás le comprendiera, seguramente lo único que tenían en común eran los genes y unos lazos afectivos que, aunque aparentemente invisibles, no se romperían jamás.

Después de un buen rato sumido en sus pensamientos habló:



-Si papá, todo bien, es sólo que me encuentro algo cansado.

-Bien, bien hijo, me alegro, mañana hablaremos, ¿de acuerdo?, y haz el último esfuerzo del día, lávate los dientes y ponte el pijama –terminó su padre.

Antes de irse, el padre de Nano le dio un beso cargado de ternura, aunque era un hombre aparentemente algo tosco y al que no le gustaba mostrar sus emociones, se desmoronaba ante cualquier signo de debilidad de su prójimo, y mucho más si se encontraba en alguien a quien amaba. Sólo de contemplar el delgadito cuerpo de su hijo, con aquella mirada de despiste, se llenaba de afecto hacia él, pero se obligaba a si mismo a no mostrarse débil, pensaba que Nano ya recibía bastantes mimos de su madre, y que quizás por eso era un niño tan frágil.

Al domingo siguiente Nano hizo varios intentos de proseguir con su trabajo de literatura, pero no dejaba de pensar en el lunes y en las reacciones de Tina y Quino, bueno la de Quino para Nano era bastante previsible, al fin y al cabo le había ganado por

primera vez la partida, pero la de Tina, en fin, era una mujer y las mujeres como, con gran razón, decía su padre, son imprevisibles. De modo que se dedicó a dar grandes paseos a Perro Weno, lo que, por supuesto, puso muy contento al animal.

Cuando salía o entraba en casa se aseguraba de que Tina no estuviera por los alrededores, en aquellos momentos prefería no dar explicaciones, se odiaba a si mismo por ser tan cobarde, pero estaba seguro de que cuando se fue de la fiesta de cumpleaños de su prima Quino y ella hablaron de él, y no precisamente bien, no tenía ni idea de el modo en que Quino se había justificado ante su prima por haber elegido el mismo regalo que Nano, pero estaba seguro de que le habría echado la culpa a él de todo, aunque en realidad de aquel incidente nadie había tenido la culpa, fue pura casualidad, de lo único que Nano se sentía culpable es de haberle mentido a Tina cuando le dijo que se tenía que ir, porque le esperaba un amigo, sólo para que su regalo fuese abierto primero y así darle él la sorpresa antes que Quino. También apago el móvil, por primera vez, por si Tina lo llamaba, prefería que le saliese un mensaje diciéndole que su móvil estaba apagado o fuera de cobertura a que pensara que la estaba ignorando.

La zancadilla

Aquel lunes Nano llegó al colegio tarde, como siempre, pero esta vez a propósito, no le apetecía encontrarse a Tina y Quino por los pasillos. Lunes y viernes a primera hora tenía clase de lengua y literatura, Don Rafael era muy puntual, así que cuando Nano abrió la puerta la clase, ya había empezado. Quino se sentaba en la primera fila, justo al lado de la puerta, en el momento que vio entrar a Nano extendió la pierna por debajo de su pupitre, provocando adrede que el despistado chico tropezara con ella. Nano cayó de bruces contra el suelo. El golpe fue tan espectacular que de repente todo quedó en absoluto silencio, todos pensaron que de aquel fuerte golpe, esta vez, Nano no podría salir ileso. Inmediatamente Don Rafael se acercó para auxiliar a Nano, el escuálido chico estaba boca abajo, completamente desparramado en el suelo, inmóvil y rodeado por todas las cosas que llevaba en la cartera, la llevaba abierta y al dar el leñazo todo su contenido salió disparado, esparciéndose a su alrededor, incluso sus gafas habían llegado a parar a los pies de Quino.

-¡Antonio! ¡Antonio! ¿Estás bien? –decía el profesor zarandeando a Nano -. ¿Puedes levantarte?

Cuando Nano consiguió por fin levantarse ayudado por Don Rafael, parecía un cadáver entre los brazos de su profesor, si no fuese porque al momento empezó a ponerse como un tomate e intentaba colocarse sin éxito las gafas, todo el mundo hubiese pensado que estaba casi muerto. Ahora todos reían a carcajadas, menos Tina, que cuando oyó el impacto se levantó, y todavía permanecía en pie con la cara desencajada.

Cuando Nano consiguió enganchar sus gafas a sus grandes orejas se dio cuenta de que una de las lentes estaba resquebrajada, y claro, no veía absolutamente nada por ese ojo, Quino había aprovechado que aquellas gafas cayeron a sus pies y que todo el mundo estaba mirando a Nano, para pisarlas con disimulo.

Mientras Don Rafael ayudaba a Nano a recoger todas sus cosas los alumnos no paraban de reír, el profesor cansado de aquella falta de respeto ante un compañero, y aunque no era su forma de proceder, gritó:



-¡Callaos! ¡Callaos inmediatamente! La caída de un compañero no debe ser motivo de risa, sino de preocupación, no voy a consentir que en mi clase ningún alumno se mofe de otro. Ocupa tu puesto Antonio, vamos a proseguir con la clase.

Por lo demás la hora de clase terminó sin más incidentes pero con cierta tensión en el ambiente. Don Rafael tenía serias dudas de si, en aquella ocasión, la caída había sido un mero despiste de Nano, sospechaba que tanto la caída como la rotura de las gafas habían sido provocadas por Quino, pero no podía acusarlo abiertamente, porque era sólo eso, una sospecha.

Cuando terminó la hora de clase Don Rafael se dirigió a Nano y le dijo:

-Espero que no te hayas olvidado de nuestro trato y que pronto me entregues la historia terminada.

-No se preocupe Don Rafael, no lo he olvidado –contestó Nano sorprendido.

-Estupendo Antonio, estoy impaciente.

Hasta la hora del recreo todo transcurrió con aparente normalidad, no hubo tiempo de levantar la cabeza de los libros, así que nadie se acercó a Nano. Pero cuando el timbre sonó para salir al recreo, la cosa cambió. Desde el momento en que Nano escuchó aquel sonido, anunciando que todos tenían que reunirse en el patio, fijó su mirada en el cuaderno que tenía en su mesa, y se agarró a ella como si fuera su tabla de salvación. Sabía que: el hecho de que Quino le hubiera puesto la zancadilla y le rompiera sus gafas podía ser sólo el principio de su venganza. En el patio era mucho más vulnerable, allí no había tanta vigilancia por parte de los profesores, y Quino podía acercarse a Nano sin

problema, posiblemente él y sus amigos aprovecharían para reírse de Nano, y así divertirse en el tiempo de juego. Además también pensaba que, quizás, Tina aprovecharía el momento para pedirle explicaciones sobre todo lo que pasó el día de su cumpleaños.

-¿No vas a salir al recreo?

Ni la dulce melodía que salió de la garganta de la niña consiguió que Nano levantara la mirada de aquella libreta.

-Te espero fuera, ¿vale?

-Vale –dijo Nano en tono inaudible.

Al momento entró el bedel del colegio y dijo en tono imperativo:

-Hay que desalojar las clases a la hora del recreo, así que venga, al patio, si no quieres que de ahora en adelante cada vez que desaparezca algún objeto de las aulas te acusen a ti. ¡Vamos! No te quedes ahí parado.

Cuando Nano llegó al patio ya le estaban esperando Quino y sus secuaces.

-Bueno, bueno, por fin nuestro ladrón de ideas se ha dignado a mezclarse con la plebe ¡Escúchame Espaguifotas!, escúchame muy atentamente, lo que hiciste el sábado me lo vas a pagar, de hecho esta mañana ya recibí el primer plazo del pago, voy a vigilarte tan de cerca que sentirás mi respiración las veinticuatro horas del día, hasta que te arrepientas de haber asistido a esa fiesta y me pidas perdón de rodillas por la humillación que me hiciste pasar. No se quien te dijo el regalo que le íbamos a hacer a Tina, pero te aseguro que ese chivato también lo pagará, no voy a permitir que chicos como tú se rían de mí a mis espaldas –susurró Quino al oído de Nano mientras posaba sobre él su mirada más asesina y le pisaba con sus grandes botas sus delgados pies.

-Yo no sabía lo que vosotros le ibais a regalar a Tina, fue una casualidad, nadie me dijo nada –dijo Nano con la voz temblorosa y mirando al suelo.

-¡Ah! ¿Si? ¿Y también fue una casualidad que te estuviera esperando un amigo en casa, y que Tina tuviera que abrir tu regalo el primero para que pudieras irte? Pero... ¿desde cuando tienes tu amigos? Deja de meterte en mis cosas Espaguifotas, o lo pagaras caro –terminó Quino, pisando con más fuerza los pies de Nano.

Nano, por unos instantes, quedó paralizado después de que Quino se marchara. Buscó un banco vacío y aislado, y se sentó con el corazón en un puño. Sabía que siempre había sido uno de los objetivos de Quino, pero ahora era su obsesión, y no tenía escapatoria, Quino dedicaría todo su tiempo libre a hacerle la vida imposible.

Después de unos minutos con la cabeza entre las manos y los ojos fijos en el suelo, notó que el espacio vacío que había a su derecha era ocupado. Tenía tanto miedo a que fuera otra vez Quino que ni siquiera se atrevió a desviar un poco la vista para averiguar a

quien pertenecían los pies que estaban ahora junto a los suyos. Después de un rato se oyó una bonita voz:

-¿Te gustó mi fiesta Nano?

Esta vez Tina no parecía dispuesta a responder sus propias preguntas, y se calló en seco esperando a que su primo hablara.

-Fue una fiesta magnífica Tina –contestó Nano levantando por fin la cabeza -, créeme que no la olvidaré jamás.

Nano estaba desconcertado, no sabía si realmente Tina le estaba haciendo una pregunta sin más, o si era una forma de empezar una conversación en la que su intención era recriminarlo por haberle mentido. Estaba hecho un lío, nunca debió asistir a esa fiesta, podía soportar ser el objetivo de Quino, pero que después de ser invitado, por primera vez, a una fiesta de Tina ésta se enfadara, era demasiado para él.

Pero Tina no estaba enfadada, más bien parecía lo contrario. Y siguió hablando:

-Yo tampoco la olvidaré. Inteligente jugada la tuya, dejaste caos a Quino. Te fuiste tan rápido que no pude darte las gracias por la tarjeta y el verso, nunca me habían escrito cosas tan bonitas.

Nano no podía creer lo que estaba escuchando, últimamente parecía que Tina tenía mejor opinión de él, quizás con la jugada que hizo en aquella fiesta consiguió por fin su objetivo, o tal vez estaba intentando consolarlo sólo por compasión, Tina pareció sobrecogida cuando Nano se cayó aquella mañana en clase. Realmente Nano no acertaba a interpretar aquel acercamiento de su prima, podía haberle preguntado abiertamente cual era su intención, pero era demasiado tímido, y en aquellos momentos su estado anímico estaba por los suelos.

-Me alegro que te gustara –comentó tímidamente Nano.

Durante la conversación con su prima, Nano estaba especialmente nervioso, no sólo por el reciente encuentro con Quino, además aquel chico estaba a diez metros de él y no le quitaba el ojo de encima. Ya había tenido demasiados problemas, y todavía le quedaba la otra mitad de la mañana por estar en el colegio. No quería complicar más la situación, Nano sabía que con aquella mirada Quino le estaba diciendo claramente que se apartara de Tina, y sintiéndolo mucho busco un pretexto para separarse de ella antes de que Quino volviera a vengarse.

-Tengo sed, voy a la fuente a beber agua –dijo Nano casi de repente dejando muy sorprendida a Tina.

- Está bien, hasta ahora Nano –contestó la muchacha muy decepcionada.

Mientras Nano se dirigía a la fuente se sintió el hombre más cobarde del mundo. Su comportamiento había sido tan miserable que no podría perdonárselo jamás. La hazaña

que había protagonizado el sábado en la fiesta de su prima no había servido de nada, ahora su reputación estaba más depreciada aún. Tina era una niña inteligente y sensible, probablemente se había acercado a él para ofrecerle su compañía porque intuía el estado en el que se encontraba su primo, y la había dejado plantada por miedo a Quino. Si en aquel momento hubo alguna posibilidad de acercamiento a Tina había acabado con ella para siempre de la forma más ruin. Su vida era un desastre, nada le salía bien, cuando parecía que levantaba cabeza volvía a caer aún más bajo. Seguramente el acercamiento de su adorada prima también era una forma de agradecerle que hubiera puesto a Quino en su sitio por una vez, pero su cobardía lo había echado todo a perder.

Definitivamente era un día nefasto, no sólo porque había hecho el ridículo más espantoso en clase, esta vez por culpa de Quino, además había dejado que aquel muchacho vanidoso le amenazara, y por si fuera poco se había dejado intimidar por éste dejando casi con la palabra en la boca a su prima.

Después de todo lo que había sufrido hasta ese momento, el resto de la jornada transcurrió completamente inadvertido. Así que incapaz de concentrarse en nada, pasó la tarde navegando por Internet sin buscar nada en concreto.

El pastor

Al día siguiente se levantó más optimista, y decidió que ya estaba bien de perder el tiempo con tonterías, tenía que escribir, era lo único que realmente le satisfacía y hacía bien. Primero terminaría el trabajo prometido a Don Rafael, y después seguiría con su gran proyecto, con tanto acontecimiento tenía éste último totalmente olvidado.

Los días que transcurrieron después de aquel fatídico lunes trabajó con ahínco y aunque, como le dijo Quino, no dejó de sentir la respiración de aquel sádico ni un instante, aprendió a trabajar con aquellos resuellos imaginarios en su oreja, sobre todo durante las seis horas de clase, no obstante en casa parecía que se sentía mucho más seguro y conseguía olvidarlos.

Aquel martes, después de dar un paseo a Perro Weno, prosiguió con el trabajo prometido a Don Rafael de esta manera:

Cuando despertaron y salieron fuera de la casita, quedaron perplejos, estaban en una colina desde donde podían divisar todo el valle, éste estaba completamente anegado, y un sol cegador provocaba grandes destellos en el agua como si de un espejo gigante se tratara.

En ese instante se dieron cuenta para que necesitaban las provisiones de agua y comida que les había encargado la montaña, seguramente no podrían bajar al valle en varios días, hasta que el nivel del agua se redujera lo suficiente como para poder reconocer algún camino. Estaban completamente aislados, allí no había cobertura para los móviles y no podrían avisar a nadie, de todas formas no se les ocurrió echarlos a la mochila, cuando llegaron al valle los apagaron a sabiendas de que en aquel lugar eran unos trastos inservibles. La madre de Nico conocía este problema de cobertura, así que no esperaba ninguna llamada durante el tiempo que estuvieran allí.

Pasaron dos días prácticamente enclaustrados en aquella pequeña cabaña, y comentando entre ellos, una y otra vez, la experiencia que habían vivido, como si quisieran grabarlo a fuego en su mente para no olvidarlo jamás. Curiosamente, a pesar de que tanto la comida y el agua, como la leña, parecían provisiones sólo para un día, nos les llegó a faltar de nada, el primer día que pasaron allí, al acostarse, el rincón de la leña ya estaba prácticamente a cero, pero cuando se levantaron, hubieran jurado que alguien había dejado más troncos, porque volvieron a tener suficientes para ir echando a la chimenea durante toda la jornada, lo mismo les pasó con la comida y el agua.

La segunda y última noche, cuando Nico y su padre ya estaban metidos en la cama,

el padre de Nico empezó a roncar como de costumbre.

De nuevo, los ronquidos de aquel hombre empezaron, como el día de la tormenta, a tomar forma, configurando palabras concretas:

-Nico... Nico... Soy yo de nuevo, ahora no puedes verme porque estás sobre mí.

A Nico se le encogió el corazón, pero esta vez, no tenía la más mínima duda de que la montaña le estaba hablando.

-He creído conveniente darte una explicación –prosiguió aquella impresionante voz -. La gente que vivía en la aldea de la ladera llevaba sufriendo una severa sequía durante cinco años. La mayoría de ellos, cansados de esperar, se fueron marchando, vendieron sus animales y abandonaron sus tierras en busca de una vida mejor; unos a la ciudad y otros al encuentro de parientes lejanos que les ayudasen a salir de sus precarias situaciones. Pero uno de los aldeanos, dedicado al pastoreo, hizo lo imposible por resistir aquella situación de miseria, salía cada día a la seca pradera con sus ovejas, y mientras ellas se afanaban en encontrar alguna brizna de hierba, él se sentaba, siempre en la misma piedra, y me hablaba con estas palabras: “Hoy ha muerto otra de mis ovejas, tienes que hacer que llueva, tu eres tan alta como para retener la nube hasta que descarguen en este valle, haz que llueva, no quiero marcharme, no podría vivir sin mirarte”.

Mientras Nico intentaba grabar cada palabra en su mente la montaña proseguía su relato.

-A pesar de la prueba tan dura a la que estaba siendo sometido no dejó de venir con sus ovejas y pedirme el agua que necesitaba su amado valle, fue tal su fe en mí que tuve que dar respuesta a sus suplicas. La necesidad de agua de este valle no se paliaba con una simple lluvia, era necesario que cayera en abundancia y en un corto espacio de tiempo para que la hierba fresca naciera con rapidez y el pastor no perdiera todo su rebaño, de modo que tuve que esperar a que todos los aldeanos se marchasen para que no murieran en la inundación. Cuando el pastor y sus ovejas estuvieron a buen recaudo y el valle ya estaba vacío, llegasteis vosotros, la tormenta no se podía demorar más, el suelo estaba agonizando, por eso tuve que hablar contigo, podía haberlo hecho con tu padre, pero sólo un niño es capaz de creer que una montaña puede hablar.

-Mañana os marchareis, espero que sepas guardar nuestro secreto, sé que con tu padre está a salvo, no se atreverá a contar algo así, sabe que nadie lo creerá y perdería su reputación. También espero que esta aventura os haya ayudado a recuperar vuestra relación, todo el sufrimiento que padeció tu padre durante la tormenta fue por ti, no te quepa duda de que te quiere más que a su propia vida.

Antes de despedirse la voz le dijo a Nico unas últimas palabras:

—Hay algo que si quiero que digas a los cuatro vientos durante el resto de tu vida: “Con fe y perseverancia hasta las montañas pueden escucharte”, adiós Nico- se despidió para siempre la montaña.

Nico estaba atónito, mil cosas y sensaciones se agolpaban en su mente, por un momento pensó en despertar a su padre para contarle que la montaña le había vuelto a hablar y todo lo que le había dicho, pero recordó aquellas palabras, ella quería que todo fuese un secreto y que no hablara con nadie de aquella conversación, así que guardó para él la fantástica explicación que le había dado la montaña. Nico se acurrucó junto a su padre que ahora roncaba con total normalidad, y entró en un plácido sueño con la sensación del que ha vivido una experiencia única.

A la mañana, siguiente cuando Nico y su padre despertaron, corrieron rápidamente fuera de la cabaña para ver como había amanecido el valle, comprobaron que el agua había sido remplazada por una fina hierba y que los senderos ya estaban libres del exceso de humedad. Recogieron las pocas pertenencias que tenían en el refugio y se pusieron en marcha.

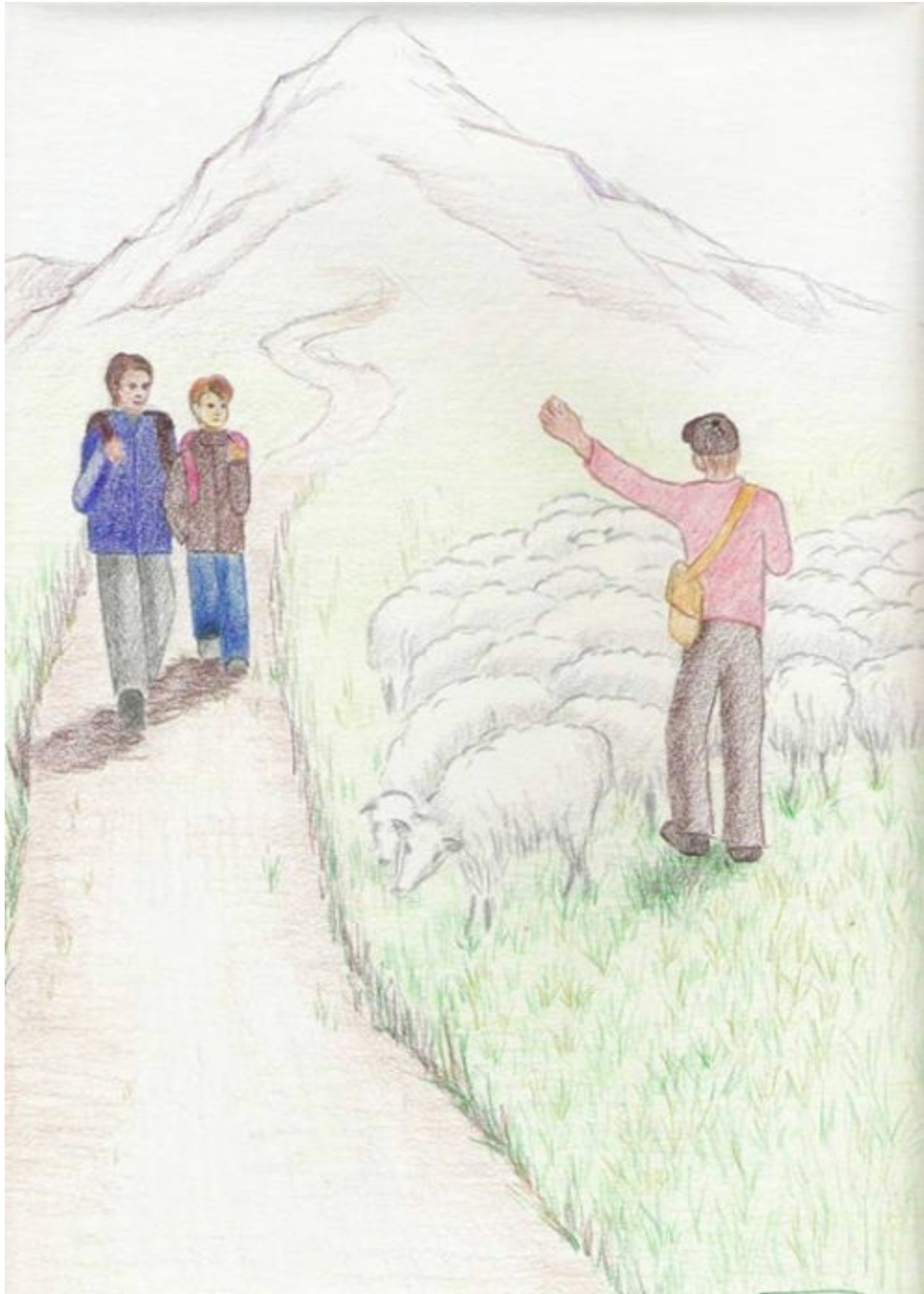
Caminaban en silencio. Iban bañados por el cálido sol, su luz, después de los días de tormenta, se mostraba más limpia de lo que nunca la habían percibido padre e hijo, parecía que el sol hubiese aprovechado el agua para bañarse y después mostrarse radiante.

El paisaje era espléndido, el verde se mostraba brillante, casi eléctrico. El canto de los pájaros les acompañaba como si fuera la banda sonora de aquella película fantástica que estaba llegando a su fin. El olor a hierba fresca también iba con ellos, era tan intenso que casi parecía que podían percibirlo por cada poro de la piel. Todos sus sentidos estaban estimulados al máximo. Era la forma con la que la montaña se despedía, agradeciéndoles, que con su paciencia por los dos días de encierro, hubieran ayudado a la vuelta a la vida del valle. Ahora la savia corría por aquel lugar prometiendo un futuro espléndido para todos los habitantes de aquel magnífico territorio, y se percibía la magia de todo aquello que está en el comienzo.

Guardar aquel secreto les iba a resultar muy difícil a los dos y, aún sin que lo hubieran hablado, habían hecho un pacto de silencio, cuando terminara aquella aventura ninguno de ellos contaría lo que habían vivido. Aquel secreto los acompañaría durante el resto de sus vidas y nunca saldría de sus gargantas.

Yendo Nico y su padre a mitad del camino que los conducía al lugar donde estaba la cabaña de la familia, vieron a los lejos a un muchacho y su pequeño rebaño, cuando se toparon con él, éste, tapándose con una mano, a modo de visera, el imponente sol que incidía en su retina, miró a Nico como si le conociera de toda la vida, y con la

complicidad del que conoce lo más profundo de tu ser, levantó el brazo para saludar y dijo:



- Buenos días Nico, hace un día espléndido, ¿no crees?, mira a tu alrededor, el valle está precioso, hace años que no luce un verde tan luminoso.

-¿Nos conocemos? –contestó Nico visiblemente sorprendido al ver que aquel muchacho sabía su nombre, y mientras su padre contemplaba la escena más perplejo aún.

-En cierto modo si –contestó el pastor con una plácida sonrisa -. Hay alguien que nos habló al uno del otro. Te deseo un buen regreso a casa, espero que de ahora en adelante vengas más por estos lugares y nos conozcamos mejor –terminó el pastor levantado de nuevo la mano con un gesto de despedida.

-Yo también lo espero, hasta pronto –contestó Nico.

En ese momento Nico comprendió con quien había hablado y que los dos tenían algo muy importante en común: una experiencia única y fantástica.

-¿Conoces a ese chico de algo? -le preguntó su padre.

-Podría decirse que si –le contestó Nico esperando que su padre no pidiera más explicaciones.

Por suerte su padre no quiso indagar en lo extraño de aquel encuentro, de alguna manera intuyó que no debía saber más, ya eran suficientes las experiencias vividas en los últimos días, y estaba seguro de que si su hijo hubiera querido darle alguna explicación sobre el encuentro, lo hubiera hecho..

Cuando llegaron a su refugio comprobaron que todo estaba afectado por la inundación, incluso el coche mostraba signos visibles de haber estado sumergido, si la montaña no los hubiera guiado probablemente no habrían sobrevivido. El coche, aunque no a la primera, arrancó, aquello era un verdadero milagro teniendo en cuenta el estado en que se encontraba, pero todo en aquellos días merecía el calificativo de milagroso, así que el padre de Nico no se sorprendió de aquel nuevo suceso. Los dos cogieron aquellas cosas que todavía podían servir de algo después de la catástrofe y se pusieron en marcha rumbo a casa.

Por el camino los dos sintieron que su relación había dado un giro, ahora había una complicidad entre ellos que estaba más allá de la relación paterno filial, Nico estaba muy contento de haber pasado aquellos días con su padre, esa experiencia no la cambiaría por asistir a las fiestas de su pueblo por nada del mundo.

Llegado este punto, Nano se encontraba bastante satisfecho de lo que había trabajado en su historia, aunque tenía la duda de si dejarla tal cual o esperar a que Nico y su padre llegaran a casa. Pensó que lo mejor sería dar un paseo a Perro Weno y despejar su duda al aire libre, a veces Nano no sabía si era él quien sacaba a Perro Weno o era Perro Weno quien lo sacaba a él.

Durante el paseo decidió que su historia estaría mejor acabada con la llegada a casa de Nico y su padre. –“Estaría bien incluir la vuelta a casa” –pensó.

De modo que a su regreso se dispuso a escribir el final, y termino su historia así:

Cuando llegaron a casa la madre de Nico los recibió muy contenta por volver a verlos.

-¡Hola! Que alegría de veros, empezaba a preocuparme. ¿Por qué no habéis conectado el móvil a la salida del valle? He llamado cien veces –dijo la madre de Nico.

-Bueno... Verás, los móviles han sufrido un pequeño percance, por eso no los conectamos, habrá que comprar unos nuevos –contestó el padre.

-¿Y que tal la experiencia? ¿Lo habéis pasado bien? –preguntó de nuevo la madre.

-¿Bien? Ha sido una experiencia increíble –volvió a responder el padre mientras pensaba que aquel calificativo se quedaba corto teniendo en cuenta la magnitud de la aventura que habían vivido.

-¡Hijo mío! ¡Estás hasta arriba de barro! Perdona que te regañe nada más llegar a casa, pero es que haces hablar a las piedras –dijo aquella madre insinuando una sonrisa para no parecer demasiado dura en aquel momento.

-Lo sé, mamá, lo sé –respondió Nico mientras recordaba la gran piedra que les había hablado y salvado la vida, a la vez que insinuaba también una sonrisa.

-“Ya está, está perfecta” –se dijo a sí mismo Nano bastante orgulloso-. -“El trabajo escrito está terminado, ahora quedan las ilustraciones y pasarlo todo al ordenador. No puedo decepcionar a Don Rafael, tengo que demostrarle de una vez por todas que soy capaz de acabar un trabajo”-.

Charo llevaba bastante rato llamando a su hijo para la cena, a Nano no le gustaba desobedecerla, pero pensó que dadas las circunstancias podía hacerla esperar un poco.

Cuando Nano entró en la cocina se encontraba realmente hambriento, no recordaba esa sensación desde aquella excursión en la que se llevó la mochila equivocada, a la hora de comer se encontró un montón de libros en lugar del bocadillo de tortilla que la había hecho su madre, podía haberle pedido algo de comer a algún compañero, pero no le apetecía escuchar las risas de todos al saber que había transportado durante siete kilómetros un montón de papel sin haberse dado cuenta. Aquel día cuando llegó a casa devoró su cena y parte de la que había preparada para su hermano, mientras su madre no paraba de decirle lo bien que le había sentado el campo y separarse de su ordenador. Deshacerse del almuerzo que se había dejado en casa no fue cosa fácil, Perro Weno sólo quiso comerse la tortilla, el pan y la fruta tuvo que esconderlos en el bolsillo de su chaqueta hasta tirarlos en el contenedor de la basura.

Nano estaba realmente complacido por haber acabado la parte escrita de aquel trabajo, su madre lo notó, y mientras lo veía devorar la cena le dijo:

-Hijo mío, que bien te han sentado las vitaminas de Don Hilario. Que alegría me da verte comer con tantas ganas. Fíjate que hasta tienes mejor cara, pero come más tranquilo hijo, te vas a atragantar. ¡Que barbaridad! Si que te han sentado bien las

vitaminas.

-No digas tonterías mamá, llevo tomando vitaminas desde que tenía un año, ¿no te parece un poco tarde para que me hagan efecto? –dijo Nano intentando hacer comprender a su madre que su apetito no tenía nada que ver con las repetidas visitas al médico.

Nano, no sólo comía rápido llevado por el hambre, lo hacía también porque estaba deseando subir a su cuarto y leer su trabajo, para corregir los errores y tener una visión más general, así podría plantear cuantos dibujos habría que hacer para las escenas más importantes.

Con el postre aún en la boca ya estaba repasando su escrito, corrigió algunos errores e introdujo apuntes en las páginas donde consideraba que tendría que recrear sus dibujos. En un principio pensó que ocho dibujos serían suficientes, pero después le pareció excesivo, teniendo en cuenta el volumen del escrito, por muy grandes que pusiera las letras en el ordenador y el espacio entre líneas, el trabajo, una vez en letra de imprenta, se quedaría en la mitad, y ocho dibujos eran demasiados, así que optó por hacer cinco, lo que también reduciría considerablemente el trabajo que le quedaba por hacer.

Antes de lo acostumbrado, se metió en la cama, y se quedó dormido de inmediato, a pesar de tener la barriga demasiado llena.

La excursión

Los días siguientes tenía pensado dedicarlos a dibujar. Pero aquella mañana, Doña Rosa, la profesora de ciencias naturales, tenía preparada para los alumnos una de sus incómodas sorpresas. Cuando la profesora llegó a clase Nano estaba en el pasillo saludando a Tina, aunque él no había sido muy puntual, Doña Rosa lo había sido aún menos.

Una vez todos en su puesto la profesora empezó a hablar:

-He consultado con la junta de profesores si era posible dedicar un día de clase para hacer una excursión al campo, y nos han concedido el permiso, en general estáis bastante avanzados en todas las materias y les ha parecido bien que nos escapemos un día, creo que el contenido del tema que estamos estudiando estos días requiere que nos acerquemos a la naturaleza para examinarlo en la práctica –dijo la profesora con su fina y desagradable voz, hablando como si lo que estuviera diciendo fuera crucial para la existencia de la humanidad.

Nano odiaba este tipo de excursiones al campo, siempre salía mal parado de esos eventos, y había llegado a la conclusión de que el campo y él eran irreconciliables. Pero además, en esta ocasión había motivos añadidos para rechazar ese tipo de iniciativas: estaba seguro de que Quino no dejaría pasar esta oportunidad y se la jugaría en la excursión. Es más, Nano pensaba que en el mismo instante en que Doña Rosa nombró la excursión al campo Quino ya empezó a maquinarse la forma de amargársela. Y aunque era una oportunidad excelente para acercarse a Tina se daban todas las circunstancias para que incluso ocurriera todo lo contrario.

-Bien, la excursión se realizará pasado mañana viernes. Es imprescindible que llevéis libreta y bolígrafo para tomar algunos apuntes, y una bolsa para recolectar hojas de los árboles que encontremos en la zona. Además, claro está, tendréis que llevar comida y agua suficiente –prosiguió “voz de pito”, como la llamaban algunos alumnos en su ausencia.

Después vino lo peor para Nano, durante la excursión habría que hacer un trabajo, y por grupos. Doña Rosa prosiguió dando instrucciones:

-Os organizareis en grupos de cuatro para hacer un trabajo que terminareis en los días posteriores.

Nano pensó que aquello era el colmo, no sólo tendría que ir de excursión, además tendría que hacer un trabajo en grupo, no sabía cual de las dos cosas odiaba más.

Este tipo de trabajos eran para Nano el mayor de sus problemas, enseguida todos los

chicos empezaban a organizarse y unirse entre ellos de una forma casi automática, siempre había un líder que elegía a sus miembros, y salvo algún problemilla, todo se resolvía con fluidez, bueno todo menos donde ubicarían a Nano esta vez.

Doña Rosa cada vez más entusiasmada con su proyecto siguió dando órdenes:

-Antes de ponernos a hacer los ejercicios del día formaremos los grupos para que podáis organizaros, así no perderemos el tiempo el viernes antes de salir.

Inmediatamente se armó un gran revuelo. Las voces se alternaban con los ruidos que provocaban las mesas y las sillas que eran arrastradas distraídamente por los alumnos en el intento de hablar unos con otros.

Naturalmente había grupos que estaban hechos de antemano, aunque igualmente sus miembros corrían al encuentro para confirmarlo.

Tina siempre estaba en el grupo de Quino, algo que decepcionaba a Nano, no es que esperara que su prima formase grupo con él, entre otras cosas porque más que un grupo formarían un dúo, ¿pero con Quino?, eso para él era demasiado. Aunque también entendía que Tina e Inma eran muy amigas, y estaba claro que Inma se moría por los huesos de Quino y Quino por los de Tina, y en medio de todo ese lío de huesos se encontraba Rubén, que era una mala imitación de Quino. De esa forma completaban el dichoso grupo para los numerosos trabajos de ciencias naturales. Pero esta vez había un problema, Rubén estaba recién operado de apendicitis, estaría varios días sin ir a clase, y el cuarteto estaba roto. En clase eran veintiún alumnos, así que salían cinco conjuntos de cuatro y Nano, que era el alumno comodín, de manera que cuando faltaba algún alumno y había un grupo incompleto, cosa que era bastante usual, ahí estaba Nano completándolo para disgusto de sus miembros, y cuando no faltaba ningún alumno, la profesora simplemente lo adjudicaba a alguno de los grupos a su antojo, o lo recogían “las teresitas”, que eran cuatro chicas algo tímidas, Quino les había puesto este mote porque decía que eran como la Madre Teresa De Calcuta, siempre recogiendo a los desheredados. Aquel día estaba muy claro el grupo que tendría que cargar con Nano, el de Quino, que era al único que le faltaba uno de sus miembros.

-¡Silencio! ¡Silencioooo...! - Dijo Doña Rosa intentando poner algo de orden en aquel revuelto de niños que gritaban -. A ver, creo que Cristina, Inmaculada y Joaquín necesitan a alguien para completar su grupo, ¿no es así Joaquín? -Joaquín asintió de mala gana ante la pregunta de la profesora, sabiendo lo que iba a decirle después -. ¿Tú ya tienes grupo Antonio? -Preguntó la profesora aún a sabiendas de que la respuesta estaba más que clara.

Nano absorbió en la tarea de observar como se organizaban sus compañeros, no escuchó a Doña Rosa, ésta volvió a dirigirse a él, no en tono interrogativo, sino dando

una orden y subiendo su agudo tono de voz, tanto, que casi se rompen los cristales de las ventanas:

-¡Antonio! ¡Tú te unirás al grupo de tu prima! ¡¿Me has oído?!

La voz de la profesora sonó tan alta que todos los alumnos se callaron de pronto, y volvieron asustados sus ojos hacía Nano.

Nano miró sorprendido a su profesora y dijo un tímido sí.

-¿Me has oído? –volvió a preguntar la profesora.

-Sí –volvió a decir Nano subiendo el volumen de su voz.

Durante toda la mañana Nano estuvo abstraído, su vida era un desastre, todo le salía mal. Estaba derrumbado en su asiento, completamente hundido. Esto era el colmo de los colmos. Ni el plan más maquiavélico que hubiese podido idear Quino contra él le habría hecho tanto daño. Tenía muy poco tiempo para arreglar el desastre, -“¿Por qué todo tiene que ser tan difícil para mí? Cuando parece que las cosas ya están lo bastante feas y me repongo, se ponen aún peor para que no levante cabeza” –pensaba Nano durante la hora de matemáticas. Ahora que había acabado la parte escrita del trabajo de Don Rafael, y lo tenía todo planeado para terminar aquella misma semana las ilustraciones, surge otro problema. Nano sabía que el resto de la semana estaba echado por alto, para él era imposible trabajar así, pensando todo el tiempo en que tendría que pasar un día completo con Quino, expuesto constantemente a sus insultos y gamberradas, quería quitarse ese miedo de una vez, pero no podía, aquel temor era mucho mayor que todas las fuerzas que podía reunir.

La cuestión es que había que solucionar el problema antes del viernes y encontrar la manera de controlar la situación. Estaba convencido de que Quino ya estaría pensando en la manera de fastidiar a Nano el día de la excursión, y a la hora de mortificar lo hacía mejor que nadie. Por otro lado estaba Tina, que también formaba parte del grupo, y eso ya era lo peor, terminaría haciendo el ridículo ante ella, para el deleite de Quino.

A la hora del recreo Tina se acercó a Nano para intentar aliviarlo, al ver su rostro de preocupación. Pero Nano, para variar, no estaba en su mejor momento y no supo dejarse ayudar. Tina viendo los resultados de su intento se marchó al momento.

Nano podía sentir la mirada de Quino, aún sin haber alzado la vista en ningún momento del recreo.

Por más que le daba vueltas, no encontraba la manera de salir del embrollo en el que le había metido el destino. Definitivamente no tenía escapatoria. Sólo se le ocurría fingir estar enfermo, pero acababa de estar unos días en cama y era mal momento para adoptar esta estrategia, y terminó rindiéndose, sólo podía esperar un milagro y que a Quino tuvieran que operarlo también de apendicitis, así se iría de excursión haciendo grupo con

Inma y con su adorada Tina, pero con la suerte que solía tener esto no ocurriría, lo más acertado era ponerse manos a la obra y colaborar en el trabajo lo mejor posible, si es que Quino le dejaba.

Por supuesto aquella tarde del miércoles y el jueves siguiente, pasó el tiempo sin hacer nada en aquel interminable ejercicio literario, hacer las ilustraciones era algo que le gustaba muchísimo, no lo consideraba trabajo, incluso le relajaba, pero estaba demasiado inquieto, y siempre tenía a Quino en la cabeza, aquello era como una maldición para él. Lo que más le preocupaba era que para poder conquistar la amistad de Tina tenía que ganarle a Quino los pulsos a los que éste lo retaba continuamente, era agotador, ese perverso chico no se cansaba nunca, no le daba respiro. Cuando parecía que su prima se estaba acercando a él, Quino se interponía entre los dos retándolo de nuevo. Medirse con aquel “superchico” era terminar siempre desmoralizado. Nano no comprendía porque no se buscaba un rival a su medida y le dejaba en paz de una vez. Ya desde la guardería empezó a acosarlo, le quitaba el bocadillo, cuando un niño se acercaba a él en el recreo siempre encontraba la manera de llevárselo a jugar con sus amigos y así dejarlo solo, todo lo que veía que a Nano le pudiera interesar intentaba por todos los medios tenerlo el primero, por el simple hecho de fastidiarlo, y cuando sacaban a Nano a la pizarra para hacer los ejercicios se ponía a cuchichear y reír con los compañeros, consiguiendo así ponerlo tan nervioso que a Nano le era imposible sacar nada coherente de la tiza.

Nano estaba muy cansado de la situación, sencillamente no podía más, pero no encontraba la salida.

El jueves por la tarde estuvo mirando información en Internet sobre los árboles de la zona que iban a visitar, y sacó algunos apuntes que, pensó, podrían interesar al grupo para el trabajo. No le apetecía que todos pensarán que habían cargado con él para nada y quería colaborar en la medida de lo posible, aunque sabía que Quino intentaría rechazar cualquier tipo de ayuda que viniera de su parte. Pero tenía que intentarlo, sobre todo por Tina.

Cuando llegó el viernes Nano se despertó muy temprano, estaba muy nervioso y quería revisar bien su mochila, para asegurarse de que esta vez llevaba todo lo necesario.

A las ocho y media toda la clase estaba en la puerta del colegio con sus deportivas puestas y sus mochilas a la espalda esperando el autobús. En la acera de la parada los miembros de cada grupo cuchicheaban entre sí haciendo planes para el día que se avecinaba. Menos Nano que hizo un intento de acercarse a Tina, Inma y Quino, y éste último se encargó personalmente de que fuese ignorado y rechazado de plano, de modo que se quedó algo apartado mientras venía el dichoso autobús, deseando de que pasara cuanto antes aquel fatídico día.

En el autobús Tina se sentó al lado de Nano, el vehículo tenía dos hileras de asientos a cada lado del pasillo, Nano y Tina estaban en un lado, y al otro, en el mismo lugar de la fila, se sentaron Quino e Inma. Por el camino Tina no paró de contar mil cosas a Nano, sobre sus amigas, sobre la excursión, sobre el trabajo que tenían que hacer... Nano la miraba embobado, y ella de vez en cuando le dedicaba una de sus hermosas sonrisas.

-¿No crees que hace un día precioso para ir de excursión? –preguntó Tina a Nano.

-Si, si, precioso –contestó Nano mirándola como si no pudiera desenganchar sus ojos de los de su prima.

-Verás lo bien que lo vamos a pasar, además de hacer un trabajo excelente, nos subirá la nota del examen de evaluación y hay que hacerlo lo mejor posible, ¿no crees? -siguió hablando Tina.

-Si, si, claro –volvió a contestar Nano.

Nada más bajar del autobús empezaron a ver algunos árboles, y naturalmente todos se pusieron enseguida a recoger hojas, cada uno llevaba su bolsa, su libreta y su bolígrafo para apuntar el nombre del árbol en la página donde iría pegada después la hoja. También deberían escribir aquella información que cada uno considerara de interés referente a cada árbol. Luego todos los grupos harían una puesta en común para intercambiar datos, y el trabajo terminaría con un gran mural que haría cada grupo.

Lo primero que encontró Nano fue una gran higuera en la puerta de una pequeña casita de campo, se apresuró a coger algunas hojas y a meter una en el lugar correspondiente de su libreta, él ya había puesto en cada página el nombre común y científico junto con algunas características del árbol correspondiente, estaba muy interesado en este trabajo y había elaborado muy bien los preparativos necesarios.

Cogió algunas ramitas de pino y ciprés que encontró más tarde y las colocó también en su lugar, después localizó un olivo, una encina, un alcornoque, y finalmente un laurel.

Para la hora de almorzar los espacios vacíos, que Nano había dejado debajo de los nombres de los árboles, estaban prácticamente completos. Estaba satisfecho, la mañana no se le había dado mal, y aunque no había cruzado ni una palabra con Tina, tampoco lo había hecho con Quino, una cosa compensaba la otra. Buscó a su grupo para disponerse a comer con ellos y hablar sobre el transcurso de la mañana. Quino no pudo rechazarlo en aquel momento, ya que por orden de Doña Rosa los miembros de cada grupo debían almorzar juntos y hacer recuento de hojas.

Cuando Nano mostró su libreta a Inma y Tina ambas se quedaron muy sorprendidas por la cantidad de información que tenía sobre cada árbol, y por cómo se había anticipado a todo lo que después encontraron por el camino.

Pero Quino pensó que el trabajo de Nano era completamente inútil, porque después

tendrían que volver a hacerlo en clase, además no confiaba en que aquellos nombres tan raros escritos en la libreta de Espaguifotas fuesen realmente los auténticos.

La demostración de que Nano era capaz de trabajar y aportar valiosa información al grupo levantó la ira de Quino, que naturalmente cambió su actitud a partir de aquel momento. No iba a consentir que Nano quedara por encima de él la primera vez que estaba colaborando con su grupo.

Después de comerse un gran bocadillo de tortilla de patatas, Doña Rosa pasó por cada grupo para comprobar las hojas que habían recogido, y más tarde se puso en el centro de todos, dio unas palmadas y alzó la voz todo lo que pudo para llamar la atención:

-¡A ver! ¡A ver! ¿Me escucháis? He visto todas las hojas que habéis cogido, y salvo alguna excepción, todos tenéis una buena representación de los árboles de la zona. Pero hay uno muy importante cuya hoja no he visto en ninguna de vuestras libretas, y que nos hemos encontrado por el camino. Este árbol va a tener premio –prosiguió la profesora -, es decir que quién consiga una de sus hojas dará un sobresaliente a todo su grupo. Voy a daros una pista: su nombre científico es *Ceratonía Siliqua*. ¡Venga! Recoged vuestras cosas que a la vuelta todavía os queda trabajo –terminó Doña Rosa.

Nano cogió rápidamente su libreta, se puso a pasar hojas y, allí estaba. Nombre científico: *Ceratonía Siliqua*, nombre común: algarrobo.

Se puso a pensar y efectivamente, recordó que por el camino había visto uno, pero no cogió hojas porque estaba algo apartado de la senda que recorrían y no quería despistarse del resto de la clase.

Recogió sus restos de comida atropelladamente y sin mediar palabra, emprendió el camino de regreso esperando conseguir alguna ventaja con respecto al resto de sus compañeros, su cabeza no paraba de intentar recordar en qué lugar del camino vio aquel algarrobo. Nano sabía que a los demás les sería muy difícil conseguir la hoja de ese árbol, no sólo porque no se encontraba precisamente al paso, además no tenían ni idea de lo que era una *Ceratonía Siliqua*, y no se puede encontrar cuando no sabes lo que buscas. En cambio él tenía una gran ventaja, buscaba simplemente un algarrobo, que además ya había visto. Aquello era un verdadero golpe de suerte para Nano, y no lo iba a dejar pasar así como así.

Ninguno de sus compañeros de grupo se preocupó de seguir a Nano, ni siquiera le preguntaron porque se puso en camino con tanta prisa, todos pensaron que aquella actitud sería una de sus excentricidades. Quino por supuesto se alegró muchísimo de perderlo de vista sin tener que hacer ningún esfuerzo, estaba cansado de ver las gafotas de Nano dirigidas continuamente a los ojos de Tina, le había preparado un par de bromas

pesadas, como meter tierra en su bocadillo o hacer desaparecer su dichosa libreta de apuntes, pero como no se separó de Tina ni un momento le resultó muy difícil llevar a cabo sus planes, despistar a Nano era muy fácil, pero Tina era una niña muy despierta y observadora, y tuvo a Nano todo el tiempo pegado a ella.

Cuando Nano llevaba un buen rato caminando tomó conciencia de que estaba completamente solo, había estado tan absorto buscando el algarrobo que no advirtió que nadie le seguía. De pronto un fuerte escalofrío recorrió su delgado cuerpo. Estaba en medio del bosque solo, y bajo sus pies en vez de un camino había un montón de matorrales. Ahora no sabía qué era más importante, si encontrar el algarrobo o el camino que lo llevaría de regreso, daba igual, de todas formas no tenía ni idea de donde estaba, tanto si encontraba el algarrobo como el camino sería la prueba de que podría regresar, porque una cosa llevaba a la otra.

Miró a su alrededor buscando una señal que lo orientara de alguna manera, pero todo lo que alcanzaba su vista eran troncos, ramas y hojas, no había ningún camino. El pánico se apoderó de él, se sentó recostado en el tronco de uno de los árboles intentando aclarar sus ideas, y pensó que: aunque siempre se había sentido solo y creía estar acostumbrado, era ahora cuando realmente había conocido el significado de soledad. Si no ocurría un milagro no podría salir de allí sin ayuda, porque por más que miraba en todas direcciones no encontraba ningún motivo para decidirse por una de ellas, sencillamente no había dirección, estaba en medio de un pequeño bosque, totalmente desorientado.

-¿Alguien ha visto a Antonio? –se dirigió Doña Rosa vociferando al grupo que llevaba ya un buen rato caminando.

-No, no, no –contestaron algunos.

-Este chico no puede dejar de dar problemas –dijo la profesora muy enfadada.

-Sí, él es así, no puede evitarlo –dijo Quino con una leve sonrisa en los labios.

La profesora aligeró el paso, impaciente por llegar a la parada del autobús para comprobar si Nano ya estaba allí esperándolos.

-¡Vamos! ¡Rápido! Tememos que averiguar dónde está Antonio, no quiero ni pensar en que se haya perdido, espero que nos lo encontremos por el camino, pronto oscurecerá y.....bueno ¡Que barbaridad! ¡Que desastre! ¿Por qué me meteré yo en estos berenjenales? –seguía Doña Rosa hablando, prácticamente sola, y cada vez más preocupada. Tenía la cara desencajada.

Quino intentaba por todos los medios encontrar algún árbol diferente a los que ya había hallado en el camino de ida, con la esperanza de que fuese la dichosa Ceratonia Siliqua, conseguir ese sobresaliente le vendría muy bien a su magnífico expediente, aunque también se beneficiara el patoso Espaguifotas. Además con este triunfo también

conseguiría borrar la última y única derrota que había sufrido ante Tina el día de su cumpleaños por culpa de su primo. Pero a Quino le fue imposible conseguir aquella hoja, la profesora apretaba cada vez más el paso, iban tan de prisa que le resultaba imposible mirar algo más que los obstáculos que iba encontrando durante la marcha para no tropezar con ellos. Así que tuvo que limitarse a seguir al grupo, si no quería terminar igual que Nano, y de todas formas, estaba seguro de que nadie había conseguido ninguna hoja del dichoso arbolito, si la profesora ponía algún sobresaliente sería, como siempre, a él.

-“Tengo que confiar en mi mismo” –se decía una y otra vez Nano para levantarse la moral mientras miraba a su alrededor completamente perdido.

A pesar de la cantidad de emociones que recorrían el cuerpo del muchacho, en aquel lugar reinaba una quietud absoluta, no se movía ni una hoja, y el silencio era completo, incluso parecía que el tiempo se hubiese parado, como si de pronto se hubiera trasladado a otra dimensión. Un gran vacío ocupó todo su interior, y sintió un gran vértigo, mientras su mirada seguía paseándose de un sitio a otro esperando encontrar algo que le diera alguna esperanza de salir de allí.

-“Tengo que confiar en mi mismo y saldré de esta” –volvía a repetirse Nano en un intento sobrehumano de deshacerse de su pánico y relajarse para encontrar una solución al lío en el que se había metido.

De pronto, entre aquel paisaje que de lo inmóvil parecía pintando, algo se agitó. La rama de uno de los árboles se movía de un lado a otro como si quisiera llamar la atención del muchacho. Nano se puso de pie para tener una mejor perspectiva, se quitó las gafas para limpiarlas con su camiseta y se las volvió a poner, mientras temblaba como jamás en su vida. Volvió a mirar incrédulo en dirección al árbol que un momento antes parecía saludarlo y, efectivamente, su rama seguía oscilando entre la quietud, como si de un brazo amigo se tratara.

Nano creyó que aquello debía ser una mala pasada que le estaba jugando su mente, estaba sometido a un estrés fuera de lo normal. Creía que, llevado por aquella gran turbación, había cruzado la línea que divide la realidad de la fantasía. Aquella situación le recordaba a la que había vivido el protagonista de la historia que el mismo acababa de escribir. Igual que a Nico, la naturaleza le estaba hablando a él.



Pensó que quizás debería hacer caso a aquel árbol, como se lo hizo Nico a la montaña. Pudiera ser que el árbol quisiera también salvarlo de un final fatal. En aquel momento se acordó de Perro Weno, y de cuanta falta le hacía su compañía. Nano sacó las últimas fuerzas que le quedaban y se encaminó hacia aquella rama que parecía llamarlo, llevado por una atracción inexplicable. Las rodillas se le doblaban como si fueran de mantequilla, cuando se encontró bajo aquel amigo verde, que ahora de cerca adquiría unas dimensiones gigantescas, y volvió a mirar alrededor, a pocos metros otro árbol volvió a tomar la misma actitud que el anterior, se acercó de nuevo a éste último, que también parecía llamarlo, y desde él pudo ver como otro más lo imitaba, y así fue pasando de uno a otro totalmente guiado por aquellos gigantes verdes. Nano sospechó que el bosque podría estar utilizando su propia imaginación para encaminarlo, seguramente a la salida. Estaba convencido de que si estuviera acompañado por alguien, sólo él vería los movimientos de las ramas de aquellos árboles, porque, probablemente, en la realidad aquello no estaba ocurriendo, únicamente sucedía en su imaginación, pero que más daba, lo importante es que Nano lo estaba viviendo con tanta intensidad como si estuviera ocurriendo realmente, y que precisamente era esa facilidad de transportarse al mundo de la fantasía lo que le estaba salvando la vida, igual que a Nico.

De pronto descubrió que el árbol que ahora intentaba captar su atención era especialmente grande con respecto a los anteriores, se encontraba en una zona algo más rocosa y árida, tenía a su alrededor un gran espacio libre de vegetación, lo que favorecía su apariencia majestuosa, su copa parecía un monumental paraguas, y proyectaba una sombra espléndida, Nano estaba seguro que debía de medir más de diez metros de altura,

daba la sensación de haber estado en aquel lugar desde siempre, como si fuese el principio, el origen de todo lo que estaba en su entorno.

Nano se acercó, de pronto comprendió todo y exclamó como si pudiera ser oído:

-¡Es un algarrobo! ¡Una Ceratonia Siliqua!

El muchacho se apresuró a coger algunas hojas, e incluso un par de frutos aún verdes, ya que maduraban a finales de verano, como tenía apuntado en su libreta, si mostraba el fruto a nadie le quedaría ninguna duda de que había encontrado, él solo, el tan buscado árbol.

Mientras introducía una de las hojas en la página correspondiente de su libreta, Nano recordó que el algarrobo se encontraba muy cerca del camino, así que no sólo había encontrado el árbol, además, éste lo había llevado al camino de salida. Miró todo lo que le rodeaba y... ahí estaba, a unos cincuenta metros divisó el sendero que lo llevaría hacia sus compañeros, y finalmente a casa.

Pero antes de emprender el camino de regreso, Nano quiso echar un último vistazo al árbol que tanto le había ayudado en tan terribles circunstancias. Se acercó un poco para examinar su tronco y quedó pasmado cuando vio una pequeña inscripción grabada en él que decía: “*Si das rienda suelta a tu imaginación vivirás las historias más excitantes y solucionarás tus problemas más reales*”. Esa inscripción era para Nano lo más sorprendente de lo que había vivido en ese día. Si hasta ahora había pensado que, de alguna manera, toda esa aventura había sido fruto de un delirio, y que ese mismo espejismo era el que lo había sacado de un fatal desenlace, aquella inscripción lo confirmaba, todo se había resuelto gracias a su imaginación, aunque las palabras talladas eran tan reales como el tronco que las sostenían, y cualquiera podía leerlas. Nano acercó su mano al tronco para comprobar que su sentido del tacto constataba lo que estaban viendo sus ojos, recorrió con las yemas de sus dedos los surcos que habían dejado en la madera aquellas bellas palabras y, efectivamente, sus dedos confirmaron lo que ya habían leído sus ojos. Se prometió a sí mismo volver para revivir todo aquello, y más relajado verificar que aquella frase seguía allí. Ahora Nano, seguro del camino a seguir, dio media vuelta y emprendió su regreso.

En el camino de retorno, Nano no paraba de darle vueltas al paralelismo que había entre la aventura que vivió el protagonista de su libro y la que acababa de vivir él, tanto Nico como él tenían cierta aversión a la naturaleza, y también a los dos, ésta les había salvado la vida reconciliándolos con el medio ambiente natural para siempre, y creando con ellos un vínculo único, ninguno de los dos podría contar jamás su experiencia, serían portadores de un gran secreto para siempre. Bueno, Nano tenía más motivos aún para guardar silencio, ya tenía fama de loco, y si contaba esa aventura era seguro que todo el

mundo pensaría que aquello era uno más de sus desvaríos, su pobre madre no lo soportaría.

Cuando Doña Rosa llegó a la parada del autobús acompañada de los alumnos, casi le da un infarto al comprobar que Antonio no estaba allí esperándolos, aguardó unos minutos confiando en que por fin apareciera, pero en vista de que no asomaba por ningún sitio y notablemente nerviosa, buscó el móvil dentro de su bolso. La profesora creyó que, antes de emprender ninguna acción, lo más apropiado era notificar los hechos al director del colegio, él le marcaría las pautas a seguir. Cuando por fin encontró su móvil y marcó el número de teléfono del director se oyó la voz de uno de los alumnos:

-¡Está ahí! ¡Nano ha llegado!

El aspecto de Nano era más que patético, esta vez superaba con diferencia cualquiera de las veces anteriores en las que había hecho una de sus apariciones estelares. Parecía que acababa de ser bombardeado. De arriba abajo era digno de contemplar: su cabello completamente enmarañado, su cara llena de churretes y con las gafas torcidas, su camiseta totalmente agujereada, y sus piernas completamente cubiertas de suciedad y de sangre a causa de los arañazos que se había causado al salirse del camino y andar entre matorrales. También llevaba agarrada al pecho, con sus delgados y mugrientos brazos, su libreta de apuntes, como si le fuera la vida en ello.

Todos lo miraban espantados, como si, más que a un compañero de clase, acabaran de ver a un soldado después de una cruel batalla.

Nano, a unos diez metros del grupo se paró en seco, las caras de espanto de sus compañeros y su profesora habían conseguido asustarlo también a él.

-¡Gracias a Dios! ¿Dónde has estado? ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? – preguntaba Doña Rosa atropelladamente mientras por su móvil se oía: ¿Diga? ¿Diga?, cada vez más fuerte.

Por fin Nano habló:

-He encontrado la Ceratonia Siliqua –dijo sin más, caminando ahora hacía el grupo e intentando contestar con esa sola frase a todas las preguntas de Doña Rosa.

-¡¿Qué?! –Gritó la profesora –. ¡¿Has arriesgado tu propia vida por un simple algarrobo?! ¡No puede ser verdad, no puedo creérmelo!

-No era un simple algarrobo, era el mejor algarrobo del mundo –contestó Nano en un tono mucho más alto de lo que era habitual en él.

-“Un algarrobo” –pensó Quino, -“la Ceratonia Siliqua era un algarrobo, y Espaguifotas lo ha encontrado”.

En ese momento llegó el autobús, la profesora dio la orden de que subiera todo el mundo y se sentaran en el mismo asiento en el que habían viajado en la ida.

Cuando Nano y Tina se volvieron a sentar, en los mismo asientos, ésta no dejaba de mirarlo totalmente perpleja, intentaba descubrir si detrás de tanta mugre realmente se encontraba su primo, le resultaba difícil saber si la estaba mirando, tenía las gafas tan sucias que no se veían sus ojos a través de ellas. Tina acercó sus manos a la cara de Nano y le quitó las gafas con cuidado, mientras las limpiaba con su bonita camiseta llena de margaritas Nano la miraba asombrado, aquel gesto de su prima le había tocado el alma, y pensó que, sin lugar a dudas, esa era la mujer de su vida. Tina, al ver ahora a su primo sin gafas, pudo comprobar la mirada tan brillante e inocente de aquel despistado pero sensible chico, se las puso y le dijo:

-¿Pasaste mucho miedo cuando descubriste que estabas solo?

-No estuve solo –contestó Nano sin dejar de mirar a su prima completamente embobado.

Después de contestar con esa contundencia, a la mente de Nano vinieron aquellas sensaciones de soledad y terror que sufrió antes de ser ayudado por los árboles y descubrir que estaba más que acompañado, protegido y guiado.

Nano hubiese querido contarle a Tina la experiencia tan increíble que acababa de vivir, pero no se la creería, quizás la subestimaba, pero no podía arriesgarse, ya era bastante difícil conseguir que su prima lo tomara como un muchacho sensato y cabal como para, encima, contarle cosas así, además tampoco debía revelar el secreto. De todas formas con el hallazgo del algarrobo había conseguido impresionarla, al menos eso pensaba, no necesitaba contar historias fantásticas que pusieran de nuevo en peligro su mala reputación.

Nano sabía que Quino haría lo imposible por vengarse, y tarde o temprano lo lograría, últimamente se estaba convirtiendo en una gran molestia para él. De hecho, desde su asiento, no paraba de mirarlo y reírse abiertamente con su amiga Inma, a la vez que comentaba con ésta el aspecto tan deplorable que mostraba Espaguifotas, Nano estaba tan cerca de los dos amigos, que incluso podía oír con claridad parte de la conversación que mantenían. Aunque a él, en aquel momento, le daba exactamente igual que Quino se estuviera riendo de él, estaba viviendo un momento realmente glorioso: acababa de conseguir una gran victoria, tenía a Tina a su lado preocupándose por él y había tenido una experiencia única. Nada de lo que dijera Quino podía afectarle lo bastante como para borrar las agradables sensaciones que estaba sintiendo en aquel momento.

Por fin el autobús paró, todos bajaron para hacer a pié el resto del camino que los llevaría a casa. El último trayecto, Nano y Tina, lo hicieron solos, ya que vivían muy cerca uno de otro. Cuando llegaron a la casa de Tina ésta se despidió así:

-Hasta el lunes Nano, intenta descansar, es evidente que hoy has vivido algo muy

fuerte. ¡Ah! Y suelta ya esa libreta, tienes los dedos morados de tanto apretarla.

-Hasta el lunes Tina –contestó Nano relajando al fin sus manos engarrotadas y sudorosas.

Nano llamó a su puerta y apareció su madre junto a Perro Weno:

-¡Santo cielo! ¿Qué te ha pasado hijo mío? ¿Estás bien?

Charo estaba perpleja, por más que miraba a su hijo no acertaba a comprender como había llegado en aquellas condiciones, sabía que eso no era el resultado de haber estado jugando a revolcarse en el suelo con sus compañeros, sobre todo porque su hijo siempre huía de los juegos agresivos, además no solía jugar a nada con nadie. Aquello sólo podía ser la consecuencia de un accidente provocado por sus despistes. Cuando Charo miró las delgadas piernas de su hijo, que parecían unas lombrices que se hubieran tragado un garbanzo, se quedó pasmada, estaban cubiertas por una mezcla de tierra y sangre seca que hubiera sido difícil conseguir a posta.

-¡Mira esas piernas! Dúchate enseguida que te desinfecte esas heridas, vas a coger una infección. Pero hijo ¿tu has ido de excursión o a la guerra? ¿Cómo ha consentido tu profesora que terminaras en ese estado? Tu padre ya ha llegado, sube rápido a la ducha antes de que te vea en esas condiciones. Y echa la ropa a la basura, ese desastre no podrán arreglarlo ni la lavadora ni mis manos.

-¡Ay hijo! No gano para sustos contigo –decía Charo espantada mientras obligaba a Nano a darse la vuelta para examinarlo.

-No te preocupes mamá, estoy estupendamente –contestó Nano con un gesto alegre, viéndose por fin en casa, a salvo y con una gran experiencia vivida a sus espaldas.

-¡Jesús! Has dicho más de una palabra para contestarme, debe ser que, a pesar de tu aspecto, no estás tan mal. ¡Venga!, lávate de una vez, quiero comprobar si detrás de tanta mugre realmente estás tú.

Mientras que madre e hijo estaban en el umbral de la puerta, Perro Weno no dejaba de dar saltos de alegría alrededor de su amo, como si hubiesen pasado varios años sin verse.

Nano miró a su perro con ternura, lo acarició con mucho cariño y le dijo:

-No te imaginas cuanto te he echado de menos amigo, y cuantas cosas tengo que contarte.

Su madre miraba de reojo como su hijo hablaba con su perro, pensando si realmente tendría algún problema psicológico, contar a un perro todas tus cosas no debía ser muy normal.

Nano soltó su mochila, subió las escaleras portando todavía la libreta de apuntes entre

las manos y la guardó a buen recaudo, después se dio una ducha y salió dando saltitos hacia la calle para dar un paseo con su compañero.

Antes de salir saludó a su padre y éste le preguntó:

-¿Qué tal la excursión hijo?

-Muy bien papá, ha sido toda una aventura –contestó Nano visiblemente contento.

-Bueno, bueno, creo que de esa alegría sólo puede tener la culpa una mujer, me parece que estás creciendo más de lo que aparentas –dijo Salvador con gesto de satisfacción.

Nano salió de su casa pensando que su padre no iba muy descaminado, aunque no sólo estaba contento por el cariño con que Tina había limpiado sus gafas, le habían pasado más cosas para estar eufórico.

Ya en la calle empezó a hablar a Perro Weno:

-He pasado un día increíble Perro Weno, tan increíble que lo que he vivido sólo puedo contártelo a ti –iba diciéndole Nano a Perro Weno mientras tiraba de la cadena que lo unía a él para mantenerlo cerca y que pudiera escucharlo. Algunos vecinos se cruzaban con él y le miraban con extraña expresión, pero Nano estaba tan entusiasmado que no le importaba en aquel momento lo que pensarán, total su fama de excéntrico era de dominio público.

Cuando llegó a casa, después de un paseo más largo de lo normal, Nano cenó y se metió rápidamente en la cama, después de despedirse de sus padres hasta el día siguiente, estaba deseando estar a solas para repasar mentalmente todo lo vivido, y grabarlo en su memoria para siempre.

La familia de tío Lucio

Aquel fin de semana Nano lo pasó dibujando, no fueron a casa de tío Lucio, había un importante partido de fútbol y fue éste quien vino a casa con toda su familia para verlo con Salvador. Antes del partido del domingo hubo barbacoa en el jardín.

Cuando tío Lucio venía a pasar el día a casa los padres de Nano obligaban a su hijo a ejercer como canguro de su primo Miguelito, éste, con cuatro años, era el niño más consentido y mal educado que Nano había conocido. Tío Lucio y Tía Mari lo tuvieron después de doce años de matrimonio, cuando ya pensaban que su único contacto con niños sería el de sus sobrinos, incluso estaban pensando en adoptar uno, así que cuando llegó Miguelito lo colmaron de atenciones y caprichos, hasta tal punto, que a los cuatro años aquel niño se había convertido en un pequeño monstruo insoportable que iba destruyendo todo lo que encontraba a su paso.

Perro Weno debía su nombre a Miguelito, ese mocoso no tenía aún dos años cuando llegó a casa la mascota, que era un cachorro de cinco meses regalo del dueño del taller donde trabajaba su hermano entonces, a toda la familia le pilló de sorpresa el animal, sobre todo a su madre, no sabían que nombre ponerle, pero, en aquellos días, Miguelito se encontraba en casa, la madre del niño estaba enferma con un cólico provocado por de uno de sus atracones, Miguelito pasaba el día torturando al cachorro, y aunque Perro Weno ya tenía sus caninos bien desarrollados nunca los utilizó para defenderse del pequeño sádico. Una vez Miguelito le metió a Perro Weno un bolígrafo por el trasero, el pobre perro pasó el día persiguiendo a Nano con el rabo medio levantado y con gesto de “necesito ayuda”, hasta que su amo se dio cuenta de lo que le pasaba y lo liberó de aquel cuerpo extraño, Nano empezó a decirle una y otra vez: “perro bueno, eres un perro muy bueno “. Y así fue bautizado, aunque en su cartilla de vacunas ponía Perro Weno, con uve doble, porque a Nano le pareció que al perro de un íter nauta, como lo era él, aunque entonces recién iniciado, le iba más la uve doble. Cuando Nano escribía por Internet o mensajes en su móvil, utilizaba este tipo de cambios personales en las palabras, y aquella forma de llamarlo lo identificaba con su amo.

Siempre que tío Lucio y tía Mari llegaban a casa con su monstruito, Perro Weno se metía debajo de la mesa del ordenador de Nano, con la esperanza de no ser encontrado, y si lo fuera, de ser defendido por su amo. Pero al final Charo obligaba a su hijo a sacar al perro al jardín, porque Miguelito no paraba de preguntar por él hasta que cogía una de sus insoportables barraqueras. De manera que, más que de canguro, cuando llegaba Miguelito, Nano ejercía de protector de su perro, estaba seguro de que, en aquella

situación, Perro Weno necesitaba mucha más vigilancia que su primo, además, de todas formas, donde estaba uno siempre se encontraba el otro, Miguelito se pasaba el día persiguiendo al pobre animal, y éste terminaba rindiéndose ante tanta insistencia, los adultos se quedaban tranquilos pensando que Nano estaba vigilando a Miguelito, pero Nano siempre pensó que aquel niño más que vigilancia necesitaba una jaula, era un constante peligro.



Aquel domingo Miguelito estaba especialmente insoportable, tenía algo de fiebre y no había manera de consolarlo con nada. Perro Weno seguía constantemente a Nano pidiendo auxilio, porque el diabólico niño se había empeñado en que el animal era un caballo y no paraba de intentar subirse a él agarrándose a sus orejas. A las cuatro de la tarde el niño estaba tan insufrible que sus padres decidieron marcharse, y que tío Lucio viera el partido en su casa, liberando así a Nano y Perro Weno de aquella tortura, esto hizo que Nano pudiera reanudar su tarea artística, y no paró hasta bien entrada la noche.

Antes de empezar a hacer sus dibujos Nano pensó hacerlos por ordenador, tenía un programa estupendo que ya manejaba a la perfección, pero al final se decidió por lápices y papel, dibujar no se le daba nada mal y quizás era una ocasión perfecta para mostrarle a Don Rafael esta habilidad. Después escanearía sus dibujos para insertarlos en el

espacio adecuado de su escrito.

Nano ya tenía decidido hacer cinco ilustraciones, le parecía el número perfecto para el volumen que ocupaba la parte escrita del trabajo, cinco no era un número ni excesivo ni escaso. El trabajo debía quedarle impecable, no iba a escatimar en esfuerzo ni en tiempo, aunque su profesor pensara que se había olvidado de él, merecía la pena hacerlo esperar un poco más, había puesto muchos esfuerzos en el escrito y a los dibujos también tenía que dedicarles toda la energía necesaria.

Aquel fin de semana trabajo duro, consiguió terminar todos los dibujos a lápiz de grafito, ahora sólo quedaba colorearlos, conseguir expresar con claridad, con un simple lápiz y un papel, lo que dice un texto, no era fácil, pero lo había conseguido. Nano se encontraba bastante satisfecho de sus dibujos, y estaba seguro que en cuanto les diera color quedarían perfectos, en esos dos días había estado especialmente inspirado, seguramente porque acababa de vivir una experiencia similar a la del protagonista de la historia que estaba ilustrando, o quizás porque su bonita princesa le había dejado un buen sabor de boca la última vez que se vieron. También el contacto que tuvo con la naturaleza el viernes le sirvió para tomar apuntes mentales de las formas que adoptan los espacios al aire libre. Tuvo algunos problemas para dar la expresión a una montaña que hablaba, finalmente se decidió por insinuarle unos rasgos sencillos, su corta experiencia le había demostrado que a menudo lo más simple llega mucho antes a la mayoría de la gente. Otra cosa que le preocupaba era conseguir que las luces que caían del cielo en la noche lucieran con toda su fuerza, eso no era fácil de lograr con lápices de colores, pero lo resolvería después, cuando se pusiera a colorear.

El domingo por la noche Nano estaba bastante satisfecho de lo que le había cundido la tarea esos dos días, a pesar de la visita de sus tíos con su pequeño tirano, casi agradecía que el niño se pusiera tan pesado y tuviesen que irse, de no haber sido así habría tenido que hacer de canguro hasta que terminase el partido y no hubiera podido acabar sus dibujos. Cuando entró a su cuarto con Perro Weno para meterse en la cama los dos estaban más que agotados, aunque el animal por un motivo muy distinto: haber aguantado varias horas a Miguelito era agotador hasta para un perro tan vital como él.

A media noche, entre sueños, Nano creyó escuchar unos pequeños gemidos, tardó un buen rato en estar lo suficientemente despierto como para comprender que aquellos lamentos provenían de Perro Weno, tenía la cabeza echada sobre el filo de la cama, cerca los oídos de Nano, intentaba llamar la atención de su amo desesperadamente sin despertar al resto de la casa. Nano encendió la luz y... allí estaba el pobre animal, mirándolo con ojos de súplica y esperando pacientemente a que Nano aliviara su dolor.

-¿Qué te pasa Perro Weno? ¿Estás enfermo? –habló Nano por fin a su perro mientras

éste se agitaba contento porque, por fin, había sido escuchado.

Nano se levantó de la cama, el animal ya estaba pegando golpecitos con su hocico en la puerta de su cuarto esperando que su amo la abriera, completamente aturdido el muchacho la abrió, Perro Weno salió como una bala seguido torpemente por su amo, no llevaba sus gafas puestas y no tuvo lugar ni de encender las luces a su paso, era evidente que aquel animal tenía una urgencia.

Al bajar las escaleras Nano se cruzó con su hermano Juan, que llegaba en ese momento de estar con sus amigos, a pesar de que tenía que trabajar en unas horas.

-¿Qué pasa hermanito?, ¿pesadillas o la llamada de la naturaleza? –preguntó Juan a su hermano con su eterna sonrisa burlona.

Nano no le contestó, aunque su cuerpo estaba completamente en marcha su mente aún no había salido de la cama, además tenía que abrirle la puerta al animal, era evidente que si Perro Weno no salía al jardín inmediatamente ocurriría algo muy desagradable dentro de casa.

Cuando la mascota estuvo fuera vomitó al instante sobre lo primero que encontró: las margaritas que Charo había plantado esa misma tarde. El pobre perro hizo lo que pudo, ya le fue bastante difícil aguantar para no ensuciar la casa como para, encima, elegir el lugar adecuado del jardín. Enseguida mascota y amo entraron en casa mucho más aliviados y tranquilos, se dirigieron a la cocina y Nano se dispuso a dar un poco de agua a Perro Weno. Cuando vio el cacharro del agua comprendió todo lo que le había pasado al animal. El recipiente estaba lleno de pedacitos de goma de borrar entre otras cosas inclasificables, seguramente en un descuido, Miguelito se había dedicado a cocinar una succulenta comida para Perro Weno, y éste la había ingerido en un ataque de sed. Nano cambió el agua rápidamente, no sin antes tropezar varias veces con diferentes objetos, y dejó que el animal bebiera hasta saciarse mientras lo acariciaba con gran ternura, admirando a aquel ser vivo que, aún siendo irracional, le había demostrado tener más humanidad que muchas de las personas que conocía.

Al momento Charo apareció en la cocina con aquella bata de flores que Nano distinguía perfectamente incluso sin sus gafas.

-¿Qué hacéis vosotros dos en la cocina a estas horas? –preguntó la madre medio dormida.

-Perro Weno ha vomitado en tus margaritas –dijo Nano sin más.

-¡Jesús! Ni por la noche puedo estar tranquila, hoy que tu hermano duerme plácidamente eres tú el que la está armando. Anda, iros a dormir, que vais a despertar a tu padre y tiene que conducir muchas horas –terminó diciendo Charo intentando no levantar mucho la voz.

Mientras Nano subía las escaleras hacía su dormitorio pensaba en cómo conseguía su hermano acostarse cada día de madrugada sin que nadie se enterara, a él siempre le pillaban, -“definitivamente para todo en la vida hay que tener una habilidad especial, y la mía no es precisamente la de pasar desapercibido” –pensó Nano ya metiéndose en la cama y con su perro echado a sus pies dispuesto a recuperar las horas de sueño perdidas.

Perro y amo por fin consiguieron relajarse y dormir plácidamente hasta el día siguiente.

La semana siguiente fue muy fructífera para Nano, a parte de haber llevado hechos los deberes cada mañana, aunque no acertó en ninguno de los resultados de los problemas de matemáticas, también terminó de colorear sus dibujos para el trabajo prometido a Don Rafael. Sólo el miércoles sucedió un incidente bastante desagradable en casa de Nano. Antes de que la alarma del móvil sonara para ir al colegio, el chico ya estaba escuchando chillar a su madre en tono de desesperación, cuando salió de su cuarto Charo estaba yendo y viniendo como una loca por toda la casa.

La inundación

-¡Madre mía! ¡Madre mía! ¿Es que todo me tiene que pasar a mí? –gritaba una y otra vez Charo intentando recoger del suelo todo lo que podía, para salvarlo de lo que parecía una inundación en toda regla.

El agua se elevaba en la planta baja unos diez centímetros del suelo, pero por la señal que había en la pared había estado aún más arriba. El río que iba a parar al salón se había originado en el cuarto de baño de arriba, y aunque allí el agua no había alcanzado nivel alguno el rastro de su paso era evidente.

-¡Nano quítate las zapatillas, remángate el pijama y busca un cubo para recoger agua! –gritaba y gritaba Charo mientras Perro Weno chapoteaba en el agua que había en el salón, más que contento.

-¡Y ata a ese perro en el jardín! –volvió a vociferar como si hubiera perdido la cordura.

Nano obedeció todas las órdenes que le había dado su madre menos una: se subió los pantalones del pijama, bajó las escaleras y ató a Perro Weno en el jardín, pero seguidamente bajó al sótano. Recordó que su padre, hacía semanas, había traído para reparar la bomba de agua que utilizaba tío Lucio para vaciar su alberca, a Salvador le encantaba hacer que este tipo de aparatos eléctricos volvieran a funcionar, generalmente lo conseguía, y esto lo ponía especialmente contento el resto del día. Así que cogió el pesado artillugio y lo subió hasta el salón, con la esperanza de que aquel armatoste estuviera ya reparado.

Mientras buscaba aquel aparato, echó un vistazo al sótano y se percató de que: en aquel cutre habitáculo el nivel del agua había llegado aún más arriba que en la planta baja, si su madre viera todos aquellos objetos flotando le daría un patatús seguro. Pero primero había que sacar el agua de la planta baja, en el salón se encontraban los objetos de más valor de la casa. Subió las escaleras con aquel armatoste, haciendo el esfuerzo de un auténtico héroe, aquello tenía unas dimensiones y un peso fuera de lo común. Cuando Charo vio aparecer aquel cachivache y el flequillo de su hijo detrás se puso fuera de sí, dominada completamente por los nervios, sólo le faltaba que su hijo se pusiera a subir cosas del sótano.

Charo con las manos en alto y los ojos fuera de sus órbitas gritó:

-¡He dicho que cojas un cubo Nano! ¡Un cubo para sacar agua! ¡¿Es tan difícil entender eso?!

-Esto es mucho mejor que un cubo –contestó su hijo con aparente parsimonia.

Nano buscó un enchufe libre, que hubiese escapado de la humedad, conectó el aparato y orientó los tubos, uno hacia el suelo del salón y otro hacía el jardín, le dio al interruptor de la máquina deseando que aquello funcionara, y... ¡milagro! La bomba se puso en marcha, empezó a succionar agua por un lado y escupirla por el otro con una fuerza increíble. En aquel momento entraba a la casa un matrimonio vecino, que vivía justo al lado, para echar una mano en la catástrofe, el tubo que descargaba agua en el jardín se movía en todas direcciones, como una serpiente que sufriera una descarga eléctrica, y duchó, literalmente, a la pareja que venía a brindar su ayuda.



En aquel momento todo el mundo tenía una razón para chillar, la casa estaba llena de gente con sus cubos. Los voluntarios se habían dispuesto en cadena para sacar agua, uno de los generosos ayudantes golpeó una pecera que había en el mueble de la entrada, ésta contenía los preciados peces tropicales de Juan y cayeron al suelo, continuando nadando, pero ahora en un medio mucho mayor, en ese mismo instante Juan, que no se enteraba de nada, bajaba para ir a trabajar y vio caer su pecera.

Nano se paró un momento para contemplar una escena que le parecía totalmente surrealista, digna de la mejor comedia, hacía poco tiempo había visto en televisión un trozo de la película “El guateque”, sus padres se reían tanto que sintió curiosidad, realmente el espectáculo que tenía ante él superaba con creces a las escenas de aquella película, no entendía porque su madre no se reía ahora, aquello era genial: Perro Weno

atado y ladrando en el jardín, intentado cortar el paso de todo el que transitaba por allí; unos veinte vecinos, en pijama y remangados, por toda la casa, con sus cubos de los más diversos colores, dando al ambiente un toque carnavalesco; Charo pegada al teléfono y dando gritos para contar a su marido lo que estaba pasando en su casa en riguroso directo, su padre debería tener un fuerte dolor de tímpano, porque su mujer le chillaba como si todo el horrible escándalo que había en su casa estuviera también dentro de la cabina del camión de Salvador, seguramente Charo gritaba tanto para poder oírse ella misma; y su hermano Juan, que mantenía su propia cruzada en aquel galimatías, buscando sus amados peces entre tantas piernas moviéndose como si huyeran de un charco de pirañas, le parecía verdad que alguno de sus animalitos fuesen succionados por aquel aparato que se estaba tragando todo lo que lo que había a su alrededor.

Cansado de buscar inútilmente, Juan dio una terrible voz para asegurarse de que su hermano le oía:

-¡Nanoo... para esa maldita máquina o te arrepentirás el resto de tu estúpida existencia!

-Da igual, con la máquina o sin ella tus peces terminarán abonando el jardín –contestó Nano seguro de que uno de aquellos inútiles animales ya había sido absorbido por la bomba de agua.

Juan lo miró desencajado, normalmente no atendía a los comentarios de su hermano, pero esta vez la cosa era demasiado seria, y si no hubiera tenido urgencia en rescatar a sus animalitos se hubiese puesto en pie para darle a Nano un buen sopapo.

En una hora todo el mundo había vuelto a su casa y, aunque aún quedaban restos de agua, Nano y su madre ya llevaban las zapatillas de casa puestas. Juan, después de haber rescatado a uno de sus peces, se fue rápidamente al trabajo, convencido de que esta vez su jefe no creería el motivo por el que se había retrasado, claro, decir que llegaste tarde a trabajar porque has estado intentando salvar a pececitos de colores de un trágico final, después de pasarte la vida riéndote de las actuaciones de Greenpeace, no parecía la mejor excusa, porque la verdad es que Juan no tenía otra, ya que no había sacado ni un cubo de agua en aquella inundación.

Cuando Nano y su madre se quedaron solos en casa, ésta no paraba de recriminarlo por sus despistes, estaba convencida que el culpable de que la casa se anegara había sido él, Nano intentó explicarle que eso era imposible, pero nada, cuando su madre se empecinaba en algo no había manera. El inocente chico estaba seguro de que el culpable de la catástrofe había sido su hermano, recordó cómo, la noche antes, Juan dijo que le apetecía bañarse en vez de ducharse, y que puso el tapón a la bañera para que se llenase mientras elegía la ropa para salir, en aquel momento sonó el teléfono y seguidamente

salió corriendo. Su madre ya estaba acostada, pero él estuvo leyendo un rato antes de dormir (siempre tenía un libro en su mesita de noche), y fue testigo de todo.

Nano perdió dos horas de clase, y su madre tuvo que hacerle una justificación para que le abrieran el colegio a media mañana. Se había perdido la hora de ciencias naturales, y estaba seguro de que Doña Rosa había dado las notas del trabajo de la excursión.

El castigo de Doña Rosa

-Nos han dado sobresaliente Nano, nos han dado sobresaliente a los cuatro, Doña Rosa ha dicho que aunque tenía pensado castigarnos por el incidente que protagonizaste, al final ha decidido sancionarte sólo a ti, creo que tendrás que hacer un trabajo de tres páginas sobre el algarrobo y así se dará por satisfecha, ¿no es fantástico? Por muy mal que nos salga el examen del trimestre estamos aprobados, y todo gracias a ti, ya ves al final valió la pena que todo lo pasaste para conseguir la hoja.

-Me alegro Tina, sobre todo por ti –contestó Nano.

Aunque la mañana había empezado muy mal esta noticia borró todo lo anterior, ver a su prima tan entusiasmada por algo que había conseguido él compensaba cualquier sufrimiento. Ahora quedaba la reacción de Quino y hacer ese trabajo del algarrobo que, por supuesto, no tenía ningún misterio para él, a estas alturas podría hacer una tesis de aquel maravilloso árbol.

A la salida, Nano se encontró por los pasillos a Don Rafael, seguramente ya estaría informado del porqué había llegado tarde al colegio ese día, profesor y alumno se saludaron correctamente, y aunque Don Rafael no le dijo nada a Nano del trabajo, éste podía leer en la mirada del profesor la pregunta: ¿Cuándo me vas a entregar tu historia? –“Pronto, pronto” –pensó Nano como si pudiera transmitirle la respuesta por telepatía.

Para el sábado por la tarde los dibujos de su historia ya estaban acabados, Nano los repasó una y otra vez, y concluyó que las cinco ilustraciones habían quedado perfectas. Ahora sólo quedaba pasarlo todo a ordenador e imprimir con una buena primera pagina de presentación, pero eso tendría que dejarlo para el lunes, el domingo siguiente tenía que dedicarlo al trabajo del algarrobo, si no lo entregaba, probablemente, Doña Rosa le quitaría el sobresaliente.

Al día siguiente buscó información en Internet sobre la Ceratonia Siliqua, cogió unos apuntes e imprimió una fotografía preciosa, Nano elaboró su trabajo consciente de lo que se estaba jugando, si sacaba menos nota que el resto del grupo, Quino tendría motivos para mofarse de él durante varios días. Al lunes siguiente le entregó el trabajo a Doña Rosa, que le echó un vistazo por encima y pareció poner gesto de satisfacción, y así quedó zanjado el débito que había contraído con su profesora.

A Nano le extrañó muchísimo que en aquellos días no fuese llamado por el director, Doña Rosa era un profesora muy estricta en las cuestiones de disciplina, y Nano estaba seguro de que habría dado parte a dirección del suceso que protagonizó el día de la excursión. Pero en vista de que esto no había ocurrido imaginó que, quizás, habiendo

sido ella la que incitó a los chicos, prometiendo un sobresaliente, a buscar un árbol algo apartado del camino, había preferido solucionar la cuestión de una forma mas discreta, no fuese que al final la sancionada terminara siendo ella. De cualquier manera, finalmente todo había acabado bien, o al menos eso parecía por el momento, porque todavía podía esperar alguna sorpresa por parte de Quino. Y efectivamente, la sorpresa no se hizo esperar. Mientras los alumnos hacían los ejercicios de clase, la profesora de ciencias naturales se dispuso a corregir el trabajo de Nano, y cuando hubo concluido llamo al alumno a su mesa.



-Antonio acércate a mi mesa un momento –llamó la profesora a Nano con un gesto muy grave que a éste no le dio muy buena espina –¿Qué significa esta nota que hay apuntada al final del trabajo? –continuó Doña Rosa extendiendo el escrito y señalando la nota mientras se la mostraba a Nano.

La nota decía: “Este trabajo es una tontería y lo he hecho con la única intención de conservar el sobresaliente”.

Nano leyó la nota y se quedó de piedra

-¡Contesta! No te quedes ahí como un pasmarote –apremió la profesora bastante impaciente y enfadada.

-Esa nota no es mía –dijo por fin Nano.

-¿Qué esta nota no es tuya? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? Pues la letra parece que si lo es, ¿no crees? Está bien, hasta que no encuentres una excusa mejor y me pidas disculpas estás suspendido este trimestre, además informaré debidamente a tus padres y al tutor de vuestro curso Don Rafael. Puedes sentarte –terminó la profesora.

Cuando Nano se dio la vuelta para sentarse, pudo ver como Quino y Rubén se reían detrás de sus libros para no ser vistos por Doña Rosa.

Estaba claro, Quino había aprovechado algún despiste de Nano para escribir la nota en su trabajo, y había imitado su letra a la perfección, eso significaba que dispuso del tiempo suficiente, seguramente lo hizo mientras fue al baño entre las horas de clase, desde luego cuando se trataba de hacer gamberradas Quino era un maestro.

A Nano deshacer este entuerto no le iba a ser nada fácil, ¿Cómo podía demostrarle a Doña Rosa que aquella letra no era la suya? Y lo peor de todo es que Don Rafael sería informado del incidente, ahora que estaba a punto de conseguir la confianza de uno de sus profesores por primera vez. Estaba claro, por mucho que se esforzaba todo terminaba saliéndole mal, cuando creía haber conseguido un triunfo se convertía en una derrota.

Tina era una niña muy lista, y observó con detalle toda la situación, el enfado de Doña Rosa cuando llamó a Nano a la mesa y las risas de Quino y Rubén detrás de sus libros. Estaba claro, Quino se la había jugado a Nano otra vez, pero no tenía ni idea de cómo. Hasta hacía poco la muchacha siempre pensó que todo lo que le pasaba a Nano, en cierto modo, se lo merecía, y que si Quino se reía de él era simplemente porque le divertía mucho las situaciones tan cómicas que siempre rodeaban a su primo, pero ya no estaba tan segura, empezaba a sospechar que en muchas de esas situaciones, que tanta gracia hacían a Quino, éste estaba directamente implicado.

Cuando salieron del colegio Tina se acercó a Nano para preguntarle:

-¿Has tenido algún problema con Doña Rosa?

-Si –contestó Nano sin más, no tenía ganas de dar explicaciones y menos a su prima, pero no era capaz de mentirle.

Al escuchar su seca y triste respuesta, Tina comprendió que su primo no quería hablar del tema. Así que se limitó a caminar a su lado, sin decir palabra, cada uno hacia

su casa. Hubiera querido preguntarle a su primo mil cosas, pero se contuvo, aunque por momentos sentía que iba a reventar.

Cuando Don Rafael recibió la noticia de que Nano había puesto una nota poco adecuada en un trabajo de ciencias naturales, le asaltaron mil dudas, conocía a Antonio desde hacía varios años, sabía como era su personalidad, y su comportamiento tímido y retraído con todo el mundo, pero especialmente con sus profesores. Verdaderamente era un muchacho algo irresponsable y muy distraído, pero jamás se había enfrentado a un profesor, era un chico introvertido que huía de los problemas y casi todos sus esfuerzos los dirigía a pasar desapercibido, ¿cómo iba Antonio a retar a su profesora de ciencias naturales con esa osadía?, nunca se atrevería a algo así, para el profesor estaba claro que aquel chico había sido víctima de una trampa, y tenía una leve idea de quien podía habérsela tendido.

Don Rafael se preocupó de que le hicieran llegar el trabajo de Antonio, y lo examinó minuciosa y detenidamente, comprobó que era un trabajo excelente, Antonio se había esforzado mucho para entregar aquella labor lo más perfecta posible, ¿por qué iba a estropearlo todo con aquella dichosa nota? Hubiera sido mucho más fácil para él haber hecho un trabajo algo menos costoso, o simplemente negarse a entregarlo, le parecía imposible que Doña Rosa creyera capaz de aquella gamberrada a un chico como Antonio. Pero la nota estaba escrita con su letra, estaba claro, y para el profesor ese era el mayor enigma del problema. Pensó en su alumno, imaginó en como se sentiría en aquel momento, esta vez tendría que ayudarlo de alguna manera, tanto si había sido él como si no, tenía que averiguarlo.

El viernes de aquella semana, antes de entrar en clase, Don Rafael abordó a Nano en el pasillo.

-Buenos días Nano, Doña Rosa me ha comunicado el incidente que ha tenido contigo a causa de un trabajo –le dijo el tutor directamente -, ¿tienes algo que contarme? Ya sabes que soy tu tutor y debes comunicarme cualquier cosa que te ocurra relacionada con el centro –prosiguió el profesor.

-Yo no escribí la nota –contestó Nano con gran timidez.

-Está bien Antonio. Espero que estés siendo sincero conmigo, porque voy a poner mis esfuerzos en descubrir al culpable –dijo el profesor. Pero antes de entrar en clase, y para despedirse, quiso levantar un poco la moral de aquel chico diciéndole una gran verdad -. ¡Ah! Buen trabajo el del algarrobo, me dejaste impresionado, enhorabuena Antonio – ahora sí, terminó el profesor, sabiendo que con ese comentario había alegrado un poco la vida de ese desafortunado chico.

Nano y su profesor entraron en clase bajo las miradas de todos los alumnos que ya

estaban sentados en sus puestos, y claro está, ante la sonrisa de Quino, que pensaba que la charla que Don Rafael estaba dando a Nano en la puerta tenía como único objetivo amonestarle por la nota que puso en el trabajo de ciencias naturales.

- Bien –comenzó Don Rafael -, hoy tengo que daros una noticia que seguramente va a agradar a muchos de vosotros. El colegio ha abierto una página Web en Internet al servicio del alumno. En ella podréis consultar cualquier evento relacionado con el centro y noticias que puedan interesaros, también podréis dejar vuestras sugerencias, participar en el foro e incluso mandar correos electrónicos a vuestro tutor si tenéis algo que comunicarle, en vuestro caso a mi, por supuesto, espero que aquellos que tenéis posibilidades utilicéis esta página cada vez que necesitéis algún tipo de información, y que en un futuro alguno de vosotros participe en la revista virtual que está en proyecto y que el colegio piensa incluir en la Web, sin vosotros este propósito es imposible. La revista tendrá como objetivo exponer los mejores trabajos realizados por los alumnos de este colegio, así como entrevistas a alumnos y profesores, y todas aquellas reflexiones que se os puedan ocurrir sobre temas de actualidad, o que os interesen por algún motivo. Ahora comencemos la clase de hoy –terminó el anuncio del día el profesor.

Cuando la clase terminó, Tina pidió prestada a Quino su libreta de lengua, para apuntar unos ejercicios que no había tenido tiempo de copiar de la pizarra por culpa de una de las conversaciones de su amiga Inma.

Quino se la prestó gustoso y le dijo:

-Aquí tienes Tina, puedes quedártela hasta mañana sábado, pasaré por tu casa a recogerla, si no te importa.

Quino pensó que esta era una oportunidad estupenda para ver a Tina ese fin de semana.

-Gracias Quino, pero quizás te la devuelva yo misma esta tarde, tengo que ir a la zapatería que hay cerca de tu casa –contesto Tina.

Aquella tarde, cuando Tina se puso a copiar los ejercicios de la libreta de Quino, cayó de ella un papel, a Tina le llamó la atención que en aquella hoja estuviera escrita la letra de su primo Nano, miró más detenidamente aquel papel y observo que por un lado había unos simples ejercicios de un tema anterior de la asignatura de lengua, y que estaban hechos con la letra de Quino, pero por el otro se mezclaba progresivamente la letra de Quino con la de Nano, era como si al principio empezara a escribir Quino y su letra fuese transformándose hasta convertirse en la de Nano. La frase: “Este trabajo es una tontería y lo he hecho con la única intención de conservar el sobresaliente” se repetía una y otra vez, y al final había otra, pero escrita una sola vez, que decía: “Menuda broma le vamos a gastar al estúpido Espaguifotas”.

Para Tina lo que había escrito en aquella hoja estaba claro. Quino, seguramente con la ayuda de su amigo Rubén, había estado ensayando una y otra vez la letra de Nano, y por lo que decía la frase última que había en el papel, tenía la intención clara de falsificar su escritura para hacer una broma pesada a su primo, que parecía consistir en poner la nota, que estaba tan repetida, en el trabajo de ciencias naturales, para Tina aquello más que una broma era una auténtica gamberrada, y Quino se había pasado mucho con esta última jugada.

Quino sabía que él ya tenía el sobresaliente asegurado, de manera que el único que podía perderlo, con esta fechoría, era Nano. Ahora Tina comprendía porque su primo estaba tan triste el día que la profesora de ciencias naturales lo llamó a su mesa para hablar con él. Pensó que tenía que hacer algo, la prueba del delito estaba en su mano, debía ayudar a Nano y por otro lado Quino era su amigo y no quería traicionarlo, pero esta vez era demasiado, su primo era inocente y todo el mundo debía saberlo, aunque no por ello tenía que delatar públicamente a Quino. Ahora quedaba pensar en cómo ayudar a Nano, cómo iba a hacer llegar el papel a su tutor sin que nadie supiera que había sido ella. También recordó que cuando le preguntó a su primo por el incidente con Doña Rosa no quiso decirle nada, así que no debía darse por enterada. Tenía que hacer algo, pero de la forma más discreta posible.

Tina copió rápidamente los ejercicios sin ninguna concentración y se dispuso a llevarle la libreta a Quino, esto iba a ser duro, hacer como si no supiera nada delante de su amigo le resultaría difícil, de alguna manera sentía que estaba traicionándolo, pero desgraciadamente la prueba había llegado a sus manos sin querer y había un inocente que dependía de ella.

Cuando Tina llegó a casa de Quino éste no estaba y le abrió su madre, lo que le alegró muchísimo, en aquel momento no le apetecía en absoluto verlo. Le dejó la libreta a su madre y se marchó rápidamente. Luego hizo su recado en la zapatería, y de vuelta a casa se le ocurrió una idea genial. Recordó que Don Rafael había anunciado aquel día que el colegio ya tenía página Web al servicio del alumno, y que los chicos del centro, entre otras cosas, podían comunicarse con su tutor por medio del correo electrónico, estaba claro, este era el medio para hacer llegar a Don Rafael la prueba, podía hacerlo de una forma anónima, escanearía la prueba y la adjuntaría al correo. Pero Tina no tenía escáner, tendría que pedirle a Nano que la dejara utilizar su equipo para poder digitalizar la prueba, luego desde el ordenador de su primo se mandaría el archivo a sí misma, supuso que no sería problema, Nano no se negaría a dejarle utilizar su equipo informático, y no tenía porque saber lo que estaba haciendo.

Tina llegó a casa, hizo los deberes lo más rápido que pudo y se fue con el papel que

contenía la importante prueba a casa de Nano.

Nano ya había visto llegar a su prima por la ventana de su cuarto, pero esperó a ver si iba en su busca o traía algún recado de su tía para su madre.

Charo abrió la puerta a su sobrina:

-¡Hola tía Charo! ¿Está Nano? –saludó Tina menos contenta que de costumbre.

-¡Hola Tina!, si, está en su cuarto, ¿quieres subir o lo llamo? –dijo su tía.

-No, no, déjalo, ya subo yo, necesito que me deje utilizar su escáner. Gracias tía –dijo Tina ya subiendo las escaleras que la conducían a la habitación de Nano.

Tina dio unos golpecitos en la puerta del dormitorio de Nano y dijo:

-¿Se puede pasar?

-Si, pasa, pasa Tina –contestó Nano algo sorprendido.

-¡Hola Nano! ¿Qué estás haciendo? ¿Estás utilizando el ordenador? Necesito que me dejes tu escáner y tu ordenador un momento, pero si estás trabajando con él puedo venir más tarde, o mañana –dijo Tina con un talante algo más apagado que de costumbre.

-Si, si, puedes utilizarlo, no estaba haciendo nada que no pueda esperar. Pero espera que reinicie, tengo muchos programas abiertos y va demasiado lento. ¿Necesitas que te ayude? –preguntó Nano visiblemente contento de poder servir en algo a su prima.

-No, puedo hacerlo sola, será un momento, ya sabes que no tengo escáner y... bueno necesito escanear una cosa.

Tina no quería mentir a su primo, pero necesitaba guardar el secreto del motivo de su visita.

Mientras Nano tecleaba en su ordenador Tina echó una mirada a todo lo que había sobre su mesa, unos dibujos magníficos, estaba sorprendidísima, supuso que serían de Nano, nunca imaginó que tenía esa habilidad.

Nano se dio cuenta de que su prima estaba mirando sus ilustraciones, aquella situación le ponía muy nervioso, no sólo porque le daba un gran pudor que Tina supiera a que dedicaba su tiempo libre, tenía miedo de que no le gustaran y su concepto de él se depreciara aún más, y tenerla tan cerca contribuía a aumentar su nerviosismo. Era la primera vez que su prima llamaba a la puerta de su cuarto, siempre habían subido juntos a su habitación para algún motivo relacionado con el colegio o la informática. La encontraba algo seria, como si tuviera algún problema, no era la Tina de siempre, alegre y dicharachera, incluso parecía un poco nerviosa. Nano pensaba que una muchacha como ella no podía tener problemas, todo le iba bien en la vida: sacaba buenas notas en el colegio, era una chica muy popular entre los amigos, tenía una inteligencia brillante y reconocida por todos, y además podía presumir de ser la más bonita de todas las chicas,

bueno Clara también era muy guapa, pero Tina era mucho más simpática.

Nano bajó con Perro Weno al jardín para dejar trabajar tranquila a Tina, aquel perro no paraba de solicitar sus caricias y parecía que ella no estaba por la labor ese día.

Cuando Tina terminó, al salir de la casa de su primo se encontró con él y le dijo:

-Ya he terminado, muchas gracias Nano. Es tarde, tengo que irme –dijo en un tono más bajo que de costumbre.

-De nada Tina, adiós –se despidió Nano intentando controlar a su perro.

Honestidad, lealtad y traición

Al llegar a casa Tina encendió el ordenador rápidamente y buscó la libreta donde tenía la dirección de la Web del colegio. Una vez con la página de Internet abierta pinchó con su ratón en “Contactar con tutorías”. Ya tenía el correo abierto, ahora sólo tenía que empezar a escribir, y comenzó así:

A Don Rafael Medina

Sr. Don Rafael Medina, soy una alumna suya y le escribo este correo con la intención de que vea el archivo adjunto que le mando, que estoy segura encontrará muy interesante. Por razones que no puedo contarle, no quisiera identificarme y espero que lo entienda. Y en el caso de que usted mismo averigüe quien soy, le pido por favor que no lo revele.

Atentamente: una alumna.

Tina adjuntó el archivo, leyó lo que había escrito y envió el correo. Ya estaba hecho, quedaba esperar acontecimientos. Deseaba que nadie saliera mal parado en toda esta historia, aunque tenía claro que, de alguna manera, Quino pagaría su gamberrada.

Ese fin de semana Nano remató el trabajo que tanto tiempo y esfuerzo le había costado. El domingo por la mañana ya lo tenía encima de su mesa, totalmente acabado. Hizo dos copias para quedarse con una, además de tener los dibujos y el escrito original a buen recaudo, y haberlo guardado en un CD. Estaba deseando entregárselo a Don Rafael y quitarse ese peso de encima. Los últimos días habían sido especialmente difíciles para él. Le había costado mucho concentrarse, pero finalmente lo había conseguido.

La tarde de aquel domingo la pasó relajado, jugando con su perro y viendo algo de televisión. La televisión no era precisamente su pasatiempo favorito, cuanto más miraba aquella caja llena de gente, menos comprendía como había personas que podían estar horas paradas delante de ella sin hacer absolutamente nada. Tenía deberes sin hacer, pero se merecía un descanso, y su perro le echaba de menos.

El lunes, antes de empezar sus clases, Don Rafael pasó, como siempre, por el despacho de tutorías. Ahora tenía una obligación más: abrir la página de Internet del centro para comprobar si había algo nuevo. Miró todos los anuncios y titulares, y abrió el correo. Leyó los enunciados del apartado de “asunto”, y encontró que uno de los correos estaba dirigido a él. Lo abrió y lo leyó detenidamente, después examinó el archivo adjunto quedándose totalmente perplejo. Lo que aquella alumna le había enviado estaba más que claro para el profesor, la prueba no dejaba lugar a dudas, Joaquín, de nuevo, se había ensañado con Antonio, pero esta vez aquel insolente chico había ido demasiado

lejos con sus fechorías. Imprimió la carta y el archivo adjunto, y eliminó el correo, esto era algo que Don Rafael tenía que solucionar con los alumnos implicados sin que nadie más interviniera, al menos por el momento. Sólo si fuera necesario, enseñaría aquella prueba a Doña Rosa, sobre todo si se negaba a devolver el tan merecido sobresaliente a Nano. Don Rafael tenía que pensar en la forma de arreglar aquello y aprovechar la ocasión para dar una lección moral a todos los alumnos, sobre todo a Joaquín, que últimamente parecía estar más falto de humildad que de costumbre.

Entró en clase seguido de todos los alumnos que quedaban en el pasillo, por primera vez se había retrasado un poco y aquellos chicos pensaron que no tendrían clase de lenguaje ese día.

Nano se acercó tímidamente a su profesor con unos folios en la mano y le dijo:

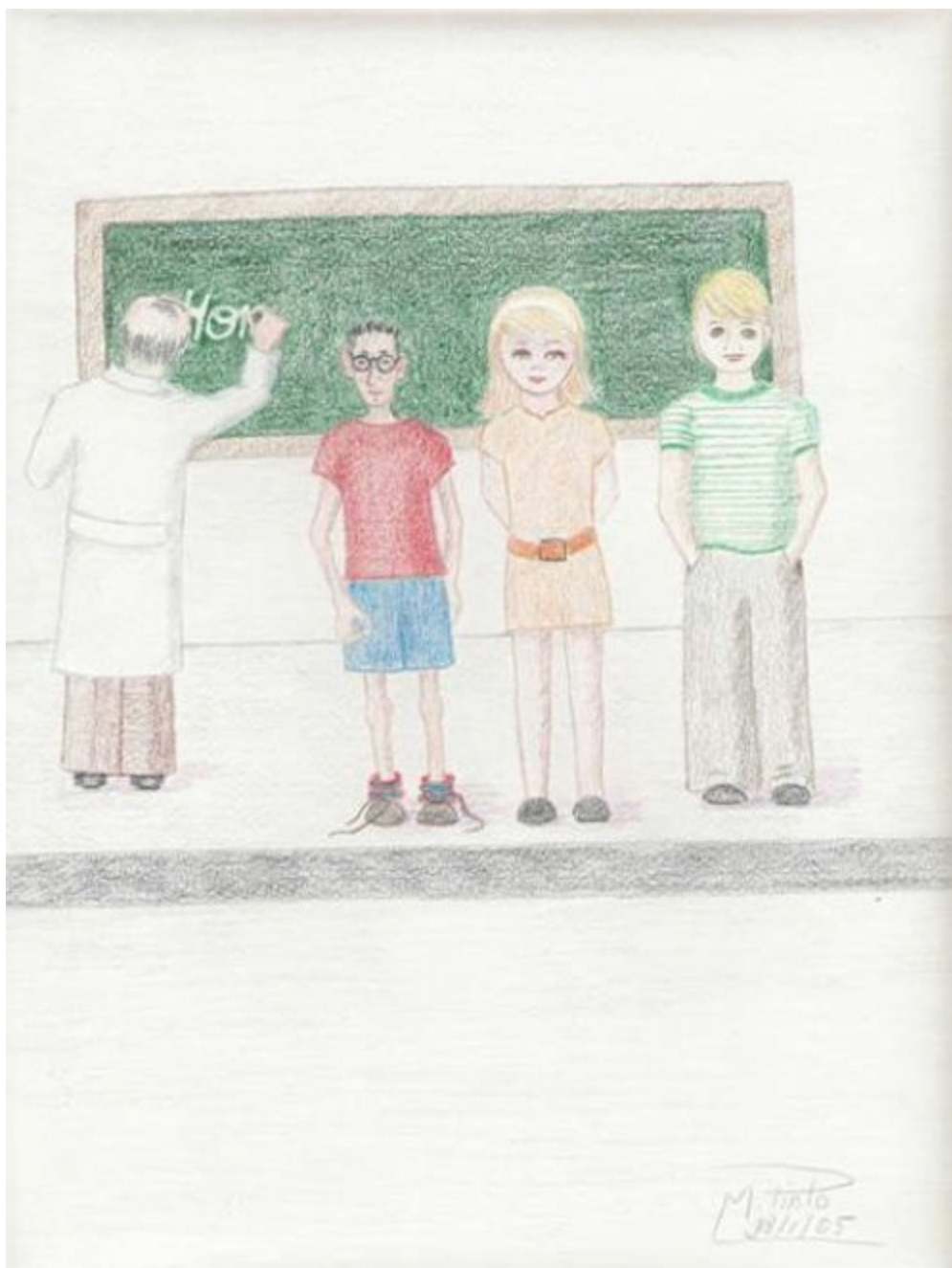
-He terminado mi historia Don Rafael.

El profesor extendió un brazo mirando al chico con expresión afectuosa en el rostro, cogió de aquellas huesudas manos el trabajo y le habló:

-Muchas gracias Antonio, me acabas de dar la segunda alegría de la mañana. Examinaré tu trabajo tranquilamente en casa, y ya te comentaré mi impresión. Puedes sentarte, la clase va a comenzar, te recomiendo que hoy estés especialmente atento, estoy seguro de que la vas a encontrar muy interesante.

Nano caminó hacia su asiento, las palabras del profesor lo habían dejado desconcertado, no entendía que otra alegría le había dado él esa mañana, ni tampoco que había querido decir con que la clase de hoy podía interesarle especialmente. De todas formas estaba satisfecho, por la cara de Don Rafael podía deducir que el hecho de haberle entregado el trabajo, de una vez, lo había alegrado.

Cuando todos los alumnos estuvieron en sus puestos y en silencio, Don Rafael se plantó de pie delante de su mesa e hizo un breve paréntesis, como si quisiera dejar claro que esa clase era bastante especial, su gesto era algo grave y los alumnos lo estaban notando. Cuando consiguió captar la atención de absolutamente todos, empezó a hablar:



-Buenos días a todos.

-Buenos días Don Rafael – contestaron algunos de los alumnos.

El profesor hizo otra pausa y continuó:

-Hoy también tengo tres palabras para trabajar con ellas, pero por lo pronto, no las vamos a utilizar para construir una historia, vamos a analizar su significado. Y para ello necesito la ayuda de tres voluntarios.

De inmediato se alzaron varias manos en el aula, entre ellas las de Quino y Tina. El profesor eligió a estos dos, pero para escoger al tercero, miró fijamente al fondo de la

clase y dijo:

-A ver Antonio, aunque no hayas levantado la mano, creo que por una vez te vendrá bien colaborar con tus compañeros.

Nano se levantó para dirigirse hacia al profesor, no sin antes tropezar con su mochila que siempre dejaba en el suelo cerca de sus pies. Esta vez Quino no se rió, estaba de pié justo al lado del profesor y éste no tenía cara de buenos amigos aquel día.

Mientras, Don Rafael escribió las tres palabras en la pizarra: “Honestidad”, “lealtad” y “traición”, y siguió hablando:

-Bien, supongamos, y sólo supongamos, quiero que tengáis claro que esto es un mero ejemplo, que Antonio tiene que entregar un trabajo a... la profesora de ciencias naturales –siguió explicando el profesor haciendo pausas a propósito para hacer pensar a los alumnos que estaba eligiendo al azar, aunque sabía que los tres alumnos que estaban a su lado empezaban a comprender que aquello no era un simple ejercicio de clase.

Todos los chicos se miraban con cara de extrañeza. Don Rafael tenía una forma distinta de dar sus clases, pero ese día se notaba que quería hacer la clase más especial aún, no los tenía acostumbrados a ese tipo de sorpresas.

El profesor siguió hablando, dejando claro que en aquella clase tenía un gran interés.

-Y, supongamos también, que Antonio deja dicho trabajo encima de su mesa, de una forma descuidada como es habitual en él...-ahora Don Rafael dejó escapar una leve sonrisa a propósito y permitió que todos sonrieran también. Nano lo miró con su típica cara de “No me entero de nada” -, descuido que aprovecha Joaquín para gastarle una pesada broma y colocar una nota comprometedor en su trabajo, imitando a la perfección su letra, cosa que, también, es bastante usual en vuestro compañero, ¿no es así? –dijo el profesor ahora mirando a toda la clase fijamente.

En esa ocasión, aunque Don Rafael también había hecho una pausa, su cara no arrojaba una sonrisa, más bien su gesto era especialmente serio. Nadie rió, todos pusieron sus miradas en Quino, éste parecía que iba a reventar de ira de un momento a otro.

Rubén, al principio empezó a sospechar que aquello no tenía nada de supuesto, pero a esas alturas de la magistral clase lo tenía muy claro, de alguna forma el tutor se había enterado de todo y estaba aprovechando su hora de clase, no sólo para enseñarles el significado de algunas palabras, además quería dar una lección de moralidad a Quino. Pensó que seguramente no sabía que él estaba implicado directamente en todo aquello.

Don Rafael reanudó su explicación:

-La nota podría decir algo así como... -el profesor volvió a dejar que los alumnos pensaran que iba improvisando sobre la marcha -, “Este trabajo es una tontería y lo he

hecho sólo para conservar mi sobresaliente”. La nota es leída por Doña Rosa, y ésta castiga a Antonio por su osadía. Entre tanto, cae en manos de Cristina una prueba que demuestra que el autor de la fechoría ha sido Joaquín. Antonio quizás sospeche quien ha sido el que se la ha jugado tan vilmente, pero es incapaz de culpar a nadie sin estar seguro, y aunque lo supiese probablemente tampoco lo haría, de manera que se limita a decir a su profesora que él no ha sido quien ha escrito la nota. Cristina hace llegar la prueba, de una forma anónima, a su tutor. Hubiera querido hacerlo personalmente, pero se debate entre: decepcionar a un amigo o incumplir las normas básicas del compañerismo. Pensó que informando a un superior de los hechos, que sólo ella conoce, de una forma anónima, de alguna manera deja que sea éste quien arregle el problema, manteniéndose al margen en la medida de lo posible.

Don Rafael terminó con su particular historia mirando a los tres alumnos que había llamado al estrado. Estaban completamente desconcertados. Tina y Nano miraban perplejos al profesor. Pero Quino repartía sus miradas entre el suelo y Rubén.

Don Rafael volvió a mirar al resto de la clase y continuó:

-Ahora quiero que busquéis en vuestros diccionarios el significado de las tres palabras que hay escritas en la pizarra. Después vais a pensar en cual de los tres alumnos, que han protagonizado este supuesto, representa mejor cada una de las palabras.

El profesor se dirigió a una de las alumnas y le dijo:

-Inmaculada, ¿quieres leernos el significado de la primera palabra escrita en la pizarra?

Inmaculada, en ese momento, estaba hablando con Rubén sobre todo lo que estaba escuchando de boca de su profesor. Algo nerviosa por haber sido pillada en un descuido leyó:

-Honestidad: Compostura, moderación, respeto a la conducta moral, recato, decencia, rectitud de comportamiento –acabó Inma.

-¿Y según tú? ¿Quién representaría la honestidad de tus tres compañeros? –preguntó el profesor.

-Pues... -Inma miró a Quino como pidiendo perdón- creo que Nano, porque aunque ha sido víctima de una cruel trastada, y sospecha quien es el autor, actúa con recato y decencia.

Ahora don Rafael se dirigió a Rubén:

-Rubén, léenos la segunda definición.

Rubén estaba prácticamente esperando la orden del profesor, y leyó:

-Lealtad: Cumplimiento de lo que exigen las leyes de la fidelidad y del honor –dijo el

chico con voz temblorosa y temiéndose la segunda pregunta del profesor.

-Y, ¿quién crees tú que representa en este caso la lealtad? –siguió dirigiéndose el tutor a Rubén.

-Supongo que Tina, ya que intentó ser fiel a su amigo a la vez que salvar a un compañero de una injusticia –terminó Rubén mirando en todo momento al suelo para no cruzar su mirada con la de Quino.

Don Rafael extendió su diccionario a Quino y dijo:

-Ahora Joaquín nos leerá la última definición, adelante Joaquín.

Quino no perdió los nervios en ningún momento, cogió aquel libro con firmeza y seguridad, y leyó casi desafiando a todos los oyentes:

-Traición: Violación de la fidelidad o lealtad que se debe, con alevosía.

-Bien Joaquín, bien, y, ¿quién crees tú que representa la traición?

Quino levantó los ojos del libro, los depositó, con osadía, en los de su profesor y dijo:

-Pues es evidente, quedo yo, pero me parece injusto acusar de traidor a alguien que sólo ha pretendido hacer una broma.

A lo que Don Rafael contestó:

-En vista de tu respuesta, me veo obligado a que tus compañeros busquen otra palabra –y escribió en la pizarra: “Necedad” -.Ahora tú representas dos palabras. Inmaculada busca necedad.

Inmaculada volvió a leer:

-Necedad: propia de un necio, terquedad, tontería, ignorancia, imprudencia –contestó Inma, que estaba mucho más atenta en esta ocasión.

Don Rafael, satisfecho de aquella clase tan valiosa para los alumnos, terminó así:

-La clase ha terminado, para el próximo día tenéis de tarea hacer una redacción, en esta ocasión con cuatro palabras.

Todos los muchachos empezaron a recoger sus libros. Tina, Quino y Nano bajaron del estrado para hacer lo mismo.

Antes de irse, el profesor llamó la atención de uno de los tres:

-Un momento Joaquín, quiero hablar contigo.

Quino se volvió hacia su profesor, esperando lo peor, mientras, éste proseguía:

-Espero tu redacción con especial interés, y te sugiero que hables con Doña Rosa aunque te arriesgues a bajar tus notas, en caso contrario me veré obligado a hacerlo yo, y es posible que arriesgues mucho más. Tengo la seguridad de que si tú te disculpas con tu profesora y ella no advierte que yo estoy enterado de la situación, será más benévola contigo. Si soy yo quien le informe se verá obligada a ser más dura, al menos tanto como

pensaba hacerlo con Antonio, y te recuerdo que pensaba suspenderlo este trimestre y hablar con sus padres. ¿Lo has entendido? Estoy seguro que si, tú eres un chico muy listo, ¿verdad?

Aquel día, a la hora del recreo, ninguno de los protagonistas del suceso se atrevió a hablar de lo ocurrido en clase de lengua, como si tuvieran miedo de que los demás compañeros se dieran cuenta de que en todo aquello había mucho de verdad. No querían ser escuchados. Y tampoco les apetecía saber, entre ellos, la opinión de ninguno de los tres. Tina temía la reacción de Quino, a Quino le daba vergüenza lo que estaría pensando Tina, y Nano no estaba totalmente seguro de cuanto de verdad había en todo lo expuesto por su tutor, pero sí tenía claro que, de alguna forma, Don Rafael se había enterado de todo el embrollo y había encontrado la forma de amonestar a Quino sin tener que delatar a nadie directamente, además de haber dado una lección magistral sobre comportamiento, aunque el talante de aquel hombre ya era un ejemplo vivo de buena conducta.

A Nano le hubiera gustado hablar con su prima del tema, pero pensaba que ella creería que era un presuntuoso, después de todo, era él quien había salido mejor parado de toda aquella historia tan rocambolesca, hablar con Tina pudiera dar la impresión de que quería recordarle que Quino era una mala compañía. Si ella no había querido delatar a Quino abiertamente seguramente era porque le consideraba un amigo, no iba a hablar del tema con su primo después de tanto esfuerzo por guardar el secreto.

Parecía que los tres chicos habían hecho un pacto de silencio, nadie volvió a hablar del tema en toda la mañana.

Don Rafael, en el recreo aprovechó para examinar el trabajo que le había entregado Antonio. Quedó maravillado. Era un trabajo increíble, a su juicio era el mejor escrito, de un alumno tan joven, que había caído en sus manos jamás. No sólo la historia en si misma era genial, había utilizado un lenguaje rico y adecuado, y la gramática era perfecta, sin contar con la exquisita y cuidada presentación. Además los dibujos eran fantásticos, dignos de un verdadero artista. Estaba tan sorprendido como abrumado.

Todos los años, Don Rafael mandaba dos trabajos de sus alumnos a un concurso de literatura para jóvenes, en un par de ocasiones los de Quino habían sido seleccionados para optar a algún premio, aunque no había ganado ninguno. Este año ya tenía pensado mandar, otra vez, una buena redacción que había hecho Joaquín, y por supuesto ahora tenía claro que también mandaría el trabajo que tenía en sus manos, estaba convencido de que tenía grandes posibilidades de recibir algún premio -“Desde luego le vendría muy bien a ese chico tímido y despistado una buena dosis de autoestima” -pensó el profesor.

Al día siguiente Quino no tuvo más remedio que hablar con Doña Rosa, la profesora

fue muy benévola con él, como bien le dijo el tutor, mucho más que con Nano, sólo le rebajó la nota a notable, con la consecuente rabia de Quino, que había guardado la esperanza de que todo, al final, quedara en nada. La profesora felicitó al alumno por haber reaccionado a tiempo y haberse arrepentido. Ella no sabía que Quino no estaba allí por iniciativa propia, si lo hubiese sabido el castigo habría sido mayor. Saber que el alumno se había disculpado por recomendación de Don Rafael la habría obligado a ser mucho más dura para que éste nunca pensara que tenía favoritos entre los alumnos.

Tina quería hablar con Nano sobre todo lo ocurrido en clase de Don Rafael, pero prefería hacerlo lejos de la mirada de Quino, no le apetecía levantar aún más su ira. Así que aquella tarde se decidió a ir a casa de su primo.

Cuando llegó a casa de Nano saludó a su tía y preguntó por su hijo. Charo estaba muy sorprendida de que su sobrina últimamente preguntara tanto por él, y mucho más que se tomara la molestia de ir a su casa, normalmente ella lo llamaba al móvil y su hijo salía corriendo. Le agradaba que entre ellos hubiera alguna amistad, eran primos, compañeros de colegio, vivían cerca, y lo más importante: los dos eran buenos chicos, se merecían conocerse mejor, a Nano sobre todo le venía muy bien. De manera que Charo la recibió con una grata sonrisa y le dijo que subiera a su habitación.

-¡Hola Nano! –lo saludó Tina una vez en su habitación -. ¿Has dado ya el paseo a Perro Weno?

- ¡Hola! Si, hace un par de horas, ¿Por qué? –respondió Nano sorprendido por la pregunta.

-Bueno, había pensado que podíamos dar un paseo con él, hace una tarde muy bonita.

Perro Weno parecía que la había entendido, y se puso a dar saltos a su alrededor.

-Si, claro, a este animal siempre le viene bien un paseo, y creo que a mí también me vendría estupendamente caminar un poco –contestó Nano.

Nano estaba gratamente extrañado, su prima no paraba de sorprenderlo últimamente, esto de pedirle que pasearan juntos a Perro Weno era algo nuevo para él.

Ya caminando Tina le habló:

-Verás Nano, yo quería hablar contigo porque... ¿recuerdas que hace unos días vine a pedirte que me dejaras utilizar tu ordenador?

Nano asintió con la cabeza mirándola fijamente. Casi se cae al tropezar con la cadena de Perro Weno de tanta atención como le estaba prestando.

-Pues... aquel día llegó a mis manos por casualidad una hoja de papel, donde se veía con claridad que Quino había estado ensayando tu letra para gastarte una broma. Fui a tu casa para escanear aquel papel y mandarlo a mi ordenador, y desde él enviar un correo

electrónico a Don Rafael con aquella prueba, porque imaginé que tenía algo que ver con el trabajo del algarrobo que te mandó Doña Rosa. Yo no quería delatar a Quino, pero me sentía en la obligación de ayudarte, así que lo hice de una forma anónima, aunque está claro que todos los implicados ya saben que fui yo, precisamente las personas que no quería que se enteraran habéis sido las primeras en saberlo. Siento no habértelo dicho a ti primero, pero pensé que ya había bastante tensión entre Quino y Tú como para ser la causante de aumentarla aún más. ¿Me perdonas? Quino es mi amigo y no quería hacerle daño. Lo siento Nano, no sabía como hacerlo mejor, para no lastimaros a ninguno.

-Claro que te perdono Tina. Me gusta que cuides así de tus amigos. Si yo los tuviera haría lo mismo –contestó Nano.

-Eres un cielo Nano. ¿Cómo es posible que alguien tan honesto como tú no tenga amigos? Aquellos que no se preocupan de conocerte no saben lo que se están perdiendo. Tengo que irme, nos vemos mañana en el colegio, ¿vale? –se despidió Tina ya casi en la puerta de su casa.

-Hasta mañana Tina.

De vuelta a casa Nano fue repasando mentalmente las palabras de Tina. Y de vez en cuando hacía partícipe a Perro Weno de sus pensamientos hablándole así:

-Es una chica estupenda mi prima Tina, ¿verdad Perro Weno? Creo que tenemos muchas posibilidades de ser sus amigos. Últimamente viene mucho a visitarnos.

Después Nano, ya en su cuarto, siguió soñando. Se recostó en su silla con la mirada perdida en el techo, y se vio a si mismo en la portada de la revista juvenil que compraba su prima cada semana, y debajo el titular: “Joven escritor revelación del año”, o apareciendo en la pequeña televisión de su cuarto entrevistado por haber ganado un gran premio literario. Estaba seguro que con algo así conseguiría que Tina fuera tan amiga de él como de Quino y Rubén. Pensó que era normal que su prima no mostrara demasiado interés por él, no tenía nada que ofrecerle, se le daban mal los deportes, era incapaz de mantener una conversación decente, sus notas eran un desastre, siempre andaba tropezando con todo lo que encontraba a su paso y su físico... mejor no pensaba en su físico. Pero, ¿cómo le iba a gustar a una chica tan especial si él mismo era incapaz de soportarse ni un segundo frente al espejo? Sólo tenía una posibilidad: debía seguir construyendo historias y dibujando, era lo único que sabía hacer, la única manera de conseguir entrar en el grupo de Tina. Debía seguir trabajando en lo que era su sueño para tener algo que ofrecer a los demás. Y lo único que creía hacer bien y le gustaba de sí mismo eran sus historias.

El concurso

En los días siguientes Don Rafael se dedicó a preparar los trámites del concurso literario de ese año. Envío los trabajos de Antonio y Joaquín sin decirles nada a ellos. Pensó que si eran seleccionados ya habría oportunidad de comunicarles la noticia, y si por algún motivo alguno de ellos no quería participar, estaría a tiempo de retirarse. Aunque la respuesta de Joaquín ya la conocía, en años anteriores se mostró bastante entusiasmado, y bajo ningún concepto tuvo la intención de dejar pasar esa oportunidad. Incluso, el profesor estaba seguro de que Joaquín estaría pendiente de la fecha del concurso, y probablemente le preguntaría en los próximos días si ese año iba a participar. Joaquín abrigaba la esperanza de conseguir alguno de los premios, pero Don Rafael, cuando leía los trabajos de los premiados, comprendía porque, aún siendo seleccionado, no alcanzaba el alto nivel exigido en aquel concurso. Quizás, con el tiempo, terminaría siendo un escritor brillante, pero al profesor le daba la sensación de que sus esfuerzos iban encaminados a otro tipo de actividades que aportaban un rendimiento económico más seguro. Quino era muy joven aún, y aunque era capaz de hacer bien cualquier cosa que se proponía, Don Rafael sabía que en ciertas disciplinas poner pasión y entusiasmo eran condiciones imprescindibles, y aún siendo un niño muy inteligente y competitivo, le faltaba el entusiasmo y la entrega necesaria para ser realmente brillante en algo. Su obsesión por sobresalir en todo, a veces con tácticas no muy éticas, le robaba autenticidad a lo que hacía. Pero aún así, todavía tenía mucho que aprender, y Don Rafael confiaba en otras cualidades que tenía escondidas, puede que encontrara a alguien capaz de enseñarle a sacar esa otra parte de él.

En cambio Antonio tenía un talento innato, estaba dotado de una gran imaginación, y ponía mucha pasión en lo que escribía. Sus dibujos constataban el gran artista que llevaba dentro. Describía brillantemente una escena, tanto con palabras como con dibujos. En él no había ninguna intención de competir, más bien parecía todo lo contrario, escribía simplemente por la satisfacción personal que le provocaba expresarse en un papel. Posiblemente este talento oculto se había ido desarrollando en la soledad que había vivido desde hacía años, desde que tuvo que empezar a relacionarse con la sociedad, el rechazo que encontró en todos los círculos en los que intentaba encajar, probablemente, lo hizo refugiarse cada vez más en sus papeles. Seguramente llevaría mucho tiempo escribiendo y dibujando prácticamente en secreto, sin compartir su afición con nadie, por miedo a que también fuese rechazado por eso. Era algo que lo complacía especialmente y no quería que nadie se lo estropeará. Escribía y dibujaba por puro placer, sin más, no perseguía nada en concreto. Le gustaba tanto, y llevaba tanto tiempo

haciéndolo, a pesar de su juventud, que sin querer, había ensayado mucho, y de una forma tan autodidacta que sus escritos eran totalmente genuinos y auténticos, libres de la contaminación que supone tener un maestro empeñado en enseñar sus propias maneras de hacer las cosas.

Esos días, Don Rafael, había leído una y otra vez el trabajo de Antonio, casi se lo sabía de memoria, y cada vez estaba más convencido de que podía quedar en un digno puesto en aquel concurso. Aunque no comunicó a los interesados que sus redacciones ya habían sido enviadas para la preselección, si se vio obligado a poner la noticia en la página Web del colegio, pero no puso los nombres de los alumnos, sólo que dos de los trabajos, del curso del cual era tutor aquel año, estaban ya en manos del comité de selección. El profesor y tutor conocía perfectamente los problemas que había entre los dos autores de los escritos enviados, no le pareció oportuno fomentar estas tensiones, teniendo en cuenta que todavía ni siquiera habían sido admitidos a concurso. Ya habría ocasión de resolver los problemas que pudieran surgir en el caso de ser elegidos. Además pudiera ocurrir que entrara a concurso sólo uno de ellos, o ninguno, con lo cual omitiendo sus nombres evitaba competencias innecesarias.

En los días posteriores a que Nano entregara su historia al profesor, éste no comentó absolutamente nada al alumno, Don Rafael hubiera querido felicitarle como se merecía, pero prefirió esperar a conocer la decisión del comité del concurso, quizás, además de felicitarlo, pudiera darle una gran noticia, en ese caso también tendría que hablar con sus padres, tal y como lo hizo en años anteriores con los padres de Joaquín. Sería interesante ir a su casa y darle esa sorpresa, pero por el momento había que esperar y no adelantar ningún acontecimiento, aunque a él mismo le estaba costando mucho aguantar la espera.

Esa semana, Doña Rosa anunció en clase las notas que habían obtenido sus alumnos en el trabajo sobre los árboles. Ella tenía la costumbre de pasar lista y dar la nota de cada uno delante de sus compañeros, lo cual molestaba a muchos y gustaba a algunos, como a Quino, cuyo reiterado sobresaliente parecía oírse siempre más que ninguna nota. Es posible que, esta vez, a Doña Rosa no le agradase tanto anunciar de esta forma las calificaciones, puesto que uno de sus alumnos predilectos tendría que someterse a la crítica de sus compañeros por ser el menos puntuado de su grupo, resultaba especialmente curioso, no sólo porque Quino no había sacado en esta ocasión sobresaliente, sobre todo siendo la asignatura de Doña Rosa, además era el único que había sacado notable de su grupo, los otros tres miembros, incluido Nano, tenían la máxima nota, esto iba a sorprender a todos sus compañeros, y se preguntarían el motivo de tan raro incidente. Pero Doña Rosa debía de anunciar las notas como siempre, no podía hacer una excepción, tenía que nombrar nota y alumno en voz alta, de lo contrario levantaría sospechas.

Quino abrigaba la esperanza de que su profesora, a pesar de todo, le diera la máxima calificación, como siempre, al fin y al cabo los hechos sólo eran conocidos por tres alumnos, y la profesora sabía que ninguno de ellos discutiría su actuación. Pero Quino no pensó que su tutor seguía muy de cerca todo lo ocurrido, y Doña Rosa tenía que ser coherente ante él, aunque de haberlo sido, lo lógico sería que le hubiera suspendido, como tenía pensado hacer con Nano.

Así que junto al nombre de Joaquín la profesora dijo la palabra notable, esta vez en un tono más moderado, y ante la expresión decepcionada y airada de Quino. Los alumnos, que ignoraban las causas por las cuales Quino había sacado la nota más baja de su grupo, empezaron a cuchichear, casi parecía que se alegraban de que a Quino le dieran, por una vez, una lección de humildad, aunque no supieran el motivo.

Inmediatamente, después de terminar la clase, Quino se acercó a Tina y le habló:

-¿Estás contenta? Has conseguido bajar mi nota por una tontería, no sé porque tenías que meterte en esto Tina.

-Yo no he bajado tu nota, lo has hecho tú solito Quino, además deberías estar contento, creo que la profesora ha sido bastante blanda contigo, es la primera vez que no notifica un hecho así a la dirección y a los padres del alumno –contestó Tina con mucha firmeza y algo enfadada.

-¿Y qué? ¿Vas a ir corriendo a felicitar a tu primo por el primer sobresaliente de su historia? –dijo ahora Quino obviando lo que acababa de decirle la amiga que ya no estaba tan seguro de que lo fuera.

-No creo que necesite mis felicitaciones, es más, creo que nunca le ha importado que lo feliciten por nada, aunque no te lo creas Nano sólo quiere tener amigos, y tiene unas necesidades muy distintas de las tuyas –dijo Tina dándose ya la vuelta para marcharse.

De pronto volvió a girarse sobre sí misma y lo llamó:

-¡Quino! –dijo con voz muy firme la niña -. Espero que nunca me hagas elegir entre Nano y tú. Yo quiero seguir siendo tu amiga pero no voy a renunciar a la compañía de alguien que creo que merece la pena. Tu también deberías intentar conocer a Nano, créeme que es un chico excelente, puede que todos con nuestro rechazo hacía él nos estemos perdiendo un buen amigo –terminó, ahora sí, marchándose y no dando oportunidad de réplica a Quino.

Quino comentó todo lo ocurrido con su amigo Rubén, naturalmente dando una visión muy distinta a lo que verdaderamente había pasado. Aunque Tina le había dejado claro que quería seguir siendo su amiga, aún sin estar de acuerdo con la forma que tenía de tratar a su primo, Quino interpretó que ahora le interesaba más acercarse a Nano que a él, y así se lo transmitió a Rubén. Desde luego, no estaba dispuesto a compartir sus

amistades con Espaguifotas, le había costado mucho conseguir la posición que tenía ante sus compañeros de clase, y no iba a estropearlo todo dejándose ver con semejante esperpento, y mucho menos teniendo en cuenta que últimamente le había fastidiado dos veces seguidas: cuando consiguió que Tina abriera primero su regalo de cumpleaños a sabiendas de que era igual al que le habían comprando el resto de sus compañeros incluido él, y ese mismo día consiguiendo sacar mejor nota que él en ciencias naturales. Quino pensaba que últimamente había perdido mucho prestigio ante sus compañeros, y no estaba dispuesto a que las cosas empeoraran porque Tina hubiera decidido conocer mejor a Nano. Si Tina se acercaba a Espaguifotas él tendría que alejarse de ella, aunque ya pensaría en algo para que eso no ocurriera, o incluso puede que el mismo Nano le hiciera el trabajo con una de sus meteduras de pata.

Esa tarde de finales de mayo, Nano estaba especialmente contento, incluso Perro Weno parecía más contento que de costumbre, que ya era difícil. Abrió de par en par la ventana de su cuarto para dejar entrar el grato aroma de los jardines de alrededor, la primavera estaba en su esplendor y se respiraba por todos los rincones como nunca Nano había notado. Se dispuso a hacer sus deberes rápidamente para poder tener tiempo de dar un largo paseo con su perro y después ponerse a trabajar en el proyecto literario que ahora tenía entre manos. No sólo se sentía feliz porque era primavera, también lo estaba porque cuando llegó del colegio su madre le dijo que tendría que pasar toda la tarde cosiendo, porque de pronto a Nano todos los pantalones le quedaban pequeños. Según ella, estas últimas vitaminas que le había recetado Don Hilario le estaban haciendo mucho efecto. A Nano le daba igual el motivo por el que estaba creciendo, aunque sospechaba que no era por el que decía su madre, simplemente últimamente tenía más apetito, lo importante es que eso lo hacía sentirse un chico normal, que crecía porque estaba en la edad. Quizás si seguía creciendo así tendrían que cambiarlo de lugar cuando hacían la fila los alumnos de su curso para algún acto. Las filas de los cursos se hacían, por orden de la dirección, de menor a mayor altura, y él siempre estaba el segundo, después de Lupita que era la más bajita por motivos justificados, también era la mas pequeña del curso en edad. Nano sólo quería ser como los demás, ni mejor ni peor, lo bastante normal como para pasar desapercibido, aunque claro, con su aspecto, por mucho que creciera eso iba a ser imposible. Lo cierto es que últimamente tenía más apetito, se comía todo lo que su madre le echaba en el plato y muchas veces a la hora de cenar ya estaba en la mesa antes de que lo llamara.

Aquella tarde también le dijo su madre que tenían que ir a que le revisaran la vista, pero no para graduarle las gafas, ella estaba pensando en hablar con Salvador para consultarle si había presupuestado y comprarle unas lentillas. Verse sin aquellas grandes gafas, aunque sólo fuese por una vez, y sobre todo que lo viera Tina, era una de sus

grandes ilusiones. Así que tenía tres magníficos motivos para estar especialmente contento: La primavera entraba por su ventaba, estaba creciendo y había muchas posibilidades de librarse por fin de algo que le estaba dando muchos problemas, entre ellos el peso de ser llamado Espaguifotas, si dejaba de parecer un espagueti y se libraba de sus enormes gafas Quino tendría que quitarle el mote, o al menos cambiárselo.

Nano pensaba que, quizás, con el tiempo llegaría a tener la apariencia de un niño normal, él no pedía mucho, sólo eso, ser un chico como todos los de su edad, y dejar de ser el objeto de burla de sus compañeros, claro que para eso hacía falta mucho más que unos cambios físicos, probablemente lo que hacía tan diferente a Nano no tenía nada que ver con su aspecto exterior, sino más bien con su actitud ante la vida. Su ensimismamiento, su imaginación, sus ausencias, su despiste, su timidez... era lo que hacía que su apariencia fuese tan especial, todas esas características le daban esa expresión de “no me entero de nada”, difícilmente iba a arreglar esto supliendo las gafas por unas lentillas. Nano sólo necesitaba aceptarse y tener seguridad en si mismo para conseguir así que todo aquello que lo diferenciaba de los demás, pasara de ser algo que le afectaba negativamente en sus relaciones a un aspecto positivo de su personalidad y objeto de admiración, las personas solemos rechazar a las que son diferentes no por la diferencia en si misma, más bien lo hacemos porque esas diferencias no son aceptadas por quien las padece. Lo que Nano necesitaba era confianza en si mismo y aceptar que lo maravilloso de su persona radicaba precisamente en eso, era diferente porque era muy especial. Su miedo a hacer el ridículo había hecho que siempre ocultara todo sobre si mismo, no compartía con nadie sus aficiones porque pensaba que si supieran a que dedicaba su tiempo libre se reirían aún más de él. Alguna vez, cuando en el colegio había que hacer trabajos relacionados con las artes plásticas, pedían voluntarios, él nunca se atrevía a ofrecerse por miedo a que todos se rieran, enseguida imaginaba el trabajo colgado en algún pasillo del colegio lleno de letreros de los alumnos mofándose de él, con el sólo hecho de pensarlo se le habrían las carnes. Pero cuando luego veía los trabajos de sus compañeros, en el fondo de su corazón, sabía que él lo habría hecho mejor, y aún así cuando se le volvía a presentar la oportunidad volvía a negarse a sí mismo participar en algo que sabía hacer mejor que nadie. De manera que nadie sabía de sus capacidades, y nunca se había probado ante los demás por simple cobardía, seguramente si, sólo por una vez, se hubiera atrevido, habrían cambiado muchas cosas en su vida. En algunas disciplinas Nano tenía una capacidad ilimitada, pero tenía tanto miedo a mostrarlas que nadie había podido disfrutar esos dones hasta ahora.

Una vez se vio obligado a formar parte de un grupo, entre todos tenían que hacer un trabajo sobre los más importantes monumentos de su comunidad autónoma. Cada miembro del grupo debía elaborar en casa parte del trabajo y hacer más tarde una puesta

en común para decidir que ideas y dibujos poner en un gran mural. Nano trabajó duramente en casa, hizo unos dibujos a plumilla de las catedrales de su comunidad magníficos, y recopiló información de cada una de ellas que más tarde resumió de una forma excepcional. Sólo con la labor que él había hecho se hubiera podido hacer el mejor mural de la historia del colegio. Cuando llegó la hora de que cada miembro del grupo aportara su trabajo personal, Nano apareció con una gran carpeta llena de papeles y con su aspecto desaliñado y de despiste de siempre, todos lo miraron como preguntándose donde iba aquel individuo tan raro, se pusieron a trabajar con entusiasmo e ignoraron completamente a aquel muchacho que, por timidez, no encontró la manera de hacerse escuchar y entregarles lo que había hecho para el grupo. Siempre le pasaba lo mismo, su falta de confianza en sí mismo era lo que lo excluía de todo, la mayoría de los chicos se sentían orgullosos de lo que hacían, aunque no tuviera un gran valor, pero él siempre tenía la sensación de que nada de lo que hiciera podía ser valorado, y prefería esconderlo. Aquellos dibujos y escritos sólo sirvieron para aumentar la cantidad de papeles inclasificables que estaban acumulados por todos los rincones de su cuarto, nadie los vio jamás, como tantas otras cosas.

Nano hizo sus deberes con especial entusiasmo, y antes de sacar a Perro Weno consultó la página Web del colegio, cosa que hacía diariamente, en los pocos días que llevaba abierta aquella página no había encontrado nada realmente interesante, pero le gustaba mantenerse al día de los acontecimientos que ocurrían en el colegio sin tener que pararse a leer las noticias que se solían poner en los pasillos. No le gustaba pararse a mirar las novedades y exponerse a que lo vieran empinarse para poder acercarse a los tableros de anuncios, se notaba demasiado que, incluso con sus enormes gafas, veía con dificultad, y que su estatura estaba por debajo de la media, sus compañeros cuando lo veían en esta actitud solían sonreír a su paso, debía de resultar algo cómico. Además le encantaba cuando los profesores hacían algún anuncio en clase y él ya estaba en posesión de aquella información, en eso se sentía especial, era de los pocos alumnos que tenía un completo equipo informático conectado a Internet las veinticuatro horas del día.

Así que abrió la página y se fue directamente a la sección de noticias. Encontró una que despertó en él un especial interés, acercó sus ojos a la pantalla, como si con eso pudiera retener mejor la información, y en voz alta leyó:



“El profesor Don Rafael Medina anuncia a sus alumnos que:

Este año ha mandado al concurso nacional de jóvenes escritores dos de los trabajos del curso del cual él es tutor. Si alguno de estos trabajos fuese seleccionado para participar les será comunicado en su momento, tanto a los alumnos como a sus padres.”

Nano sintió que el estómago le daba un vuelco. Cómo le gustaría estar en el pellejo de esos dos alumnos. Pero para eso tendría que terminar, alguna vez, una de esas historias que escribía en clase de Don Rafael. Él intentaba ajustarse a la hora de clase, pero le resultaba imposible, por más prisa que se daba. Cuando comenzaba sus historias a sus personajes les empezaban a pasar tantas cosas que nunca conseguía escribir el final, aunque por supuesto en su cabeza ya había mil finales cuando sonaba el timbre. Pensó que quizás hubiese otro tipo de concurso donde él pudiera entregar un trabajo hecho tranquilamente en casa. De todas formas nunca dejaría de escribir, porque no había nada en este mundo que le gustara más que plasmar en un papel, en dibujos o escrito, todo lo que imaginaba su cabeza, sobre todo porque para hacer eso no necesitaba a nadie. La mayoría de las actividades que conocía necesitaban la colaboración de otras personas, pero para lo que él hacía sólo necesitaba tener muchas ganas, ideas, lápiz y papel. Podía empezar cuando quisiera, dejarlo cuando estuviera cansado, todo eran ventajas en su afición. Le gustaba tanto dibujar y escribir que cuando por algún motivo no podía hacerlo se pasaba el día de mal humor, construir historias, más que una afición, se había

convertido en una necesidad vital, y estaba seguro de que no dejaría de hacerlo mientras le quedara un soplo de vida. Pensaba si los que habían hecho aquellos trabajos que Don Rafael había mandado a concurso sentirían lo mismo que él.

La noticia que encontró en Internet no paraba de darle vueltas en la cabeza, y le hizo recordar que Don Rafael todavía no le había dicho nada de la historia que había acabado en casa para él. Pensó que, seguramente, todavía no la habría leído, o en el peor de los casos, simplemente no tenía nada que decirle, quizás su historia no despertaba el interés del profesor, o lo había decepcionado. A Nano le importaba mucho lo que su profesor pensara, su opinión la consideraba de gran valor, se sentía desilusionado al ver que pasaban los días y Don Rafael no le hacía ningún comentario al respecto, pero, aún así, seguiría construyendo historias, porque si no lo hacía ya no le quedaría nada.

Los únicos que conocían la afición de Nano eran los miembros de su familia, pero ellos pensaban que lo que Nano hacía era una forma de aliviar tantas horas de soledad, nunca se pararon a valorar nada más, su notas en las asignaturas relacionadas no demostraban que realmente valía para eso, así que respetaban lo que hacía sin más. A veces, la madre de Nano se enfadaba por las horas que pasaba encerrado en su cuarto, consideraba que un niño de su edad debería de estar la mayor parte del tiempo posible al aire libre jugando con otros niños, y que si seguía sin relacionarse con los demás terminaría teniendo problemas de personalidad, de hecho pensaba que ya estaba dando graves síntomas. Si al menos sacara buenas notas Charo lo hubiera entendido, pero no era su caso, y sus encierros, evidentemente, no daban ningún fruto.

Después de leer la noticia de la página Web del colegio que tanto lo había conmovido, y de estar un rato absorto en sus pensamientos, decidió que aquel animal ya había tenido demasiada paciencia con él y era hora de darle un paseo.

Perro Weno

Cuando Perro Weno llegó a casa por primera vez, Charo se negó rotundamente a que se quedara, consideraba que sus dos hijos ya le daban trabajo suficiente como tener que cuidar un perro, pero después de unos días se alegró de que estuviera allí. La madre de Nano no era una mujer aparentemente inteligente ni preparada, pero su sentido de la afectividad estaba muy desarrollado, en cuanto observó la relación de Perro Weno y su hijo se dio cuenta de lo especial que era. Aquel animal había sacado de Nano facetas de su personalidad que estaban escondidas, empezó a sonreír con frecuencia, mostraba el afecto que sentía por el animal abiertamente, y lo más importante, Perro Weno conseguía que al menos dos veces cada día su hijo saliese a tomar el aire libre sin que nadie le dijera nada. Entre esos dos seres, aparentemente tan dispares, había nacido una verdadera amistad, y Charo sabía lo falto que había estado su hijo, hasta entonces, de un amigo. Desde el principio Nano demostró estar dispuesto a hacer cualquier cosa por su perro, se levantaba a media noche para atenderlo, le daba de comer cada día, lo paseaba, lo llevaba a vacunar. Una vez pasó toda la noche consolándolo, era la primera vez que Perro Weno vivía una tormenta y no paraba de temblar, Nano lo tuvo en sus brazos, acariciándolo y hablándole, toda la noche, por la mañana, cuando Charo los encontró a los dos acurrucados y dormidos en el porche, decidió que Perro Weno podía dormir dentro de casa, aquella imagen tan tierna la conmovió tanto que incluso les hizo unas fotos antes de despertar a Nano.

Desde entonces Perro Weno empezó a dormir en la habitación de su amigo, con la condición de que el animal no se subiera a la cama del muchacho, cosa que también se incumplió, aunque al principio, cada vez que se abría la puerta del dormitorio de Nano y el animal estaba en la cama, éste saltaba al suelo rápidamente, después Perro Weno se dio cuenta de que con su persistencia Charo siempre terminaba cediendo y empezó a dejar de hacerlo.



Una vez en la calle con Perro Weno, casi sin darse cuenta, Nano empezó a hablarle:

-Don Rafael me dijo, cuando le entregué el trabajo, que ya me daría noticias de lo que le había parecido. Es un profesor de los que cumplen sus promesas, seguramente no ha tenido tiempo de leerlo. Estará muy ocupado con el concurso –iba diciéndole Nano a su perro mientras éste lo miraba entendiendo el soplo de tristeza que acababa de invadir a su amo-. Es posible que uno de los dos trabajos que ha mandado a concurso sea de Quino, y el otro de Teresa, que también suele hacer buenas redacciones.

Teresa era la hija de Don Hilario, una niña alta y corpulenta, probablemente, como decía Charo, porque su padre se ocupaba de que tomara muchas vitaminas. No era una chica que tuviera unas calificaciones excepcionales, pero redactaba muy bien, y en lenguaje y literatura solía sobresalir, no parecía que estuviera dotada para seguir la carrera de su padre, más bien todo lo contrario.

Nano seguía hablándole a su perro, casi sin saber ni por donde pisaba.

-¿Sabes Perro Weno? Algún día yo también escribiré cosas importantes, y Tina querrá ser mi amiga. ¡Venga! Volvamos a casa, creo que me he distraído y hoy nos hemos alejado demasiado, seguro que mamá ya tendrá la mesa puesta y estará preocupada.

Paseando con Tina

A la salida de su clase de baile Tina vio a su primo y Perro Weno paseando a lo lejos. Corrió rápido para alcanzarlos y una vez justo detrás de ellos dijo a Nano:

-¡Hola Nano! ¡Hola Perro Weno! –saludó Tina mientras acariciaba al animal que no paraba de mover el rabo.

-¡Hola Tina! –contestó Nano, casi sin poder, ante la grata sorpresa.

-Os he visto a lo lejos al salir de la escuela de baile y he pensado que podíamos regresar juntos a casa –dijo Tina.

-Si claro –contestó Nano.

Los tres empezaron a caminar calle arriba para sorpresa de dos de ellos.

-Te felicito por tu sobresaliente en ciencias naturales, te lo merecías, arriesgaste mucho para subir la nota al grupo –dijo Tina rompiendo el largo silencio que se había instaurado entre los dos.

-Gracias Tina.

-No pareces muy entusiasmado, no es nada fácil sacar una nota así con Doña Rosa.

Nano no contestó a este último comentario de Tina. Por primera vez decidió compartir con ella sus inquietudes y cambió de tema:

-¿Sabes que Don Rafael ya ha mandado dos trabajos de nuestra clase al concurso nacional de jóvenes escritores? –dijo por fin sintiéndose algo ridículo ante la posibilidad de que Tina no estuviera interesada en aquella conversación.

-No, no lo sabía, creo que este año no ha dicho nada aún. ¿Cómo te has enterado?

-Lo leí en la sección de noticias de la Web del colegio. Los trabajos todavía no han sido seleccionados para participar en el concurso, supongo que Don Rafael lo dirá cuando lo sepa –siguió contándole Nano con la misma sensación de estar haciendo el ridículo.

-¿Te interesa el concurso? –Le preguntó Tina – Me sorprende que la primera vez que empiezas una conversación conmigo sea sobre este tema.

De pronto Nano no tuvo nada que decir, la pregunta y el comentario que le había hecho Tina le dio la seguridad de que, por primera vez, había hablado demasiado.

-¡Nano! ¿Me escuchas? ¿Te gustaría participar en ese concurso verdad? No te preocupes, si tanto te gusta escribir tarde o temprano conseguirás hacerlo muy bien, y podrás participar en este o en otro mejor.

Tina era una niña muy lista y comprendió que si su primo, por fin, le había hecho un

comentario sobre algo, era porque realmente el tema le interesaba. Ella sabía que a Nano le gustaba escribir y dibujar, aunque su primo nunca le había hablado de esto. Lo Sabía porque su tía siempre le estaba diciendo a su madre que Nano pasaba largas horas encerrado entre lápices y papeles, y que a veces encontraba la papelera llena de dibujos y escritos. A Charo le preocupaba este comportamiento de su hijo, y naturalmente a quien se lo iba a contar mejor que a su hermana. Charo y su hermana Alicia pasaban muchas horas en la cocina hablando y tomando café, a veces no se daban cuenta de que estaban hablando demasiado alto y Tina las estaba escuchando. Escuchaba como su tía le comentaba a su madre el interés que tenía en que su sobrina intentara que Nano pasara algún tiempo con su grupo y se relacionara con los chicos de su edad. Pero Tina lo había intentado alguna vez y no conseguía nada, era un chico demasiado introvertido, cualquier acercamiento al grupo se convertía en un motivo de burla para todos y terminaba siendo mucho peor que dejarlo en paz. Reconocía que los chicos de su grupo eran algo engreídos y no estaban dispuestos a perder su tiempo con un muchacho tan raro como su primo.

Este último comentario de Tina hizo comprender a Nano que su prima le escuchaba con interés, y se mostró de nuevo dispuesto al diálogo.

-¿Cómo sabes que me gusta escribir? –preguntó Nano.

Tina, por un momento, no sabía que responder a su primo, pensó que había metido la pata, que se había metido en lo más íntimo de Nano y que éste se sentía más vulnerable que nunca, tanto, que casi en aquella pregunta, por primera vez, Tina notó en su primo cierta agresividad. Lo miró, vio en sus ojos que esperaba ansioso una respuesta y habló por fin, intentando aparentar naturalidad:

-¿Te molesta que lo sepa?

-Pues... No, es sólo que no hay nada interesante en lo que hago. Escribo y dibujo simplemente porque me gusta, nada más –contestó Nano intentando quitar importancia a algo que estaba para él por encima de su propia vida.



Tenía miedo de que eso que siempre había estado bien, al convertirse en algo de dominio público fuese destruido por la inconsciencia de la gente. Se había esforzado mucho en conservar en secreto aquella magia que rodeaba su encuentro con el papel.

-Puede que lleves razón, y no tenga nada de interesante, pero si sigues dedicando tanto tiempo terminará siéndolo, es una ley natural, esfuerzo recompensa. ¿No crees? – dijo Tina.

Tina habló de una forma tan segura que por un momento a Nano le pareció que su

prima era mucho mayor de lo que aparentaba su cándido rostro.

Dieron unos pasos más en silencio hasta que Tina volvió a hablar:

-Bueno, hemos llegado, gracias por la compañía Nano, espero que se repita –se despidió Tina dejando al perro y a su amo mirando como ella entraba en su casa.

-Hasta pronto Tina –dijo Nano acompañado de dos ladridos de su perro que también dedicó a Tina como despedida.

Para Nano aquella tarde hubiese sido perfecta, a no ser por la desazón que le producía el pensar en aquel concurso donde nunca podría participar, aunque el paseo con su prima le había hecho recuperar en gran medida sus ánimos, y volvía a sentirse incluso mejor que antes de abrir aquella página Web. Pensó que al fin y al cabo no tenía porque sentirse decepcionado, teniendo en cuenta que jamás había conseguido terminar en clase ninguna de esas redacciones entre las que Don Rafael sacaba las que consideraba oportunas. A veces su profesor lo había intentado con él, y aún habiendo sonado ya el timbre daba un poco más de Tiempo a Nano por si aquella vez le entregaba el trabajo terminado, pero a pesar de todo nunca lo consiguió. Nano en alguna ocasión pensó hacerle una historia por entregas, podría terminar el trabajo en varias clases posteriores, pero claro, aquel profesor, recto e inflexible ante sus principios, no iba a consentirle semejante desfachatez. –“Lo conseguiré”- se decía a sí mismo mientras regresaba a casa y volvía a pensar en otras mil situaciones que viviría el personaje de la historia que ahora se traía entre manos.

El tiempo que tuvo desde que cenó hasta la hora de irse a la cama lo pasó dibujando, el encuentro fortuito con su prima lo había turbado, y dibujar era una tarea mucho más distendida que escribir, mientras movía su ágil mano agarrada a un lápiz su mente podía revivir el inesperado paseo con Tina. Además, tenía hechos unos bocetos para el gran proyecto en el que estaba trabajando, y sólo tenía que pasarlos a limpio y colorearlos, de todo lo que suponía la elaboración de sus historias ésta era la parte más relajada, porque ya todo estaba pensado, sólo tenía que poner a trabajar sus manos, dar color a sus dibujos era algo que le resultaba especialmente fácil, tenía una intuición especial para escoger los colores y hacer mezclas entre ellos, conseguía el efecto deseado sin esfuerzo, incluso en las escenas más complicadas, como las nocturnas y las que se desarrollaban en la lluvia, algunas podrían ser un gran reto incluso para el mejor dibujante, pero Nano escogía los colores de una forma totalmente instintiva.

Con los dibujos en los que se dispuso a trabajar aquella noche quería recrear un lugar totalmente imaginario, estas ilustraciones eran muy importantes para su trabajo, porque en ellas transcurrían las escenas principales. Le había resultado algo difícil hacer el boceto, porque no tenía ningún modelo real para orientarse, pero finalmente lo había

conseguido. Estaba bastante satisfecho con la similitud que había entre texto y dibujo, y lo demás para él no encerraba ningún problema. Cuando los dibujos de aquel misterioso paisaje estuvieron terminados los contempló complacido, había cumplido su objetivo con creces, aquel lugar no pertenecía a ningún mundo conocido. Estaba lleno de misterio, los árboles parecían poseídos por un encantamiento, el camino estaba delimitado por una bruma color azul que hacía un enérgico contraste con el rojo oscuro del cielo, y la línea que separaba la gélida tierra del ardiente cielo sólo era interrumpida por una fuerte luz, donde se alojaba un extraño castillo de formas ovales. Nano, mientras miraba aquella extraña postal, pensó que aquel lugar era perfecto para que ocurrieran las situaciones más inverosímiles, tenía tanta magia que en él podía alojar todas las fantásticas aventuras que fluían continuamente de su cabeza.

Cuando terminó sus dibujos, curiosamente, volvió a tener hambre. Estaba realmente hambriento y pensó en bajar a la cocina y preguntar a su madre si podía prepararle algo para calmar sus tripas. Su vida estaba cambiando, tenía la sensación de que algo bueno podía pasarle.

Bajó las escaleras seguido por Perro Weno y se encontró a su madre terminando de recoger la cocina.

-Mamá, ¿podrías darme algo de comer? –dijo Nano a su madre desde la puerta.

-¿A estas horas? Hijo que alegría me das, ¿es posible que vuelvas a tener hambre? ¿Quieres algo salado o dulce? Puedo prepararte una tortilla francesa en un momento – dijo su madre muy sorprendida.

-Da igual mamá, un vaso de leche con galletas es suficiente, sólo quiero dejar de escuchar mis tripas para poder dormir. Serán las vitaminas de Don Hilario –dijo Nano ya sentándose ante el escandaloso mantel de la mesa de la cocina.

-¡Hijo mío! No sólo tienes hambre, además me estás hablando, ¿estás bien?

-Si mamá, estoy bien, de hecho me encuentro mejor que nunca –volvió a hablar Nano dando seguidamente un beso a su madre en la mejilla. A lo que Charo respondió rápidamente con un montón de arrumacos que abrumaron a su hijo. Nano sabía a que se arriesgaba dando un beso a su madre, pero le salió así, de pronto, y ya estaba hecho.

-¡Ay mi niño! ¡Ay mi niñoooo...! ¡Ayyy... lo que quiero yo a mi Nano! –decía Charo mientras besaba y apretaba a Nano contra su pecho de una forma compulsiva.

-Yo también te quiero mamá, pero si no como algo rápidamente moriré en tus brazos.

-¡Jesús Nano! No Nombres a “la pelúa” en esta casa, vas a hacer que me arrepienta de haberme alegrado de oírte hablar. Calla, Calla, que cosas dices –decía Charo mientras metía el vaso de leche en el microondas.

Charo llamaba “la pelúa” a la muerte, como odiaba decir esa palabra, porque decía

que daba mal fario, cuando se veía obligada a nombrarla la llamaba así “la pelua”. Nano le había gastado esa pequeña broma a propósito, su madre tenía unos brazos y un pecho espléndidos, y cuando le daba el arrebató de abrazarlo sentía que le faltaba la respiración. Sabía que haciendo alusión a lo que ella llamaba “la pelúa”, aunque fuese, por supuesto, de broma, reaccionaría inmediatamente soltándolo para poder mirarle a los ojos mientras dejaba claro que no le gustaba esa palabra. Cuando su padre decía una de sus típicas frases como: “todos tenemos que morir algún día”, ella siempre decía: “calla, calla Salvador, no digas esas cosas delante de los niños”, aunque en realidad aquella alusión a la muerte sólo le afectaba a ella, porque tanto su hermano Juan como él tenían un concepto muy lejano de ese término.

La tormenta

Aquel último lunes de mayo fue el más lluvioso que se había conocido en la ciudad, el agua caía con tanta fuerza que Nano se despertó sobresaltado por el estruendo de los truenos. Se levantó todavía dormido. Cuando consiguió abrir los ojos los dirigió hacia la mesa, el espectáculo que vio sobre ella lo paralizó. La noche antes dejó la ventana abierta, cuando hacía buena temperatura le encantaba dejar aquel agujero de su pared completamente diáfano, libre de cristales y aluminio, para poder ver las estrellas desde su cama, aquel magnífico espectáculo le ayudaba a soñar, dejar que su mente viajara entre aquellos pequeños destellos le inspiraba especialmente.

La tormenta se formó mientras dormía, y como su mesa estaba justo debajo de la ventana y el agua azotaba en su dirección, todo lo que había sobre ella estaba completamente empapado: su ordenador, sus libros, sus apuntes y lo peor de todo, sus dibujos, los había dejado amontonados a un lado y ahora parecían una masa deforme, estaban totalmente pegados unos a otros. Nano pensó que de aquel bulto extraño ya sería imposible salvar ninguna de sus obras, y lo peor de todo es que la mayoría de los dibujos que contenía no los había pasado al ordenador. Fue apresuradamente al baño a por el secador de pelo. Casi atropella a su madre por el pasillo, aunque, sin gafas y tan perturbado, no estaba seguro de que fuese ella.

Desenchufó su ordenador y secó con toallas el exceso de humedad, después cogió el secador y enfocó el chorro de aire caliente que desprendía hacía aquel aparato que contenía lo único que valoraba de sí mismo.

En aquel momento apareció su madre y gritó:

-¡Santo cielo! Como está todo de agua. Deberías cerrar esa ventana o no acabarías con el agua jamás. ¡Y date prisa o llegarás tarde al colegio! ¡¿Cómo es posible que todo te pase a ti?! –gritaba cada vez más fuerte Charo.

Nano siguió llevando el secador de un lado a otro de la mesa hasta que estuvo satisfecho. Más tarde comprobaría si su ordenador estaba dañado, ahora lo que realmente le importaba eran sus dibujos. Bajó rápidamente al lavadero a por el tenderete portátil y lo desplegó en el salón cerca del radiador, luego fue al sótano para encender la calefacción, ante la mirada perpleja de su madre.

-¿Vas a poner la calefacción con esta temperatura? ¿Para qué quieres el tenderete? Si se te ha mojado alguna ropa puedo meterla en la secadora –dijo su madre cada vez más alterada.

Nano, haciendo caso omiso de su madre y completamente concentrado en solucionar

su grave problema, volvió a subir rápidamente las escaleras dirección a su cuarto, cogió aquella cosa amorfa, que se suponía contenía sus dibujos, y volvió a bajar, ahora con sus gafas puestas. Con el mayor cuidado del que era capaz empezó a separar, una a una, aquellas hojas de papel que guardaban lo más preciado de su imaginación, una vez separadas las colgó primorosamente en el tenderete, cogiéndolas de las esquinas superiores con pinzas de la ropa, como si se trataran de los más delicados vestidos de un bebé. Con un poco de suerte, aunque tuviera que volver a hacerlos, podría copiar los dibujos de la idea original.

Su madre seguía dándole órdenes mientras lo miraba completamente fuera de sí.



-¡Vístete Nano! Deja todo eso de una vez, yo lo haré si es tan importante para ti. ¿No te das cuenta de que vas a llegar tarde al colegio otra vez?

Pero Nano no iba a dejar aquella tarea tan importante a nadie, ni siquiera a su madre, como decía su padre: “si quieres un trabajo bien hecho, hazlo tú”.

A esas alturas de la mañana Juan ya estaba buscando por el salón las llaves de su coche, mientras se reía de Nano como jamás en su vida lo había hecho a esa hora tan temprana para él.

-Está claro hermanito que últimamente el agua no para de causarte problemas, es la primera vez que yo voy a llegar antes al trabajo que tu al colegio –le dijo Juan a su

hermano cerrando la puerta.

Nano miró el reloj de pared que había en el salón y comprendió que de nuevo llegaría tarde al colegio, y a primera hora tenía clase de lengua y literatura. Tendría suerte si conseguía encontrar la puerta del colegio abierta.

-No toques eso mamá –dijo Nano a su madre refiriéndose a los dibujos que había dejado secándose y adornando su bonito salón.

-¡Vístete Nano! ¡No tocaré nada! ¡Pero vístete de una vez! –contestó su madre.

Nano se vistió apresuradamente, se echó agua en el pelo para aplastar su tieso flequillo, se bebió un vaso de leche, que llevaba persiguiéndolo bastante rato en la mano de su madre, y parte de su contenido cayó en su camiseta. Salió como una bala dirección al colegio, consciente de que, ese día, de nuevo irrumpiría en clase provocando las risas de sus compañeros, y eso si lo dejaban entrar en el centro a esas horas. Por el camino Nano consiguió vencer los remolinos de su pelo que se le habían resistido aquella mañana, porque llovía a mares, y con la prisa olvidó su paraguas. Podía sentir como sus pies chapoteaban dentro de sus botas, pero estaba tan acelerado y preocupado por la catástrofe que acababa de vivir que no tuvo conciencia de su deplorable estado, hasta que se vio frente a la puerta de su aula.

Don Rafael

Ese lunes, Don Rafael, como siempre, llegó media hora antes del comienzo de su primera clase del día. Le gustaba pasar antes por el aula de tutorías para comprobar, con tiempo, si tenía algún aviso, poder abrir la Web del colegio y mirar si había algún correo para él. Así que colgó su gabardina completamente empapada, dejó su paraguas en el paragüero y se dispuso a seguir los pasos de su acostumbrada rutina.

Tenía varias cartas en el casillero reservado para su correo. Miró una por una el remitente. Parecía que al cartero le había sido muy difícil salvar ese montón de papel de la copiosa lluvia aquel día, porque la humedad había corrido la tinta y a Don Rafael le resultaba muy complicado entender lo que ponía en los sobres. Una de las cartas le llamó especialmente la atención, la separó del resto, que dejó sobre la mesa, y volvió a leer el remite: “Concurso nacional para jóvenes escritores, C/ Cisne Nº 50”. En ese momento el profesor tomó conciencia de lo que tenía entre las manos, y pensó en Antonio, aquel papel podía cambiar el futuro incierto de un niño como él, sólo pensarlo le ponía el bello de punta, incluso un hombre como él, de basta experiencia en la enseñanza y una curtida personalidad, aún podía emocionarse ante la sorpresa que podía contener esa carta.

Don Rafael no tenía hijos, su única mujer murió de parto junto a su hijo hacía ya nueve años. Después de una larga y profunda depresión decidió dedicar todo su esfuerzo y su tiempo a la enseñanza.



De alguna manera había puesto su paternidad frustrada en todos los alumnos que desde aquel fatídico acontecimiento habían pasado por su vida. Pero por Antonio, aunque él intentara disimularlo a toda costa, sentía algo muy especial. También, como Antonio, él fue un niño muy tímido e introvertido, y aparentemente algo torpe y despistado. E igual que su alumno, porque Don Rafael se daba cuenta perfectamente de lo que aquel chico sentía por Cristina, también él había vivido desde niño enamorado de la que después fue su mujer. Don Rafael se identificaba en muchas otras cosas con su

alumno, como la facilidad con la que se expresaba en un papel y la dificultad que le suponía hacerlo con la palabra hablada, con los años había conseguido disimularlo, pero desde una edad muy temprana pasaba horas y horas contándole a una hoja en blanco lo que era incapaz de decir a nadie por su gran miedo a hacer el ridículo. Sin embargo no dibujaba tan bien como Antonio, ya le hubiera gustado a él.

De manera que cuando miraba la delgada carita de su alumno, de alguna manera, era como si su propio pasado se parase frente a él.

Don Rafael nunca encontró a nadie en su camino que le prestara la ayuda que necesitaba, consiguió su carrera de magisterio con grandes esfuerzos y sacrificio. Tenía un expediente bastante vulgar y sus padres no podían permitirse invertir un dinero, que no tenían, en alguien que no parecía prometer demasiado, así que a parte de tener que superar las asignaturas, tan difíciles para él como la de matemáticas, sin apoyo, tuvo que trabajar ayudando en la panadería de su tío para poder pagarse los estudios. Nada de lo que aquel profesor había conseguido en la vida le había sido regalado. Cuando veía como a algunos de sus alumnos todo les resultaba tan fácil y aún así se jactaban de sus logros, sentía pena por ellos, porque su experiencia en la vida le había enseñado que lo que fácil se consigue fácil se pierde, y que la recompensa sin esfuerzo suele dar malos resultados.

Cuando Don Rafael terminó su carrera intentó ganarse la vida escribiendo, pero corrían malos tiempos para los escritores, consiguió colaborar en algunos periódicos de baja tirada y redactar escritos para licenciados, pero no pasó de ahí, nunca consiguió publicar un libro, a pesar de que en el despacho de su casa se amontonaban manuscritos de todo tipo. Al principio mandaba sus libros a editoriales, pero no tuvo suerte, y eran tales las decepciones a las que se veía sometido que terminó escribiendo para él, por el puro placer de escribir, y sobre todo porque estaba solo, escribir era lo único que le ayudaba a soportar sus largas horas de soledad.

Por todo eso, cuando miraba a Antonio, y se veía a sí mismo a su misma edad, sentía la necesidad de tenderle esa mano que nunca encontró él. Si alguien no ayudaba a ese chico terminaría como él, escribiendo para sí mismo. El mundo tenía derecho a disfrutar de esa mente tan prodigiosa, Nano tenía mucho que ofrecer y nadie se había dado cuenta hasta ahora.

Decidió dejar la lectura de aquella carta para después de su clase con Antonio, tenía miedo de que ésta portara malas noticias y entrar condicionado en el aula. Prefería tener el tiempo suficiente para reponerse en el caso de que el trabajo de Antonio hubiese sido rechazado, necesitaba asimilar la noticia y elaborar la respuesta adecuada para dársela a los alumnos implicados. Joaquín, a estas alturas ya sabía que uno de sus trabajos había sido mandado a concurso, pero Antonio no tenía ni idea y no esperaba ninguna respuesta

al respecto, aunque si estaría desconcertado al ver que su profesor de lengua no le había comentado nada sobre aquella historia que había hecho con tanto esmero.

Cuando Don Rafael entró en clase, fue abordado por Joaquín con evidente excitación.

-Buenos días Don Rafael. Me he enterado esta mañana de que ya ha mandado al concurso anual dos de los trabajos de los alumnos. ¿Podría decirme si uno de los trabajos es mío? –dijo el alumno con algo de agresividad como era su costumbre.

-Buenos días Joaquín. Sí, uno es tuyo, pero no es el momento de abordar esta conversación, pensaba comunicaros a todos el acontecimiento en el caso de que alguno de los trabajos fuese admitido a concurso –contestó el profesor algo tenso.

Joaquín se había dirigido a Don Rafael con aparente corrección, pero se notaba en su tono cierta actitud de soberbia que molestaba enormemente al profesor. La continua prepotencia de Joaquín ante todos los que le rodeaban estaba llegando al punto de preocuparlo como educador, y se había propuesto, si es que estaba en su mano, ayudarle a superar ese defecto (posiblemente adquirido en casa) que si no atajaba rápidamente le iba a dar muchos problemas en su vida.

Pero Joaquín no contento con la respuesta de Don Rafael volvió a osar hacerle otra pregunta, más impertinente aún si cabe.

-¿Y el otro? ¿De quien es el otro trabajo?

-Tu osadía me desborda Joaquín. He dicho con absoluta claridad que os hablaré de esto cuando considere que hay algo que decir, y te aconsejaría que miraras la página Web del colegio de vez en cuando, así no tendrás que ser informado por rumores y el último, todo lo que te concierne como alumno es anunciado puntualmente en la Web, y creo que tu ya tienes ordenador, ¿no es así? –le habló el profesor en un tono algo más alterado y elevado de lo que tenía por costumbre.

-Si, Don Rafael –terminó algo avergonzado por fin Quino, dándose la vuelta para tomar asiento.

El profesor pensó, al ver que el alumno se había sentido intimidado, que quizás había esperanza de que aprendiera la gran lección que tanto necesitaba.

Nano llega tarde de nuevo

El tutor comprobó que había un lugar vacío al final del aula, constatando que una vez más Antonio no estaba en su puesto. Miró su reloj y pensó que esta vez se vería obligado a llamar la atención del alumno en público, por mucho que sintiera un afecto especial por Antonio no iba a renunciar a sus principios, y tenía que ser tratado como el resto de sus compañeros, es más, con Antonio tenía que ser especialmente duro, si quería sacarlo de su letargo.

Cinco minutos después del comienzo de la clase, Nano abrió la puerta, rompiendo la concentración de todos los que estaban dentro de una forma casi brusca. Apareció ante todos completamente empapado.

-Buenos días –dijo Nano con la mirada puesta en el suelo, donde empezaba a hacerse un charco a su alrededor.

Nano se sentía tan avergonzado que: si no hubiera sido porque su propia inercia lo había obligado a abrir la puerta no se hubiera atrevido a entrar en clase.

-Buenos días Antonio, ¿sabes la hora que es?

-sí –contestó el alumno abrumado.

-Y... ¿Tienes alguna excusa para justificar tu tardanza? –dijo Don Rafael en un intento de dar una oportunidad al chico.

-No –contestó Nano sin más, recordando que sólo él había sido el culpable de que el agua hubiese entrado por su ventana aquella mañana.



El profesor dirigió ahora la mirada al resto de la clase, consciente de que si miraba a Nano directamente podría desmoronarse de un momento a otro.

-Bien –prosiguió Don Rafael -, no voy a consentir este tipo de conducta sin justificación alguna, irrumpir en clase cuando ya ha empezado es una falta de respeto muy grave, hacía el resto de los compañeros y hacía el profesor. Como tutor me encargaré personalmente de amonestar al alumno que vuelva a incurrir en este tipo de faltas. ¿Queda claro?

Nano se dirigió a su asiento dejando un rastro de agua por el pasillo, mientras sus compañeros lo miraban perplejos. Su aspecto, como en ocasiones anteriores, era patético. La humedad había hecho que su ropa se adhiriera completamente a su cuerpo, dejando ver cada hueso de su pequeño esqueleto, podían contarse sin problema cada una de sus costillas. De su mochila salía un hilo transparente, que al contactar con el suelo hacía un ruidito similar al de una pequeña cascada, el sonido lo acompañaba en su camino a su asiento como si de la banda sonora de un trágico final se tratara, y sus gafas en aquel momento necesitaban urgentemente un limpiaparabrisas o volvería a tener uno de sus acostumbrados tropiezos.

Los alumnos tenían todos sus sentidos ocupados en aquella escena, la imagen de Nano no tenía desperdicio, sobre todo su expresión. Parecía un animalito indefenso que había salido de un siniestro por puro azar, en su cara podía leerse la definición de turbación y sorpresa sin abrir el diccionario, él era el más sorprendido en aquella escena, no podía creerse que hubiera sido capaz de abrir aquella puerta sabiendo a lo que se exponía. Pero era la clase de lenguaje, con Don Rafael, y hubiera sido capaz de llegar arrastrándose por tal de no perderse lo que más le gustaba del colegio, escuchar a aquel profesor.

Nadie se atrevió a reírse ante el manifiesto enfado que en aquel momento tenía Don Rafael, y mucho menos Quino, que acababa de ser amonestado por éste.

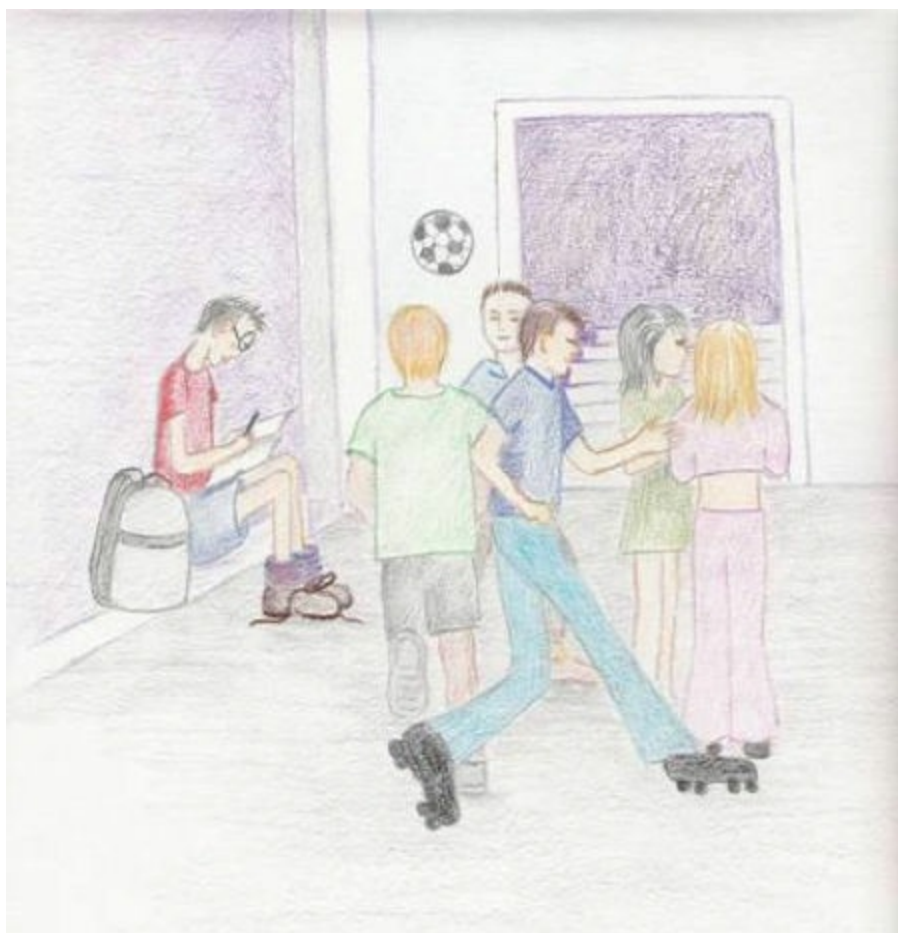
Durante el recreo, Don Rafael leyó la carta. Ésta, entre corteses saludos y despedidas, contenía una gran noticia. Tanto el trabajo de Joaquín como el de Antonio habían sido admitidos a concurso. Esta sorpresa llenó de alegría el corazón del profesor. Leyó aquella carta varias veces, quería saborearla, por un momento creyó que tenía la edad de Antonio, y casi pudo sentir la emoción que viviría el chico cuando se enterara de la gran noticia. De alguna manera, él también cumplía un sueño con el logro de Antonio, para el profesor ya no había esperanza, pero ponerla en aquel muchacho era mucho más de lo que podría esperar a esas alturas de su vida. Todavía quedaba lo principal, conseguir algún premio en el concurso, pero era el primer paso y... ¿por qué no? Ese chico tenía más posibilidades que todos los alumnos que habían pasado por sus aulas, el hecho de haberlo ayudado hacía que se sintiera un poco protagonista de su vida, y se quitaba una espinita que llevaba clavada muchos años.

La soledad de Nano

Automáticamente colgó la noticia en la Web del colegio. Después, en un acto reflejo, se asomó por la ventana de aquella habitación, desde allí se veía todo el patio del centro. Había parado de llover y ahora asomaba tímidamente el sol. Los alumnos disfrutaban del aire libre haciendo, cada cual, su actividad favorita. Unos jugaban a la pelota, otros al “pilla pilla”, había chicos formando corrillos y hablando de sus cosas, y... uno de ellos estaba sentado en un escalón escribiendo algo en una libreta, completamente sólo. Era Antonio.

Don Rafael observó con ternura aquel cuerpecito que así sentado y a esa distancia se veía aún más pequeño y vulnerable, aunque el profesor estaba seguro de que aquello era sólo en apariencia. Bajo aquel aspecto frágil se escondía una fuerza que, con un poco de ayuda, era capaz de arrasar montañas.

Siguió mirándolo hasta que sonó la sirena para volver a clase. Todos los chicos se apresuraron a entrar por la puerta que los llevaba a sus aulas entre gritos y risas. Y otra vez sucedía el milagro, todos los alumnos agolpados para pasar por un pequeñísimo agujero, y en cinco minutos conseguían estar sentados cada uno en sus puestos sin percances. Bueno todos menos uno, Antonio, que intentaba recoger apresuradamente todo lo que tenía desplegado a su alrededor, ignorando el embudo que intentaba absorber la masa humana.



Don Rafael, rompiendo su rutina de estar en clase antes de que los alumnos llegasen, siguió observando a Nano, y cómo al levantarse éste volvieron a caer de sus manos todos los objetos que estaban amontonados en ellas, para no volver a entrar tarde en clase no se había entretenido en guardarlo todo en su mochila. La mayoría de los chicos bajaban al patio acompañados solamente de algún objeto para jugar, como un balón o una cuerda para saltar, pero Antonio siempre bajaba con su mochila, en ella guardaba lo único que podía ayudarle a pasar la larga media hora de recreo. El profesor no estaba seguro de lo que escribía en su libreta, puede que fuesen los deberes de las clases siguientes, o alguna de sus bonitas historias, pero lo que si sabía era que utilizaba su libreta para esconderse detrás, y así no parecer durante todo el tiempo el elemento que no encaja entre tanto juego, con la mirada perdida como una estatua. Lo vio entrar por la puerta, el último, cargado con un montón de cosas apelotonadas entre sus brazos, se sintió invadido por un mar de sensaciones que lo despojaron de su expresión recta e inmutable.

El profesor sabía que Antonio era un asiduo ínter nauta, pensó que nada le gustaría más que ver la cara de aquel chico cuando leyera su nombre entre los elegidos para el concurso literario. Podía imaginarse su rostro de asombro y lo que eso significaba para él. Ese niño necesitaba un triunfo, algo que lo ayudara a confiar en si mismo y con lo que

ganarse el respeto de todos los que lo conocían, aunque por su parte, Antonio, con su honradez, se había ganado más respeto que ninguno de sus alumnos, lo veía como una criatura adorable, genuina y tan diferente como autentica.

Charo

Cuando Nano llegó a su casa su hermano Juan le abrió la puerta. La escena que vio en el salón lo conmovió: su madre estaba planchando, muy cuidadosamente sus dibujos. Aquella mujer, aparentemente tan ruda y desenfadada, que parecía estar tan lejos de las inquietudes de Nano, estaba tratando aquellos papeles como si de la más tierna flor se tratara. Charo no alcanzaba a comprender porque eran tan importantes para su hijo aquellos dibujos, pero eso daba igual, lo hacía simplemente por él, porque al verlo tan preocupado aquella mañana supo que tenía que ayudarlo.

A Nano le pareció increíble que aquellas manos tan regordetas y curtidas derrocharan tanta generosidad y ternura. Lo que más le gustaba de su madre era que hacía las cosas simplemente por amor, sin pensar, no se paraba a preguntarse la causa de que las cosas fuesen mal, ni porque sufrían los seres a los que amaba, cuando alguno tenía un problema ella siempre estaba ahí, haciendo lo que podía y sabía, ella era la misma entrega, la persona con la que Nano siempre podía contar, cuando alguien de la familia tenía un problema simplemente estaba a su lado.

Charo vio a su hijo entrar en el salón y lo saludó con una tierna sonrisa.



-¡Hola Nano! Mira, han quedado perfectos –dijo intentando darle ánimos a su hijo enseñándole uno de sus dibujos -, casi no se nota que esta mañana estaban empapados, acércate, míralos.

-Es verdad mamá, están casi perfectos. Gracias mamá –dijo Nano mirando con cariño a su madre.

Nano hubiera querido darle un fuerte beso a su madre, pero sabía que si lo hacía empezaría a apretarlo entre sus generosos brazos y no acabaría hasta dejarlo sin

respiración, y el día ya estaba siendo lo bastante emocionante. Además si su madre se daba cuenta de que todavía estaba húmedo pondría el grito en el cielo.

Recogió sus dibujos con el mismo cuidado con el que su madre los había planchado, comprobando, de nuevo, que efectivamente estaban rehabilitados. Sólo tendría que volver a hacer un par de ellos.

Después de cambiarse de ropa y almorzar, se fue rápidamente a su cuarto. Tenía muchos deberes y pocos ánimos, y sentía escalofríos, seguramente por la humedad que había soportado toda la mañana.

Se puso con las matemáticas, las unidades de medida se le estaban resistiendo desde el curso anterior, también tenía un motón de ejercicios de lenguaje, aquel día Don Rafael, seguramente movido por su enfado, les mandó deberes para una semana.

Nano terminó sus ejercicios, seguro de que todos los de matemáticas estaban mal. Después sacó un rato a Perro Weno, éste llevaba mucho tiempo mirándolo y emitiendo pequeños aullidos, a los dos les vendría bien caminar en aquel bonito atardecer. El largo paseo bajo el tímido sol, que vieron despedirse hasta el día siguiente, hizo que Nano recuperara el ánimo, y cesaran los escalofríos, de vuelta a casa se sentía mucho mejor.

Cuando Nano llegó encendió el ordenador, no lo había hecho antes porque tenía serias dudas de que aquel aparato hubiera resistido la tormenta de la noche anterior, y sabía que de no funcionar no podría resistir la tentación de intentar arreglarlo y ahora tendría los deberes sin hacer, prefirió hacer primero los problemas de matemáticas para no desconcentrarse, aunque de poco le sirvió. Aquel aparato, milagrosamente arrancó, con algún ruido de más, pero arrancó aparentemente sin problemas. Estuvo digitalizando los dibujos que su madre le había planchado, ahora que los había recuperado quería asegurarse de tenerlos a buen recaudo y no arriesgarse a perderlos de nuevo.

Antes de cenar habló con su padre, aquel día no pudo llamar a las siete por culpa de un gran atasco, una vez que Nano se hubo puesto en el teléfono su padre le habló así:

-¿Qué pasa hijo? ¿Cómo va todo?

-Bien –contestó Nano.

-Me ha dicho tu madre que has tenido un pequeño percance esta mañana, ¿te funciona el ordenador? – preguntó su padre, temeroso de que aquel aparato que tanto le había costado pagar no funcionara.

-Sí, funciona –dijo Nano sabiendo que su padre estaba pensando en lo que le costó la última reparación.

-Estupendo hijo, pásame a tu madre.

El padre de Nano era de los que pensaban que las cosas más importantes en la vida de un ser humano se aprendían en la calle, conviviendo con la gente, no frente a una

pantalla, ni siquiera en los libros, pero claro, esto último nunca se hubiera atrevido a decirlo abiertamente delante de sus hijos, ya tenían bastantes problemas Nano y Juan con los estudios como para, encima, decirles que en los libros no se aprendía nada.

Cuando Nano pidió el ordenador para reyes, hacía dos años, en principio su padre se negó rotundamente. A Charo le costó muchas discusiones con su marido convencerlo para que lo compraran, al final Salvador terminó cediendo. Si se trataba de sus hijos, Charo siempre se llevaba el gato al agua. Ella no entraba a analizar el porqué sus hijos pedían esto o aquello, ni siquiera el precio, de una forma instintiva sabía lo que era importante para ellos. Como cuando Juan pidió aquel mecano carísimo para su cumpleaños, por aquella época la familia estaba pasando un bache económico, a Charo le costó llegar a final de mes, pero se lo compró porque sabía que para su hijo era importante, y de hecho a partir de aquello Juan, por primera vez, dijo a sus padres a lo que quería dedicarse cuando terminara los estudios, quería ser mecánico. Por eso cuando Charo vio que Nano pidió el ordenador con tanto interés comprendió que era importante para él, su hijo nunca había pedido nada, cuando tenían que comprarle algo por su cumpleaños o para reyes le preguntaban una y otra vez si quería algo en especial, pero era inútil, nunca contestaba nada en concreto, siempre decía que le daba igual. Aquellos reyes, Charo había pensado comprarle la videoconsola, que salía más barata que lo que su hijo pedía, pero Nano quería el ordenador, desde que se lo compraron a Tina y él vio las posibilidades de aquella máquina no paró de pedirlo. Charo y Salvador discutieron hasta no poder más por culpa del capricho de Nano, pero finalmente, como siempre, se lo compraron, aunque lo tuvieron que pagar en dieciocho plazos. Charo tenía muy claro que su hijo necesitaba una nueva actividad en su solitaria vida. Al principio controlaba las horas que su hijo pasaba frente a aquella pantalla, pero después se dio por vencida. No sabía que era peor para aquel chico, si estar en el ordenador escribiendo y echando papeles a la papelería como un poseso, o pasar horas hablando con su perro como si éste realmente lo entendiera.

Después que sus padres pagaran la última letra del equipo informático Nano pidió la banda ancha para poder estar constantemente conectado a Internet, y si comprarle el ordenador le había costado a Charo múltiples peleas con su marido, esto ya fue una batalla campal. Pero cuando Charo se ponía en plan guerrero para defender a sus hijos Salvador tenía todas las de perder. Después Nano intentó compensarla consciente del esfuerzo que había hecho por él. Cuando su madre expresaba el deseo que conocer la receta de algún plato exótico, o algún dibujo de punto de cruz, que ni siquiera estaba en las revistas dedicadas a esta labor, iba rápidamente a Internet y le imprimía toda la información al respecto, dejándola impresionada, ella le agradecía el detalle con múltiples muestras de afecto.

Un sábado por la mañana, Nano escucho desde su cuarto que sus padres estaban hablando demasiado alto en la cocina mientras desayunaban, bajó a ver lo que pasaba y los encontró ensalzados en una acalorada discusión sobre el segundo apellido de su madre, Charo mantenía que su segundo apellido, el de la abuela materna de Nano, provenía directamente de la nobleza, y su padre se negaba a aceptarlo. Subió a su habitación, buscó en Internet, y allí estaba, su madre tenía razón. Imprimió el documento, se lo mostró a sus padres, y Charo por pocas se lo come a besos, bajo la mirada asesina de su padre que le decía a su mujer: -“¿Vas a hacer caso antes a una máquina que a tu propio marido?”-. Pero a Charo ya le daban igual los comentarios de Salvador, para ella la discusión había terminado, tenía en su mano un documento escrito en letra de imprenta que corroboraba lo que tantas veces le había dicho su madre.

Después de cenar, Nano volvió a su cuarto. Su ordenador hacía un ruido espantoso. Decidió visitar la página Web del colegio antes de reiniciar, volvió a pinchar directamente en la sección de noticias y allí estaba lo que buscaba:

“Don Rafael Medina anuncia que han sido admitidos a concurso los trabajos literarios de los alumnos: Joaquín Salas Sánchez y Antonio...”

El ordenador se apagó, así, de pronto, el espantoso ruido que estaba haciendo aquella máquina cesó, y la pantalla se volvió completamente negra.

Jamás se había sentido tan decepcionado, ¿Cómo podía apagarse su ordenador justo en el momento en que iba a leer los apellidos del segundo alumno? Aunque pensándolo bien, se dijo Nano, en clase sólo estaban dos alumnos que se llamaran Antonio, y por simple eliminación tenía que tratarse de Antonio Ferrer, el alumno del cinco, como le decían sus compañeros, porque en todo sacaba un cinco. Le resultaba extraño que uno de sus trabajos hubiera sido seleccionado por Don Rafael, y más aún que estuviera admitido a concurso. -“Bueno, todo el mundo tiene un buen día, todo el mundo menos yo, claro está”- pensó Nano.

Nano desenchufó el ordenador y se puso a desmontar la caja que lo contenía, si quedaba alguna humedad era una buena forma de airearlo. Menudo desastre estaba formando en su cuarto, si su madre entrara en aquel momento seguro que le daría un soponcio.

La noticia

De pronto sonó su móvil. Era Tina, pero esta vez no sonaron dos toques, siguió sonando hasta que descolgó.

-Dime Tina.

-¡Hola Nano! ¿Has visto la noticia del concurso de literatura en la Web del colegio?

A Nano no le apetecía tener esa conversación en aquel momento, hablar del nuevo triunfo de Quino con ella no era plato de gusto para él, debería alegrarse por su compañero, pero tenía que reconocer que no era el caso. Además no comprendía porque su prima lo llamaba para eso, parecía que quisiera restregarle la victoria de su amigo.

-Si, la he leído –habló Nano decepcionado al ver el motivo de la llamada de Tina -, tengo que dejarte, tengo desmontado el ordenador y quisiera recogerlo todo antes de irme a la cama.

-De acuerdo, nos vemos mañana, adiós Nano.

Tina colgó muy contrariada, no entendía el poco entusiasmo que manifestaba su primo ante una noticia como esa. Ella en su lugar estaría dando saltos de alegría, mucho más teniendo en cuenta la afición de Nano por la escritura, era para que estuviera como loco, ella misma cuando estaba leyendo el nombre de su primo en aquella página dio tal grito que su madre entró en su habitación preocupada. Pensó que la actitud de su primo era una más de sus excentricidades. Era un chico tan raro, quizás la noticia, más que una alegría, para él suponía una incomodidad, esto llamaría la atención de todos sobre su persona, y era sabido que a Nano le gustaba pasar desapercibido.

Después de colgar el teléfono Nano bajo a la cocina a calmar su sed, allí estaba su madre echando unos garbanzos en agua para el día siguiente, y al verlo entrar lo miró y le habló:

-Hijo, tienes mala cara, ¿otra vez tienes fiebre? Si es que no se puede dormir con la ventana de par en par y dejar que la lluvia llegue hasta tu propia cama. No pierdo la esperanza de que algún día tengas un poco de sensatez. ¿Qué te pasa hijo? ¿Te encuentras mal?

-Se me ha roto el ordenador mamá –dijo Nano con una mirada muy triste.

-¡Bueno, acabáramos! No pasa nada hijo, que todo lo que pasara en el mundo fuera eso, ya verás como se arregla. Te voy a calentar un vaso de leche y a la cama, seguro que mañana lo ves todo de otra manera, lo importante es tu salud, ya veremos si mañana vas al colegio –dijo su madre sin soltar el paquete de garbanzos de su mano.

-No puedo faltar mañana de nuevo al colegio mamá, ya voy bastante retrasado en mis estudios –dijo Nano en un intento de ser responsable.

-Nada, nada, lo primero es lo primero, además ya veremos como estás mañana.

Nano se bebió la leche y se metió en la cama, agradecido al inventor de ésta, quien quiera que fuese, estaba tan cansado y aturdido que entrar en ella fue un gran alivio. Perro Weno también pareció agradecido cuando se echó a sus pies.

Al momento Charo entró en el cuarto de su hijo con un poco de agua y un antitérmico en las manos.

-Baja de ahí, perro malo –ordenó la mujer al perro al verlo tumbado sobre la colcha que tanto le costó hacer.

Charo cambiaba la segunda parte del nombre de la mascota dependiendo del motivo por el que se dirigía a ella, si se portaba bien lo llamaba Perro Weno y si se portaba mal perro malo.

-¡Que barbaridad! Como está este cuarto, aquí no se puede uno ni mover. ¡Anda! Tómate esto a ver si duermes de un tirón y mañana estás mejor.

Mientras Nano se tomaba la pastilla Charo se dispuso a cerrar la ventana.

-¿Qué hace esta ventana abierta otra vez? ¿No ha sido bastante el desastre que provocaste anoche? –dijo la madre enfadada.

-No cierres la ventana mamá, mi ordenador tiene que secarse –dijo Nano casi sin fuerzas.

-Pero hijo, ¿no te das cuenta de cómo estás? Además, esta noche se espera otra tormenta. ¿No querrás coger una pulmonía para salvar tu ordenador? Eres increíble Nano, no sé que voy a hacer contigo.

Charo dio las buenas noches a los dos: amo y mascota. Perro Weno la miró cerrar la puerta desde el suelo, esperando su marcha para volver a los pies de su amo.

A la mañana siguiente llovía casi tan copiosamente como el día anterior. Y Charo decidió que su hijo estaría mucho mejor en cama, ante las protestas de éste. Perro Weno lo acompañaba en sus encierros todo el tiempo, estaba acostumbrado a que la delicada salud de su amo lo obligara a quedarse sin pasear durante días. Cuando necesitaba salir emitía unos pequeños gemidos y Nano le abría la puerta del dormitorio, el animal bajaba precipitadamente las escaleras y buscaba a Charo, ella ya sabía que necesitaba salir y lo dejaba ir al jardín, allí Perro Weno hacía sus necesidades y volvía apresuradamente con Nano. También perdía el apetito como su dueño, a Charo le sorprendía hasta el punto que aquel animal se solidarizaba con su amo. El estado de Perro Weno dependía totalmente del de Nano, comía con él, dormía con él, paseaba con él y también parecía enfermar con él, ella agradecía que fuese un perro sano, porque si aquella solidaridad se

diera al contrario su hijo no levantaría cabeza.

Tina llegó al colegio y se quedó en el pasillo esperando a Nano. El día anterior su primo no le dio la oportunidad de felicitarlo debidamente y estaba deseando de hacerlo. En su lugar apareció Quino.

-¿Sabes la noticia? –dijo Quino dirigiéndose a Tina, y dando por hecho que sabía a lo que se refería.

-Si, claro, ¡enhorabuena Quino! ¿Estarás muy contento?, otro año más en el concurso, espero que esta vez consigas algún premio. ¿Y tú? ¿Sabes la auténtica noticia? –preguntó ahora Tina a sabiendas, también, de que Quino tenía conocimiento de la entrada de Nano en el concurso.

-si, la sé, ¿no es increíble? No recuerdo que Espaguifotas haya terminado jamás una redacción en clase –siguió hablando Quino ahora en tono de burla -. Hasta que no lo oiga en boca de Don Rafael no lo creeré, esto más bien parece que nuestro tutor ha tenido un error al escribir en la página, resulta imposible que Espaguifotas haya sido admitido a concurso.

Tina cambió su expresión alegre y dejó asomar un semblante mucho más formal para lo que iba a decir ahora.

-No conoces a Nano, no tienes ni idea de las horas que dedica a escribir y dibujar, es un chico que puede sorprenderte, deberías tener más cuidado cuando juzgas a los demás, sobre todo teniendo en cuenta lo mal que llevas equivocarte.

En aquel momento entró en clase Don Manuel, y todos lo siguieron para comenzar la clase de matemáticas.

Durante el recreo Don Rafael buscó a Antonio en el patio, ese día no tenía clase con él, y estaba deseando hablar con el muchacho y felicitarlo. Pero el lugar donde Nano se sentaba tras su libreta estaba vacío, siguió buscándolo con la mirada y comprendió que ese día no había ido a clase -“Seguramente vuelve a estar enfermo” -pensó el profesor. La salud de ese chico le preocupaba, faltaba demasiados días a clase durante el curso, y siempre por enfermedad. Recordó el aspecto con el que Antonio apareció la mañana anterior, completamente empapado, cómo se sentó en el patio con toda aquella humedad pegada a su cuerpo, y se sintió culpable por no haberlo mandado a casa para ponerse ropa seca, seguramente ese era el motivo de su ausencia y estaría en cama con algo de fiebre. Pensó que lo mejor sería llamar por teléfono a casa de los dos alumnos seleccionados para el concurso, y hablar con los padres para concertar una cita personal. Aunque estaba seguro de que los padres de Quino estarían de acuerdo con la participación de su hijo en el concurso, y su hijo, por supuesto, mucho más. Sin embargo no tenía tan claro lo que pensarían los padres de Antonio, y tenía que hablar con ellos

antes de ponerse a agilizar los trámites que requería el evento, además, por supuesto, necesitaba una autorización firmada de estos para que los alumnos quedaran legalmente inscritos.

Ante la ausencia de Antonio prosiguió la búsqueda del otro alumno y se acercó a felicitarlo.

-¡Hola Joaquín! ¿Tienes un momento?

-¡Hola Don Rafael! Si, claro, dígame –contestó Quino con gran satisfacción, sabiendo de sobra el motivo por el cual su profesor de lengua y literatura llamaba su atención.

-Quería felicitarte, ya sabrás que este año también entras en el concurso –dijo el profesor.

-Si, si, lo se, junto con... Antonio –Quino casi lo llama Espaguifotas delante de su tutor, pero rectificó a tiempo y siguió hablando -, estoy muy sorprendido, por todos es sabido la imposibilidad de Antonio para terminar sus trabajos en clase, de hecho he llegado a pensar que fuese una equivocación.

Don Rafael miró al alumno con gesto tenso, y ahora su voz sonó menos amable:

-Eso no es de tu incumbencia Joaquín. Pero para tu tranquilidad te diré, ya que veo como te preocupas por tu compañero, que el trabajo de Antonio está escrito por su puño y letra desde la primera palabra hasta la última, y esa era la única condición indispensable para participar –explicaba el profesor cada vez mas enfadado -. Bueno, no te entretengo más, no quiero privarte de tu rato de juego. ¡Ah! Una última cosa, llamaré a tus padres por teléfono para concertar una cita personal. Ya sabes que es necesaria la autorización.

-¿Hablará también con los padres de Antonio? Menuda sorpresa se van a llevar, no se lo van a creer –siguió aquel niño insolente.

-Tu manifiesta impertinencia me preocupa Joaquín, créeme que si yo te diera clases de ética te costaría mucho aprobar –dijo finalmente el profesor dándose la vuelta de inmediato en un gesto claro de desagrado.

Esa misma tarde Don Rafael se dispuso a hacer las dos llamadas telefónicas: a los padres de Joaquín y a los de Antonio, no podía demorarlo, era necesario tramitar los papeles del concurso cuanto antes, aún quedaban unos días, pero era un hombre que no dejaba para mañana lo que podía hacer hoy.

Primero llamó a los padres de Joaquín, que se mostraron encantados con la esperada llamada de Don Rafael, y quedaron para verse en casa el jueves por la tarde. Más tarde se dispuso a llamar a casa de Antonio, estaba deseando saber como habían reaccionado al conocer la noticia.

-¿Diga? –descolgó Charo el teléfono.

-¿Doña Rosario Pino? –contestó Don Rafael al otro lado del teléfono.

-Sí, sí, soy yo, ¿con quien hablo?

-Buenas tardes Doña Rosario, soy Don Rafael Medina, el tutor de su hijo.

-¡Ah! Buenas tardes Don Rafael, dígame, dígame.

-En primer lugar quería preguntarle por la salud de Antonio, hoy ha vuelto a faltar a clase, ¿se encuentra bien?

-Está en cama con algo de fiebre, parece que ayer cogió un poco de enfriamiento, ya sabe usted lo delicado que es mi Nano, pero esta tarde está algo mejor, y quizás mañana, si mejora el tiempo, vuelva a clase. Le llevará la justificación de la falta –explico Charo agradecida porque el profesor se interesara por su hijo.

-Me alegro, me alegro mucho de que esta tarde Antonio se encuentre mejor, espero verlo mañana en clase –dijo el profesor restándole importancia a la justificación, de más sabía que la llevaría, como siempre.

-Muchas gracias Don Rafael, le diré a mi hijo que ha llamado para preocuparse por su salud –dijo Charo creyendo que la conversación estaba terminada y dispuesta a despedirse.

Pero el profesor todavía tenía otra cosa muy importante que hablar con la madre de Antonio. Por la forma en que Charo había llevado la conversación se dio cuenta de que ésta parecía no saber nada del concurso, quizás Antonio tampoco lo supiera, o no había querido decirle nada a sus padres, era un chico tan especial, quien sabe lo que pasaba por esa cabeza. Sin ninguna intención de terminar aún la conversación el profesor siguió:

-Verá Doña Charo, aparte de interesarme por la salud de Antonio tengo algo muy importante que hablar con usted. No se si su hijo le habrá comentado que ha sido admitido para participar en un concurso de jóvenes escritores –dijo el tutor deseando escuchar la respuesta de Doña Rosario.

-¡Mi Nano! ¿Está seguro? ¡Mi Nano! Pero si no me ha dicho nada –hablaba ahora Charo con gran sorpresa y alegría.



-Pues es extraño, la noticia fue puesta ayer en la página Web del colegio, su hijo, además de tener Internet, creo que es un asiduo ínter nauta –prosiguió Don Rafael, sorprendido al ver que aquella madre no sabía una noticia tan importante para su hijo. Pero le agradó mucho haber disfrutado de su reacción, tan espontánea y entusiasta.

-¡Ay! Verá usted Don Rafael, es que tiene el ordenador averiado, de hecho ayer llegó tarde al colegio porque dejó la ventana abierta de su cuarto y entró agua por culpa de la tormenta, no se imagina como se puso todo, su ordenador, sus dibujos, sus escritos, todo

empapado. Se levantó como un loco para intentar secarlo todo, y... al final llegó tarde al colegio, no sabe usted lo importantes que son sus cosas para él –Charo siguió explicándose -, por eso no sabe la noticia, porque se mojó su ordenador y no le funciona, ¡ay!, cuando se lo diga. ¡Ay!, cuando mi Nano se entere de que una de sus historias va a concursar, se va a quedar de piedra, que ilusión más grande le va a hacer. Y, ¿qué clase de concurso es? –en aquel momento Charo quería preguntarle mil cosas al profesor, estaba tan nerviosa que no estaba segura ni de lo que hablaba.

-Es un concurso nacional de jóvenes escritores, tiene bastante prestigio, teniendo en cuenta de que es un concurso para chicos –explicó Don Rafael abrumado por la desbordante alegría de aquella madre -. Escuche Doña Rosario, ¿me escucha?

-Sí, sí, como no.

-Verá –siguió el profesor -, necesito concertar una cita con usted y su marido, si es posible, en su casa si le parece bien, para explicarles las bases del concurso y que me firmen la autorización, debo mandarla lo antes posible, ¿qué día le parece bien?

-Pues... -dudó Charo mientras pensaba -, en realidad a mi me viene bien cualquier día, el problema es que mi marido no estará aquí hasta el viernes por la tarde, ya sabe usted que por su trabajo siempre está viajando.

-Está bien Doña Rosario, el viernes es perfecto, ¿le parece bien a las seis?

-Sí a las seis, estaremos esperándolo. ¡Ay madre mía! Cuando se lo diga a mi Nano.

-No sabe cuanto me alegro de haber sido portador de tan grata noticia. Encantado de haber hablado con usted Doña Rosario. Transmítale mis felicitaciones a Antonio y mi deseo de que se mejore. Hasta el viernes entonces –se despidió Don Rafael con un gesto alegre, aunque Charo no pudo disfrutarlo.

-Hasta el viernes Don Rafael.

Cuando Charo colgó el teléfono, estaba tan excitada que no sabía si llamar primero a su marido al móvil o darle la noticia a su hijo. En realidad Charo no tenía ni idea de la importancia de aquel concurso, y mucho menos esperaba que su hijo ganara algún premio. Lo único que tenía claro es que: el sólo hecho de que Nano hubiera sido elegido para algo era importantísimo para él, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de algo relacionado con lo que más le gustaba hacer. Aunque madre e hijo no solían hablar de sus cosas, por el carácter reservado de Nano, a ella no le hacía falta ese diálogo para saber lo que esto significaba para su hijo. A veces, cuando Charo lo miraba y lo veía tan ausente, casi podía leerle la mente, intuía cómo él en esos momentos se estaba imaginando a sí mismo como el protagonista de una de sus fantásticas historias. Sabía cuanto necesitaba su hijo un éxito, aunque fuera muy pequeño, y éste era más que suficiente para el espíritu de aquel inseguro muchacho.

Decidió que primero le daría la gran noticia a su hijo. Charo subió las escaleras, abrió la puerta del cuarto de Nano, y allí estaba. Se había levantado de la cama y estaba intentado montar su ordenador. Contempló aquella imagen por un instante y pensó en el hijo tan especial que tenía, en aquel momento sintió un amor hacia él que no le cogía en el pecho.

Los sentimientos

-Hijo mío, ¿Por qué te has levantado de la cama? –dijo Charo.

-Estoy mejor mamá, y quiero comprobar si esto vuelve a funcionar –contestó Nano.

-Siéntate hijo, tengo que decirte algo importante –prosiguió aquella madre emocionada.

Nano se sentó en la silla anatómica que su madre le compró para que estuviera cómodo, le preocupaba las horas que su hijo pasaba sentado. Miró a su madre fijamente detrás de sus descuidadas gafas, y esperó sin decir nada.

Charo tuvo la tentación de coger a su hijo entre sus brazos y colmarlo de mimos y arrumacos, su corazón estaba a punto de estallar, pero se contuvo, quería hablarle frente a frente y verle su carita con claridad.

-Ha llamado Don Rafael –comenzó –, para comunicarnos que uno de tus trabajos ha sido seleccionado para el concurso nacional de jóvenes escritores –y esperó mirándole fijamente a través de las gafas de ambos.

-¿Yo? –Dijo Nano con la misma sorpresa pintada en la cara -¿Yo? Pero... ¿Estás segura mamá? ¿Esto no será una broma de Quino? ¿Seguro que hablabas con Don Rafael? –preguntaba una y otra vez Nano.



Lo que estaban oyendo sus oídos le parecía tan increíble que sólo podía ser otra de las pesadas bromas de aquel malévolo muchacho.

-Si hijo, segurísima, hemos quedado aquí en casa el viernes –aseguró la madre sin perderse ni un sólo gesto de aquel rostro, quería grabarlo en su mente para siempre -. He hablado un buen rato con tu profesor, y estoy totalmente convencida de que era él. Dice que pensaba que ya lo sabíamos, la noticia está desde ayer en la página Web del colegio.

Ya le he comentado que se te ha roto el ordenador y que por eso no sabías nada.

-Pero... eso es fantástico, y... me está pasando a mí, ¡OH mamá! Voy a concursar. Yo... no puedo creérmelo –decía Nano mientras, por primera vez en mucho tiempo, se echó en los brazos de su madre sollozando como un bebé, y dejándose mimar y besar todo lo que quiso Charo.

-Eres un buen chico hijo mío, te mereces todo lo bueno que te pueda pasar. Mi Nano, mi pequeño, como me alegro por ti. Lloro hijo, llora todo lo que quieras mientras sea de alegría –decía Charo al oído de su hijo meciéndole entre sus brazos -. Sabes que esto no quiere decir que tu trabajo sea premiado, no quiero que te hagas falsas ilusiones. Sólo has sido admitido en el concurso.

-Si mamá, lo sé, he visto la página Web de ese concurso mil veces, sé cómo funciona, pero ya me han dado el mejor de los premios. Ahora todos sabrán que el tiempo que paso aquí metido no lo dedico sólo a echar hojas arrugadas a la papelera, y me respetaran –hablaba Nano entre sollozos mientras las lágrimas le caían por detrás de sus gafas -, es lo único que quiero mamá, que me respeten y que dejen de reírse de mí, y que no digan que estoy loco.

-Nadie piensa que estás loco hijo, y quiero que sepas que aunque jamás se reconozca tu trabajo yo siempre te apoyaré y estaré a tu lado. Anda vamos a decírselo a tu padre, ya verás la alegría que se va a llevar –dijo Charo para terminar, aprovechando que su hijo estaba parando de llorar. Ahora era ella la que lloraba sin parar, que su hijo se hubiera desahogado en sus brazos la llenó de emoción.

-Vale, vamos a llamar a papá, pero antes déjame que encienda el ordenador, si es que funciona, y ver la página Web del colegio, tengo que asegurarme con mis propios ojos de que todo esto es verdad. Enseguida bajo, es sólo un momento.

Charo cerró la puerta tras de sí mientras se secaba las lágrimas, no lloraba con tantas ganas desde que era una niña.

Nano enchufó el ordenador, y se encendió, parecía que aquella tarde todo le iba a salir bien.

Cuando entró en la página Web del colegio y leyó la noticia, no podía creerlo, aunque su madre se lo había confirmado una y otra vez, todavía le resultaba imposible. Antonio Ruiz Pino, ese era su nombre, era increíble pero cierto. Todos sus sueños estaban escritos en aquella página.

Pensando y pensando, Nano comprendió que el único trabajo que podía haber mandado Don Rafael era el que terminó en casa para él. Ahora lo comprendía todo, porqué le pidió que acabara aquella historia en casa, y porqué se lo recordó en varias ocasiones cuando vio que tardaba en entregársela. El profesor lo tenía todo pensado,

creyó en él desde el principio, pero no tenía nada para mandar al concurso y tuvo que valerse de aquella artimaña para conseguirlo.

Imprimió la página con la noticia y después de leerla una y otra vez bajó con ella al salón, con Perro Weno a su alrededor dando saltos, pensaba que ese papel era para jugar, como otras veces hacía su amo.

-¡Salvador...! ¡Salvador! –gritaba Charo creyendo no ser oída al otro lado.

-Te escucho Rosario, no grites, te escucho perfectamente, ¿quieres tranquilizarte? –decía Salvador muy sorprendido por la llamada.

-Perdona, pensaba que tu móvil tenía interferencias.

Salvador llamaba a Charo por su nombre de pila, pensaba que era demasiado bonito como para cambiarlo, según él, por el ridículo Charo. Era el único que la llamaba así.

-Escúchame, tengo que decirte algo –siguió Charo con el tono de voz todavía un poco alto -. Tu hijo va a participar en un concurso nacional de literatura para chicos de su edad. ¿No es maravilloso? Nano y yo estamos entusiasmados, no podíamos esperar a las siete para contártelo.

-Espera Rosario, voy a aparcar el camión, no estoy seguro de lo que me has dicho.

Salvador aparcó el camión y reanudó la conversación con su esposa:

-Dime Rosario, repite.

-Que tu hijo va a participar en un concurso de literatura Salvador. Nuestro Nano. Un concurso nacional para jóvenes escritores. ¿Qué te parece? Estamos los dos tan contentos.

Salvador respiró hondo y habló:

-¡Me cachis! Que alegría más grande me estás dando. Pásame a Nano que lo felicite.

Ahora era el hijo de Salvador el que estaba en el aparato.

-Dime papá, soy yo.

-Nano hijo, cuanto me alegro. Ese es mi muchacho. Si al final tanto encierro va a resultar que sirve para algo. Hijo disfruta de este pequeño éxito, ya hablaremos el viernes. ¿Nano? ¿Nano, estás ahí?

-Si papá, estoy aquí, soy tan feliz –dijo Nano con un gesto radiante y tierno a la vez.

Salvador, al escuchar cómo su hijo se expresaba y decía abiertamente, por primera vez, que era feliz, tuvo que contener la emoción para que no se notara al otro lado del teléfono.

-Dile a tu madre que se ponga hijo, nos vemos el viernes –prefirió terminar aquella conversación con su hijo antes de que éste notara que lloraba como un niño.

-Adiós papá.

-¿Salvador? –Volvió a hablar Charo –El viernes a las seis vendrá Don Rafael para comentarnos las bases del concurso y que firmemos la autorización, tendrás que suspender tu partida de dominó.

-Por supuesto Rosario, allí estaré, faltaría más.

Charo notó la emoción de su marido, pero no quiso decirle nada, ella sabía que su marido odiaba mostrar sus sentimientos y no quería comprometerlo, así que se despidió.

-Hasta mañana Salvador, ¿hablamos a las siete, como siempre?

-Por supuesto, hasta mañana Rosario. Que alegría nos ha dado nuestro Nano ¿verdad? –y colgó.

Cuando llegó el hermano de Nano éste ya sabía la noticia. Ese día se iba a cenar con una amiga y vino pronto del trabajo para arreglarse. Abrió la puerta de la casa y se fue directamente en busca de Nano. Lo cogió entre sus brazos como si de un muñequito de paja se tratara y lo miró a los ojos.

-Límpiate esas gafas hermanito, un escritor no puede ir así por la vida –dijo portando una gran alegría -. ¿Qué? ¿Cómo te sienta la fama? A juzgar por lo que vas a comerte parece que bastante bien –siguió hablando mientras miraba el gran plato de patatas fritas que había en la mesa. No podía ser para él, ya había llamado a su madre por teléfono para decirle que no iría a cenar.

-¿Cómo te has enterado? –preguntó Charo.

-Me he encontrado a tía Alicia, que iba a tirar la basura, y me ha pedido que felicitara a Nano de su parte. Como a mí no se me informa de nada en esta casa, he tenido que preguntarle a ella el motivo de la felicitación –contestó Juan con expresión alegre aún.

-Bájame de aquí Juan, tengo vértigo –apuntó Nano a su hermano aparentando estar molesto por la forma en que lo estaba tratando, pero sin poder disimular su felicidad -. ¡Bájame te digo! –insistió.

-Nos hemos enterado esta misma tarde hijo, después de que tú llamas por teléfono, parece que todo el mundo lo sabía desde ayer menos nosotros –contestó Charo a las palabras de su hijo mayor.

-Bueno, bueno –se volvió a dirigir de nuevo a su hermano -, parece que de ahora en adelante tendré que respetar los carteles de “*No me molestes*” de tu puerta. Será posible lo que esconde el enano este –dijo revolviéndole el pelo a Nano ahora ya en el suelo -. Tengo que arreglarme, me esperan para cenar –y salió disparado al cuarto de baño.

Nano tenía la plena seguridad de que aquel día era el más feliz de su vida. Estaba deseando de ir a clase y ver a Tina, recordó como su prima quiso felicitarlo el día anterior y él no estuvo muy acertado, cuando lo llamó no estaba pasando un buen momento, y además desconocía la noticia, tenía que pedirle disculpas. También quería

darle las gracias a Don Rafael por la ayuda que le había prestado y por confiar en él. No sabía como reaccionaría Quino al saber que competía con él, pero en aquel momento estaba demasiado contento como para ponerse a pensar en ese chico, y de todas formas ya estaba acostumbrado a sus burlas y desprecios.

Esa mañana no llegó tarde a clase, a primera hora tenía matemáticas, como todos los miércoles, y a segunda lenguaje y literatura, la hora de clase más esperada para él.

Al pasar por el aula de tutorías una voz lo llamó:

-¡Antonio! –era Don Rafael.

Nano se volvió y caminó hacia él.

-Buenos días Don Rafael.

-Enhorabuena Antonio –dijo directamente el tutor, saltándose, por primera vez, el saludo de rigor -, me siento muy orgulloso de ti. Y quiero que sepas que tu trabajo me sorprendió gratamente. Tienes un gran talento escondido, sigue trabajando y llegarás lejos. Estoy muy contento por ti –siguió diciéndole a Nano, ahora cogiéndole por los hombros mostrando el gran afecto que sentía por aquel muchacho.

-Gracias por todo Don Rafael, gracias por confiar en mí.

-Soy yo quien debe darte las gracias por cumplir tu promesa. Hablaremos de todo esto el viernes en tu casa. Ahora vete a clase o llegarás tarde otra vez –terminó el profesor con gesto de satisfacción.

-Adiós Don Rafael –se despidió Nano.

-Hasta ahora.

Por el pasillo, Nano se dio cuenta de que acababa de experimentar un sentimiento nuevo: el afecto a un profesor.

Tina se encontraba de espaldas en la puerta del aula cuando Nano llegó, y antes de que se volviera la saludó con alegría:

-¡Buenos días Tina!

-¡Hola Nano!

-Quería pedirte disculpas, siento no haber estado muy amable durante nuestra última conversación. Tenía un mal momento, y desconocía el motivo de tu llamada, cuando tu llamaste yo no sabía que estaba en el concurso –consiguió decir Nano algo nervioso.

-Lo sé Nano, mi madre se encontró a tu hermano y supo que en vuestra casa nadie sabía nada del tema. No pasa nada, tranquilo, y felicidades, no te imaginas la alegría que sentí al ver tu nombre en la página Web del colegio.

En aquel momento Quino y Rubén se incorporaron a la conversación que mantenían los dos primos.

-¡Vaya! Por fin me encuentro con mi duro rival, ¿Dónde te has metido Espaguifotas? ¿Otra vez te has escondido bajo las sábanas? –dijo Quino con gran ironía, y siguió –. Mira por donde, por fin, vamos a medirnos tu y yo en algo importante.

-No tengo ningún interés en medirme contigo Quino –contestó Nano.

-Pero si habla y todo, hay que ver lo bien que te ha sentado el éxito. ¿Has oído Rubén? Parece que además de escribir también habla –siguió con su tono de burla.

-¡Basta ya Quino! Déjalo en paz –habló Tina enfadada.

-Deja de defenderle Tina, puede hacerlo él solo, ¿o no, Espaguifotas?

En aquel momento llegó Don Manuel y los chicos tuvieron que interrumpir la conversación.

A segunda hora entró Don Rafael en el aula y saludó a los alumnos:

-Buenos días a todos. Para los que no lo sepan todavía, tengo que daros una buena noticia: este año dos de vuestros compañeros, Antonio y Joaquín, participaran en el concurso nacional de jóvenes escritores. Dentro de quince días se producirá el fallo del jurado, como el acontecimiento será en viernes por la mañana y es día de clase, podremos asistir al acto con vuestros compañeros y acompañarlos en ese momento tan importante. Como sabéis, el lugar donde se producirá el evento está a una hora de aquí, de manera que me he tomado la molestia de fotocopiaros unas autorizaciones, que deberéis traer firmadas por vuestros padres en los próximos días aquellos que queráis venir. Bien, empecemos la clase –terminó el profesor.

Cuando Nano oyó su nombre en boca del profesor ante todos los compañeros creyó reventar de gozó. Era la primera vez que alguien lo nombraba en público para algo positivo.

El viernes pasó el día muy inquieto, Nano no daba pie con bola, tuvo el mayor número de tropiezos por día de su vida y no le entraba nada en el estómago. La visita que esperaba toda su familia a las seis había puesto la casa boca abajo. Su madre llevaba dos días limpiando como una loca. Incluso Perro Weno se mostraba más excitado que de costumbre.

La visita de Don Rafael

A las seis en punto sonó el timbre y Perro Weno empezó a ladrar de una forma desmedida, sabiendo que quien llamaba era un completo extraño.

Charo ya tenía preparado el café y unas pastas “finísimas”, según ella, que había comprado en la mejor confitería de la ciudad. Decía que el acontecimiento lo merecía.

-¡Buenas tardes Don Rafael! –saludó Charo con entusiasmo al abrir la puerta.

-Buenas tardes Doña Rosario.

-Pase, pase, lo estábamos esperando –insistió la mujer.

Después de los saludos de rigor, Don Rafael, Salvador, Charo y Nano se sentaron frente a un precioso juego de café, y una succulenta bandeja de pastas “finísimas”.

Una vez sentado, Don Rafael empezó a hablar:

-Bueno, aquí están las bases del concurso. En ellas fundamentalmente se habla de: la fecha del fallo del jurado, de la forma de votación y de los premios, estos serán tres, todos tendrán una dotación económica con relación a cada premio, además al ganador del primer premio se le regalará un equipo informático con las mejores prestaciones del mercado –Don Rafael siguió hablando ante la atenta mirada de todos -. El alumno deberá ir acompañado de sus padres y tutor, por supuesto también pueden acompañarlo el resto de familiares y amigos. Y por mi parte no tengo nada más que añadir, sólo preguntarles si dan su autorización y están de acuerdo en que Antonio participe en el concurso –acabó por el momento el profesor.

Nano no dijo absolutamente nada en todo el tiempo que estuvo allí su tutor. Estaba tan impresionado al ver a los tres adultos más importantes de su vida allí sentados en el salón, que no quería perderse nada. Ni en sus mejores sueños había imaginado una escena así, aquella imagen se quedaría en su memoria como uno de sus recuerdos más gratos.

Después de aclarados los puntos principales y que la autorización firmada estuviera en la cartera del tutor, el ambiente se relajó.

-¿Quiere una pasta Don Rafael? –dijo Charo extendiendo la bandeja.

-Si, gracias –cogió una pasta con una gran cereza en el centro y siguió hablando del tema -. Quiero que sepan que han sido admitidos a concurso doscientos cuarenta trabajos de todo el país. Espero que nadie se sienta decepcionado si Nano no consigue ninguno de los premios, sería lo más normal. El sólo hecho de que su historia haya sido aceptada para participar ya significa que es excelente.

¡Ah! No se preocupe Don Rafael –habló ahora Salvador -, somos conscientes de eso, en ningún momento hemos pensado en los premios. Nosotros, con el hecho de haber sido seleccionado, ya consideramos un ganador a Nano. Nuestro hijo ha cumplido un sueño, es feliz y eso es lo que importa. Estamos tan contentos por él, no sabe usted las horas que pasa en su cuarto escribiendo y dibujando.

Nano hubiera querido decir muchas cosas en ese momento. Pero como explicarles a aquellas personas todo lo que pasaba por su mente.



Desde luego en los últimos días le estaban pasando los acontecimientos más fantásticos, aquella reunión, su encuentro con el algarrobo..., recordó que estando allí, frente a aquel árbol, seguramente centenario, prometió volver, propondría a sus padres ir a verlo aquel fin de semana, estaban tan contentos con él en aquellos días que seguramente no se atreverían a negarle nada.

El profesor prometió ayudar al alumno en todo lo necesario para que no dejara su afición, y estar a su lado en los próximos días, sabía del carácter tímido e inseguro del alumno, y no quería que este acontecimiento le provocara ningún sufrimiento.

Tranquilizó a Nano y le dio unos buenos consejos. Lo importante ya estaba hecho, sólo había que esperar acontecimientos, y en el caso de que fuera premiado, él estaría en el estrado para entregarle su premio y darle seguridad, aunque volvió a dejar claro que concursaban muchos trabajos y conseguir un premio era muy difícil.

El profesor no quería marcharse sin decir a los padres de Nano lo más importante:

-Tienen que saber que el hecho de que el trabajo de Antonio haya sido admitido a concurso no es gratuito, escribe realmente bien, cuando leí su historia quede muy impresionado, además la ha acompañado de unos dibujos excelentes. Tiene una imaginación brillante, sin lugar a dudas se merece participar en ese concurso, por mis aulas han pasado muchos alumnos, algunos con gran capacidad para la literatura, pero Antonio supera, con diferencia, a cualquiera de ellos. Tiene un gran talento para su edad, y los adultos que formamos parte de su vida estamos en la obligación de ayudarlo, yo, por supuesto, como su tutor y profesor de lenguaje y literatura intentaré ayudarlo en todo lo que esté en mi mano –habló Don Rafael con absoluta claridad, e intentando poner en estas últimas palabras todo el énfasis necesario, para él lo que acababa de decir era mucho más importante que el concurso.

El tutor se despidió de todos, y casi al marcharse llegó Juan.

Cuando Juan vio a Don Rafael se quedó petrificado, aquel hombre le infundía tanto respeto que era la única persona con la que se quedaba sin palabras. Don Rafael también había sido su profesor durante varios años, y fue el único al que nunca consiguió colarle una de sus mentiras. A veces, Juan pensaba si aquel hombre recto y de firmes principios le habría puesto una cámara oculta en algún lugar de su cuerpo, con la que lo vigilaba constantemente. Juan consiguió aprobar su asignatura con muchísimo esfuerzo y horas de academia, porque fue el único profesor al que no pudo camelarse con su carácter dicharachero, aquel hombre no regalaba nada a sus alumnos, y ahora Juan reconocía que gracias a eso había aprendido a escribir correctamente, no podía decir lo mismo del resto de las asignaturas, de las cuales no había aprendido prácticamente nada. Cuando Juan se enteró de que Don Rafael estaba dando clases a su hermano se alegró mucho por él, nadie podía ayudarlo mejor a hacer aquello que tanto le gustaba a Nano, era el mejor educador que había conocido, dedicado por completo a sus alumnos, y de una honestidad intachable.

Pero lo que de verdad enseñó aquel hombre a Juan fue a respetarse a sí mismo, a ser consecuente con sus actos y valiente ante los demás. Nada valoraba tanto aquel profesor como la verdad. Ciertamente era que Juan tenía el mismo carácter alegre y desenfadado con el que nació, el profesor nunca quiso cambiar eso, pero después de pasar por sus aulas su concepto del respeto era mucho mayor, y le costaba mucho más mentir.

Ahora, al verlo de pronto en la puerta de su casa, cara a cara, tuvo la tentación de cuadrarse ante él, como si fuese un simple soldado raso que se encuentra con un alto mando militar. Habían pasado varios años desde que dejó el colegio, pero todavía Juan, en momentos difíciles, cuando le faltaba valor para salir de una situación, rescataba los consejos de aquel profesor.

Don Rafael al ver a Juan, de pronto, frente a frente, se sorprendió gratamente y le habló con verdadero afecto:

-Buenas noches Juan. Me alegro de verte –saludó Don Rafael a aquel alumno que ahora se le presentaba como un hombre hecho y derecho.

-Buenas noches Don Rafael –contestó Juan sin más, mientras ambos se estrechaban las manos -. ¿Cómo está usted?

-Bien gracias, tú ya veo que estás estupendo, tienes unos músculos impresionantes – dijo el profesor, en un intento de relajar a aquel hombre que, por un momento, ante su presencia, volvía a ser un niño.

Don Rafael se alegró de la forma tan grata y correcta en la que le había saludado Juan, pensó que, tal vez, él había tenido algo que ver en eso, años atrás aquel muchacho solía ser bastante descuidado en el trato. Toda la familia, que estaba en el umbral de la puerta, pudo darse cuenta del profundo respeto que sentía Juan hacia su profesor.

Por fin todos se despidieron. La puerta se cerró tras Don Rafael.

-¡Uf! Esto se avisa, no esperaba encontrarme a la voz de mi conciencia al abrir la puerta, casi me da un infarto –comentó Juan para romper aquel silencio lleno de solemnidad que lo hacía sentirse fuera de juego -¿Sabes Nano? Cuando yo estaba en el colegio a Don Rafael lo llamábamos “Pepito Grillo”, ya sabes, la voz de nuestras conciencias, ¡menudo personaje! Debería comprarse un traje nuevo –seguía hablando Juan incapaz de callar cuando se sentía intimidado.

Visita al algarrobo

Aquel domingo hacía un calor espantoso, nada más salir el sol, Nano y sus padres se levantaron dispuestos a ir de excursión al pequeño bosque que había cerca de donde vivían. Nano se lo pidió a sus padres, quería pasar el día en el campo, y bueno, para una vez que el chico mostraba interés por la naturaleza, no iban a negarse. Salvador intentó persuadir a su hijo para ir a casa de su hermano Lucio, al fin y al cabo aquello también era el campo, y mientras su hijo disfrutaba de su nueva afición, él podría irse con su hermano a jugar una partida de dominó a la taberna del pueblo. Pero Nano se negó rotundamente, tenía muy claro adonde quería ir, parecía no estar interesado en la naturaleza en general, sino en un lugar en particular.

Salvador, al levantarse olvidó dar los buenos días a la familia, estaba bastante contrariado, y directamente dijo:

-¡Que barbaridad! Nos espera un día de calor horrible.

-Venga Salvador, no empieces a protestar, veras que cuando te veas allí te alegras. Te he preparado una tortilla de patatas y una carne en salsa que te vas a chupar los dedos – dijo Charo intentando animar a su marido.

-Este hijo nuestro está cada vez más raro, pide poco, pero cuando pide siempre me pone en un aprieto –comentó Salvador caminando hacia el cuarto de baño –, ya sabes lo que opino de este tipo de excursiones, tengo la sensación de que estoy perdiendo el tiempo. ¿Cómo voy a estar todo el día sin hacer nada?

-Si Salvador, lo sé, *“Es una forma estúpida de terminar molido en el único día de descanso que tienes a la semana”*, pero piensa que lo haces por tu hijo, tiene un interés especial en ir a ese sitio, y... bueno tendrá sus motivos, además nos pasamos la vida diciendo que necesita aire libre, no podemos negarnos.

-Si, si, pero que también hay mucho aire libre en casa de mi hermano. Y en aquel lugar, por lo que veo, el aire no sólo va a estar libre, va a estar ardiendo. ¡Qué barbaridad! ¡Qué calor hace! –dijo Salvador ya en el cuarto de baño.

Salvador dejó su vehículo a un lado de la carretera, lo demás habría que hacerlo a pie, esperaba que el lugar elegido por su hijo no estuviera demasiado lejos, no había empezado a caminar y ya estaba sudando copiosamente.

Al padre de Nano le sobraban algunos kilos, su trabajo le obligaba a estar muchas horas sentado, y con el tiempo había cogido bastante peso, aquel camino cuesta arriba, a treinta y dos grados centígrados y con una gran mochila auestas, no le resultaba la forma más agradable de pasar un domingo.

-¡Salvador! –Gritaba Charo -, deja que yo lleve un rato la mochila, vas a asfixiarte.

-Ni hablar, no voy a dejar que una mujer me lleve la mochila ni aunque me caiga al suelo –dijo Salvador casi sin poder respirar.



A los quince minutos de camino Nano vio el árbol que estaba buscando desde el principio, y de pronto gritó a sus padres, que iban unos treinta metros detrás de él:

-¡Está ahí! ¡Lo he encontrado!

Sus padres detuvieron la marcha cuando ya estuvieron más cerca de él, y lo miraron sorprendidos sin entender nada.

-¿Qué está ahí? –Dijo Charo.

-El algarrobo mamá. ¿Ves aquel árbol grande a tu izquierda? –Dijo Nano bajando ahora un poco el tono y señalando con su dedo índice el majestuoso árbol -. Quiero que acampemos ahí, da una sombra magnífica.

- De acuerdo hijo, acamparemos bajo ese árbol –habló ahora Salvador, muy

agradecido al ver que la marcha había terminado.

Los tres caminaron por el pequeño sendero que los conducía al gran algarrobo, y se sentaron bajo su magnífica copa.

Después de beber un poco de agua Nano abrió su mochila, sacó un bloc de dibujo y lápices de colores, y se retiró de aquel árbol lo suficiente como para contemplarlo en toda su dimensión. De inmediato se puso a dibujarlo. Nano estuvo mirando, alternativamente, al algarrobo y a su bloc durante más de una hora, ante la mirada de sus padres. Cuando estuvo satisfecho se dirigió de nuevo hacía el grueso tronco donde estaban recostados Salvador y Charo.

-¿Para eso querías venir? ¿Para dibujar este árbol? –preguntó su padre –. Podíamos haberle hecho una fotografía y lo hubieras dibujado tranquilamente en casa.

-Yo no quería dibujar una fotografía, quería ponerme frente a él, dejar que me contara cosas y poder contarlas yo después con mi dibujo –habló Nano con gran seguridad.

-Que cosas dices hijo, estaba más tranquila cuando hablabas menos –dijo ahora Charo sorprendida por la explicación de su hijo -, y... ¿por qué te gusta tanto ese árbol?

-Pues por eso, porque me cuentas cosas –contestó Nano sabiendo que su madre no le había entendido.

-Vamos a ver Nano, los árboles no hablan –dijo Salvador algo preocupado, las palabras de su hijo lo estaban desconcertando, y cuanto más le preguntaba más se desorientaba.

-Este si papá, si te retiras un poco y te das la vuelta, verás que detrás de tu espalda el algarrobo te está contando cosas.

Salvador se levantó, se retiró un poco del tronco y leyó en voz alta: *“Si das rienda suelta a tu imaginación vivirás las historias más excitantes, y solucionarás los problemas más reales”*.

-Pero hijo, eso es algo escrito por alguien que pasó por aquí. No me está hablando –parloteó Salvador algo nervioso e impresionado.

-No te habla a ti, me habla a mí –siguió Nano.

Salvador en un nuevo intento de hacer que su hijo comprendiera que aquello no tenía nada de fantástico, explicó a su hijo:

-Vamos a ver hijo, que tu leyeras esta frase fue un hecho casual.

-No fue un hecho casual, me esperó muchos años, y cuando estuve cerca me guió hasta que estuve frente a él, para contarme algo que necesitaba escuchar.

-¿Y para qué quieres el dibujo Nano? –preguntó ahora la madre.

-Para ponerlo en mi cuarto, y no olvidarme nunca de lo que me dijo el algarrobo, así no volveré a perderme en ningún camino.

-Enséñanos tu dibujo –pidió Charo a su hijo para acabar aquella conversación que cada vez la estaba confundiendo más.

Nano extendió su bloc ante sus padres y lo examinaron durante un momento.

Salvador, después de haber inspeccionado el dibujo, sorprendido por lo que vieron sus ojos, quiso saber más y le comentó a su hijo:

-Tu árbol no se parece demasiado a este algarrobo. Más bien parece alguien que quiere llamar la atención.

-Si, es así como lo veo –explicó Nano -, como alguien que llama a los caminantes perdidos.

La curiosidad de Charo ante aquella conversación, completamente nueva para ella, hizo que volviera a preguntar:

-Pero hijo, ¿Por qué nosotros no lo vemos así?

-No lo sé, será porque vais por el camino correcto y no tiene nada que deciros.

A Salvador, las explicaciones de su hijo le parecían demasiado profundas y prefirió pensar que sus palabras eran sólo eso, palabras. Pensar de otro modo lo llevaba a la conclusión de que en su empeño de proteger a Nano, como si fuera un ser desvalido, habían ignorado la fuerza de su interior, y eso, como padre, le provocaba un gran miedo. Él tenía que haberse dado cuenta. No era posible que todo esto hubiera ocurrido ante sus propios ojos, mientras él vivía en la ignorancia.

-Bueno, bueno, ¿no os parece que ya va siendo hora de comer? ¿No tenéis hambre? –irrumpió Salvador sus propios pensamientos para volver a la realidad donde se sentía mucho más seguro.

-Si, mucha –dijo Nano.

Charo sacó la comida de las mochilas, y comieron bajo aquella protectora sombra en completo silencio. Los padres de Nano, mientras comían no podían dejar de pensar en las cosas que les había contado su hijo en aquella mañana. Tenían en todo momento la sensación de que casi podían sentir los brazos de aquel monumental árbol.

Después de comer inspeccionaron la zona de los alrededores, más tarde se tumbaron un rato a escuchar la naturaleza.

Pasaron un día magnífico, y a la hora de marcharse los tres se sentían agradecidos por haber disfrutado de aquella jornada en familia, pasarla juntos les había dado una oportunidad única de conocerse mejor.

Nano hubiera querido llevar también a Perro Weno, pero su padre quiso hacer parte

del camino en coche, y Charo se negó rotundamente a llevar el aliento del animal todo ese tiempo en su cara.

-Creo que es hora de irnos –dijo Salvador cuando estuvo todo recogido.

Nano dio una vuelta alrededor del árbol, como si así quisiera despedirse, y en aquel tronco, en la parte contraria de donde habían estado comiendo, encontró otra inscripción.

-¡Papá, mamá, mirad! -gritó Nano excitado –Aquí detrás también hay algo escrito.

Salvador y Charo se acercaron hacia donde estaba señalando su hijo y los tres leyeron: “*La grandeza de un hombre no se mide por sus éxitos, sino por su capacidad de lucha*”.

A Charo se le puso el bello de punta. Estaba empezando a pensar que realmente aquel árbol hablaba.

-Bonita frase, muy bonita –dijo Salvador volviendo sobre sus pasos y reanudando la partida.

-Hijo, ¿sabes lo que quiere decir esa frase? –preguntó la madre.

-Si mamá, el árbol quiere decir que me olvide de los premios del concurso y siga trabajando en lo que me gusta –contestó Nano muy seguro.

-¡Ayyy...! Pero que listo es mi niño –dijo Charo alzando un poco la voz en aquel silencio, mientras apretaba a su hijo contra su pecho.

En aquel momento, Salvador comprendió que el talento de su hijo iba mucho más allá de escribir o dibujar. Y que quizás, algún día, con su arte enseñaría a los demás el verdadero camino, igual que aquel árbol.

Cuando Nano llegó a casa colgó su dibujo en un lugar visible de su habitación, y escribió la última frase que había leído en el tronco del algarrobo en un pequeño papel que decidió llevar siempre consigo. No quería olvidar lo último que le había dicho aquel increíble árbol. Del mismo modo que la primera vez le recordó que si no hubiera dado rienda suelta a su imaginación todavía estaría perdido, esta segunda frase también tenía una intención clara, relacionada con las últimas cosas que le habían pasado, hasta que todo aquello terminara quería tener cerca aquel consejo, para no olvidarlo.

De compras

En aquellas dos semanas previas al fallo del jurado ocurrieron hechos muy importantes en la vida de Nano, pero claro, comparado con haber sido admitido en aquel concurso, nada tenía la relevancia que hubiera adquirido en cualquier otro momento.

Charo, sorprendida por la manera tan rápida en que estaba creciendo su hijo, se rindió, y optó por comprarle ropa. Había intentado aprovechar la que tenía, descosiendo y cosiendo las costuras de sus camisas y pantalones, pero a los pocos días se daba cuenta de que todo volvía a quedarle pequeño. Así que por fin se decidió.

Nano y ella se fueron una tarde a un gran centro comercial. El muchacho no soportaba ir de compras, y mucho menos con su madre. Ella, cuando se encontraba sumergida en aquel mar de ropa, a veces se acercaba rápidamente a un perchero, fuera de sí, creyendo que allí estaba esa prenda ideal que andaba buscando y tenía fotografiada perfectamente en su mente. Pero Nano sabía que ahora quedaban dos fases más: primero tenía que examinar exhaustivamente aquella prenda de cerca, entonces se daba cuenta de que tenía algún adorno aquí o allí que no encajaba con su idea, o al ver la etiqueta era el precio el que no lo hacía con su bolsillo, pero si esta prueba era superada, quedaba aún la peor: probarla. Si la prenda era para ella la cosa se complicaba mucho, que si me queda estrecha de pecho, que si me hace bolsas en el trasero, que si ahora ya puesta me doy cuenta de que el color no me favorece. Nano no comprendía porque en las puertas de los probadores no había asientos, en todos los lugares donde había que esperar había algo para sentarse: en la consulta del médico, en la parada del autobús, hasta en la carnicería de la esquina de su casa. Cuando pasaban más de cinco minutos y su madre seguía allí, en el interior del cajón poniéndose y quitándose todo lo que anteriormente había encontrado a su paso, Nano buscaba desesperadamente un lugar donde sentarse y quitarse del medio, harto de ser atropellado por mujeres poseídas por algún espíritu maligno. Charo, cuando iba a comprar siempre llevaba a su hijo con la excusa de que éste necesitaba alguna cosa, como unas deportivas o una simple camiseta, esta compra la hacía en un par de minutos, y las tres horas siguientes las dedicaba a una actividad en la que corría como si, aún teniendo todo el tiempo del mundo, no pudiera acabarla, comprarse una simple falda podía costarle semanas. Pero la mayor frustración era cuando llegaban a casa, completamente exhaustos, con la boca seca y el estómago lleno de churros, porque eso sí, por muy tarde que terminaran de la compra y aunque ya fuese la hora de cenar, los churros con chocolate de aquella estupenda cafetería del centro no se los quitaba nadie. Una vez en casa, lo primero que Charo hacía era llamar a

tía Alicia por teléfono, para contarle con pelos y señales todo lo que se había probado para traerse sólo una falda, y que ahora que lo había pensado más tranquilamente devolvería al día siguiente, porque no la convencía.

En aquella tarde hubo algunas diferencias, Charo entraba y salía igualmente de aquella estrecha caja, pero ahora Nano estaba dentro, en ropa interior, y diciendo a caca momento, “¡Está ocupado!”. Y cuando llegaron a casa Charo no llamo a tía Alicia para contarle que al día siguiente iría a devolver la compra.

Charo compró a su hijo un montón de ropa: pantalones, camisas, camisetas y calzado. Cada vez que se probaba alguna de esas prendas, le decía orgullosa a su hijo: “hijo, ¡que barbaridad! Creces por momentos, que guapo estás, quien me lo iba a decir”. Especialmente puso mucho interés en la compra de un conjunto de una marca juvenil de moda para el día del fallo del jurado, Nano se negaba, insistía en que era un gasto inútil, que a él no le iban a dar ningún premio y no lo luciría, pensaba que con ese dinero podría comprar una impresora nueva, la que tenía le estaba dando problemas, pero su madre insistió, decía que nunca se sabe, si había sido elegido entre miles de chicos, ¿Por qué no iba a serlo entre doscientos cuarenta?, además, de todas formas estaría toda la familia y él tenía que estar a la altura, era el protagonista.

Cuando llegaron a casa el salón se llenó de bolsas que Charo tendría que organizar, algunas prendas requerían algún arreglo y lo haría al día siguiente, de modo que obligó a su hijo a ponerse de nuevo prácticamente todo, para prender unos alfileres en aquellas zonas que cosería después.

La tarde fue para Nano una pesadilla, y mientras estaba allí, en medio del salón, dando vueltas alrededor de sí mismo para que su madre pudiera hincarle sin problemas aquellos alfileres, sólo pensaba en salir un buen rato con Perro Weno, que mostraba la misma impaciencia que su amo.



También, en aquellos días, Charo decidió ir una tarde a la óptica. Aquella visita no fue tan traumática ni tediosa como la que hicieron al gran centro comercial. A Nano le volvieron a graduar la vista y encargaron las lentillas que recogieron unos días más tarde. En realidad Nano no las había pedido, fue más bien una sugerencia de Charo a Salvador. Su madre pensaba que no practicaba ningún deporte porque no conseguía mantener las gafas en su sitio mientras hacía ejercicio. En un principio a Nano le pareció una fantástica idea, pensar en liberarse de aquel periférico de su cuerpo le gustaba, pero cuando

consultó en Internet los cuidados adicionales que requerían las lentes de contacto pensó que no estaba preparado, teniendo en cuenta su carácter distraído. De todas formas, sus gafas de toda la vida estarían siempre ahí.

En el colegio, Quino no paraba de recordarle a Nano lo extraño que le parecía que estuviera concursando con él en algo así, como dándole a entender que no se lo merecía. Pero a pesar del esfuerzo de Quino por desacreditar a Don Rafael, Nano estaba seguro de que nadie dudaba, todo el mundo sabía de la integridad de aquel profesor y que había guardado las normas de aquel concurso escrupulosamente, por mucho que aquel chico estuviera insinuando a los cuatro vientos lo contrario.

En una ocasión, después de que Quino hubiera estado un buen rato acosando a Nano con sus ironías, Tina se acercó a su primo y le dijo:

-No tengas en cuenta nada de lo que te dice Quino, en el fondo es un buen chico, es sólo que ha sido educado para ser el primero y el único.

-No te preocupes Tina, sobreviviré.

Nano comprendió que su prima intentaba justificar a su amigo ante él, era su amiga, y el sentido de la lealtad de Tina era muy elevado. Pensó que hasta en eso era perfecta.

Don Rafael no hizo ninguna alusión al concurso en esos días, consideró que todo estaba hablado, y a él no le gustaba desperdiciar su hora de clase en comentarios innecesarios. Sólo el día anterior al concurso recordó a la hora que saldría el autobús que los llevaría desde el colegio al lugar del evento.

El gran día

-Buenos días. Como todos ya sabéis, mañana es el día del fallo del jurado del concurso de jóvenes escritores donde participan vuestros dos compañeros. Quiero recordaros que el colegio ha puesto a nuestra disposición un autobús que saldrá de la puerta del centro a las nueve de la mañana. Espero que seáis puntuales, el jurado no va a esperar a nadie. Y ahora sigamos con nuestra clase –terminó Don Rafael con su serio gesto de siempre y como si acabara de decir algo completamente normal.

Pero enseguida Quino levantó su mano para poder hablar:

-¿Si Joaquín? –dijo el profesor.

-¿Yo puedo ir en coche con mis padres? –preguntó el alumno con la intención clara de llamar la atención y recordar a sus compañeros que él era uno de los protagonistas.

-Si, por supuesto, siempre que no llegues tarde –terminó el tutor.

Nano hubiera querido preguntarle al profesor si era imprescindible que él asistiera al acto, porque cuanto más se acercaba el momento más se le revolvía el estómago. Pensar en el día tan espantoso que le esperaba, rodeado de toda su familia y compañeros, le estaba afectando demasiado. Hasta su padre había hecho el trabajo de cinco días en cuatro para llegar aquella misma noche y no perderse nada. Pero no preguntó, supuso que aquello no tenía vuelta atrás, además era incapaz de llamar la atención en clase voluntariamente, sólo pensar en que todas las miradas de sus compañeros se volvieran hacia atrás lo dejaba paralizado.

La tarde anterior al concurso el teléfono de su casa no paró de sonar: tía Alicia para confirmar que asistiría al acto, tío Lucio para disculparse porque le sería imposible asistir, Tina para preguntar a Nano si estaba nervioso, su padre cada media hora para comunicar por que parte del camino de regreso iba y Don Rafael para tranquilizar a Antonio y preguntarle si necesitaba alguna ayuda, intuyendo lo mal que lo debería estar pasando. Después de que Charo descolgara el teléfono, la voz de Don Rafael sonó así:

-Buenas tardes, soy Don Rafael Medina, ¿podría hablar con Antonio?

-¡Hola! ¡Muy buenas tardes Don Rafael! Soy su madre, un momento, enseguida se pone.

-¡Nanoo...! ¡Nanoo...! Baja y coge el teléfono, es Don Rafael, pregunta por ti –gritó Charo.

-Si Don Rafael, buenas tardes –contestó Nano muy agitado por la carrera.

-¡Hola Antonio! Sólo quería preguntarte si necesitabas algo o tenías alguna duda sobre

el acto de mañana. ¿Va todo bien? Ya sabes que me tienes para lo que necesites –dijo el profesor preguntándose si no debiera haberse ahorrado aquella llamada.

-Pues... pues... si, quiero preguntarle algo, ¿es necesaria mi asistencia?

-Pero Antonio, ¿cómo preguntas eso justo el día antes del acto? Naturalmente que tienes que asistir, no olvides que existe la posibilidad, una entre doscientas cuarenta, de que seas premiado, aunque sea muy remota –quiso aclarar el tutor para no dar falsas esperanzas al alumno.

En realidad, el profesor había llamado a Antonio con la intención de decirle que escribiera algunas letras por si era premiado y llamado al estrado, todos los años a los chicos galardonados les pedían que dijeran algunas palabras. Don Rafael pensaba que había más posibilidades de las que parecía de que Antonio fuese premiado, y sólo de pensar en cómo se sentiría aquel muchacho, frente al micrófono, obligado a decir algunas palabras, se le abrían las carnes, se ponía en su lugar cuando tenía la misma edad y comprendía que aquello podía ser demasiado para un niño tan tímido. Pero en vista de lo nervioso que estaba su alumno decidió no decirle nada, para no contribuir más a su ya grave estado de inquietud. Los nervios afectaban mucho al chico, incluso hasta ponerse enfermo, y no le extrañaría que terminara por no asistir.

-De acuerdo, allí estaré, muchas gracias Don Rafael –dijo Nano algo afectado al ver que no había esperanzas de quedarse en casa.

-Está bien, pues entonces hasta mañana, y tranquilo Antonio, no pasará nada que tú no puedas superar. Intenta descansar, no hay nada por lo que preocuparse.

-Adiós Don Rafael.

A la mañana siguiente, la casa de Nano era toda una revolución. Nadie escuchó el despertador, con los nervios todos se habían quedado dormidos de madrugada, y si no fuera porque Perro Weno sintió la llamada de la naturaleza y tiró de las sábanas de Nano, a esas horas todo el mundo seguiría durmiendo. A Nano le parecía que la familia había aumentado, todos iban y venían por los pasillos y las escaleras con tal rapidez que daba la sensación que se habían multiplicado; Charo intentando anudar la corbata de su marido; su hermano Juan persiguiendo a su madre para que le dijera dónde estaba su camisa preferida, que era la única que le iba bien con el pantalón que ya llevaba puesto; y él intentado ponerse las lentillas. En la óptica se las había puesto sin demasiados problemas, pero ahora en casa y solo, la cosa era muy distinta. Ante la imposibilidad de ponerse aquellos trocitos de cristal Nano se dispuso a leer las instrucciones, pero para eso necesitaba sus gafas, y con ellas puestas le resultaba imposible ponerse aquellos minúsculos y transparentes botoncitos, cada vez que los dejaba en el lavabo para leer tardaba un buen rato en volverlos a encontrar, aquella tarea estaba aumentando sus ya

crispados nervios, y se temía lo peor: que las lentillas fueran tragadas por el sumidero del lavabo en cualquier descuido. Al final optó por leer primero aquel papel lleno de minúsculas letras con sus gafas puestas, e intentar memorizar las interminables instrucciones para poder ponerse las lentillas sin tener que estar poniéndose y quitándose sus gafas continuamente.

Mientras se afanaba en aquel imposible trabajo no paraba de escuchar la voz suplicante de su padre pidiéndole que atara a Perro Weno en el jardín, éste estaba muy inquieto, todo el tiempo persiguiendo a unos y otros por toda la casa.

Después de media hora llena de incidentes todos parecían estar listos y dispuestos a salir.

-Un momento –dijo Juan antes de cerrar la puerta tras de sí -, he olvidado algo.

-¡Date prisa Juan, va a darme algo! –dijo la madre en un grito de desesperación.



Juan subió las escaleras y volvió a bajarlas con un frasco en la mano, lo abrió y echó unas gotas de su contenido en la camisa de Nano.

-Es mi colonia de la suerte, no puedes asistir a algo tan importante sin ella –dijo Juan mirando a su hermano pequeño que en aquel momento ya no se lo parecía tanto -. Ahora ya podemos marcharnos.

Hasta entrar en el coche, Charo no paró de mirar a Nano. Su hijo estaba radiante, aquel conjunto vaquero era el que mejor le había sentado en su vida. Por primera vez

aparentaba su edad, incluso más. Y su cara, ahora algo más rellena, libre de sus gafas, mostraba una limpia y brillante mirada. Charo pensó que su hijo en los últimos meses había sufrido un cambio espectacular.

Al rato de estar todos de camino, se oyó una voz en el coche:

-¡Tengo que volver! –era la voz de Nano, muy alterado.

-¿Qué? ¿Qué estás diciendo? –sonó la voz de Charo en aquella caja metálica como un estruendo.

-He olvidado algo y tengo que volver.

-Pero si no necesitas nada, ¿Qué puedes haber olvidado que te haga volver? ¿Llevas las lentillas puestas? –decía la madre cada vez más histérica.

En aquel momento, el padre de Nano dio un volantazo aprovechando un cambio de sentido. Estaba claro que aquella conversación no llevaba a ningún sitio, su hijo hablaba con decisión, Nano no solía expresar sus deseos, pero cuando lo hacía había que cumplirlos, porque no cesaba hasta conseguirlos.

-No entraré en ese salón de actos sin recoger lo que he olvidado –dijo Nano con determinación mientras el coche giraba bruscamente.

Ahora Juan, que curiosamente no se había pronunciado en todo el tiempo, habló:

-Déjalo mamá, si Nano tiene que volver sus razones tendrá, ¿verdad hermanito? Espero que no sea para encerrarte en tu cuarto y haya que llamar a las fuerzas del orden para sacarte –dijo dirigiéndose a su hermano.

-Llegaremos tarde –repetía una y otra vez Charo de regreso a casa -, tanto prepararnos para este día para llegar tarde. ¡Ay! Vais a acabar con mi salud –y seguía -. Deberías haberte ido en el autobús con tus compañeros, esta familia siempre termina llegando tarde a todas partes. ¡Ay! ¡Qué desastre más grande!

-No sé porqué estás tan nerviosa, nadie nos va a echar de menos –dijo Nano.

-Tengo un presentimiento hijo –terminó Charo.

Nano conocía los presentimientos de su madre, siempre resultaban ser una tontería. Cuando en casa pasaba algo importante, anunciaba que había tenido un presentimiento, pero después de que ocurrieran los hechos, y si lo anunciaba antes, pasaban meses hasta que ocurría algo digno de aquel, ya lejano, presentimiento, no le parecía a Nano que su madre fuese una visionaria, y aquel nuevo vaticinio no le afectó en absoluto.

Cuando llegaron de nuevo a casa, Nano salió rápidamente del coche, no es que él tuviera algún interés en llegar a tiempo al acto, lo hacía incitado por su madre, que no paraba de decirle que se diera prisa. Entró en casa seguido por Perro Weno que se mostraba muy contento de volver a ver tan pronto a su amo. Subió a su habitación y

buscó en el bolsillo del pantalón que llevó puesto el día anterior, y allí estaba lo que buscaba, lo cogió y lo metió ahora en el flamante vaquero que llevaba puesto. Antes de marcharse encontró sus gafas en la mesa de su ordenador, decidió guardarlas también en su bolsillo, aquellas lentillas parecía que le estaban molestando un poco, aunque quizás esas molestias eran provocadas por el estrés al que estaba sometido. No quería entrar en el salón de actos tarde, con todo el mundo sentado y tropezando con todos, podía necesitarlas.

Salió también apresuradamente, para dar la sensación a su familia, que seguían sus movimientos desde el coche, de que tenía mucho interés en llegar a tiempo, pero en realidad nada le gustaría más que encontrar todas las puertas cerradas y no pudieran asistir al acto.

-¡Arranca Salvador, arranca de una vez! –dijo Charo antes de que Nano hubiera cerrado la puerta del coche.

Cuando llegaron a aquel majestuoso edificio, el gran recibidor y todos los pasillos que llevaban a los salones de actos eran un mar de gente. Ya en la misma entrada los cuatro miembros de la familia intentaban alzar sus cabezas sobre las demás para encontrar alguna cara conocida, pero aquella tarea resultaba completamente imposible. La gente estaba tan apelotonada ocupando hasta el más mínimo espacio que sólo se veía una gran alfombra de pelos de los más diversos colores.

El fallo del jurado

El edificio, no sólo era una construcción impresionante por fuera, su interior era asombroso, todo revestido de madera tallada, grandes columnas de mármol rosa irrumpían el espacioso recinto, altos techos de los que colgaban grandes lámparas en forma de tela de araña, magníficos óleos sobre sus paredes, todo era grandioso.

A la derecha de Nano y su familia había una zona protegida por cordones dorados, en ella se encontraban algunos miembros de la prensa y la televisión. De repente, aquel muchacho tímido y distraído, tomó conciencia de la importancia del acto y sintió pavor ante la minúscula posibilidad de que fuese llamado a recoger algún premio, pero enseguida comprendió que eso era imposible, y de que entre aquella multitud la posibilidad de llamar la atención era nula, ni siquiera podía tropezar y caer al suelo, no había sitio.

Salvador sintió unas imperiosas ganas de abandonar aquel agobiante lugar, la muchedumbre lo angustiaba sobremanera, no se hubiera metido en un sitio así ni obligado por un ejército, pero se quedó por su hijo, todo por el muchacho, y su mujer parecía tan feliz de recibir tantas felicitaciones por el hijo tan estupendo que tenía.

Nano notó una palmadita en la espalda y una dulce voz que le habló:

-¡Hola Nano! Llevo un buen rato buscándote, ya pensaba que no vendrías –Tina le hablaba con verdadera alegría por haberlo encontrado.

-Yo también creía que no llegaría, pero ya ves, aquí estoy –dijo Nano pensando que acababa de encontrar la única razón por la que valía la pena estar allí.

-Acabo de hablar con Quino, estaba bastante excitado, no hace más que leer, una y otra vez, un pequeño discurso que ha preparado por si consigue algún premio. ¿Tú has preparado algo? Si eres llamado al estrado te pedirán que digas algunas palabras.

-No, no se me ha ocurrido, de todas formas no tengo ninguna posibilidad de ser llamado. La situación de Quino es diferente, ya ha sido seleccionado otros años, sus posibilidades son mucho mayores, alguna vez tendrá que ser premiado –explicó Nano.

-Bueno, eso nunca se sabe, fíjate en ti, quien te iba a decir que llegarías a participar.

Ahora Tina reparó en el aspecto de su primo, y algo impresionada le hizo un comentario al respecto:

-Por cierto, estás diferente, te ves como más... mayor, ese conjunto vaquero te sienta de maravilla, y hueles muy bien. Creo que a más de uno le va a costar reconocerte. ¿Dónde están tus gafas?

-En mi bolsillo –respondió mientras sentía como su cara se encendía estando seguro de haber iluminado con ella todo el gran recinto.

Esta vez Tina también parecía haberse ruborizado. Aquellos comentarios tan espontáneos la habían sorprendido a ella misma.

Se hizo un silencio entre ellos. Mientras Nano la miraba pensaba que su pelo le recordaba a aquel camino dorado que lo llevó hacia el mágico árbol, y sus dientes a las estrellas que dejaba entrar cada noche por su ventana. Verdaderamente era la chica más bonita que había visto jamás.

-Creo que están entrando al salón de actos ¿Vamos? –dijo por fin Tina rompiendo el incomodo silencio.

En media hora todo el mundo consiguió estar en su puesto: el jurado y su portavoz en el estrado, los alumnos que concursaban y sus familiares y tutores en las diez primeras filas, detrás el resto de alumnos y profesorado, y por los pasillos cámaras y fotógrafos. Cuando Nano vio el gran lío de cables que había por las zonas de paso pensó que no pasaría por ahí sin tropezar. Miró el imponente escenario, y se acordó de Quino, se alegraría mucho por aquel compañero si consiguiera subir allí y cumplir sus sueños, era un luchador nato. En cambio él ya no estaba tan seguro de querer ver realizadas sus fantasías, no podría soportar tanta presión. Ahora Juan, como si hubiera leído en la mente de su hermano se acercó a él sin levantarse del asiento, obligando a su madre, que se encontraba entre ambos, a retirarse hacia atrás, y le dijo:

-Ten cuidado con lo que desees hermanito, la mente es poderosa y podría cumplirse.

Nano no le contestó, las palabras de su hermano le habían dejado de piedra. Pero enseguida comprendió que era una de sus pesadas bromas y que no había porque preocuparse.

Nano se encontraba en la séptima fila, entre su madre y su padre, y a cada lado de estos se encontraban: su hermano Juan y su tía Alicia con su hija Tina, respectivamente. En su misma fila cerca del pasillo central estaban Quino y sus padres.

De pronto se apagaron las luces de aquel solemne salón, y el silencio se hizo absoluto, como si un golpe de magia hubiera acabado de pronto con las voces que formaban aquel molesto murmullo. Durante unos segundos, por los grandes altavoces repartidos en todo el recinto, sonó “La flauta mágica” de Mozart, como para dar más solemnidad al acto.

De nuevo empezó el murmullo y una voz sonó cortante y amenazadora:

-¡Silencio por favor!

La voz pertenecía a un hombrecillo con la cabeza completamente calva, dentro de un traje que más bien parecía una caja por donde salían sus extremidades, a Nano le recordó un personaje de sus dibujos favoritos. Éste estaba de puntillas en un intento de

que su boca alcanzara el micrófono. Era el portavoz del jurado y presidente de la organización del concurso.

El discurso del portavoz duró casi quince minutos. Después de presentarse él mismo y al jurado, y de numerosos agradecimientos a todos los alumnos y profesores por el interés mostrado en aquel evento, dijo a los participantes que aquel año el fallo del jurado había estado más reñido que nunca, pero eso lo decía todos los años. Para finalizar hizo un poco de historia sobre aquel concurso anual y recordó sus bases.

Durante el discurso Nano se quitó las lentillas, no soportaba más aquel martirio, peligraba la poca visión que le quedaba. Era consciente de que podía caer alguna de ellas al suelo, no se veía nada y encontrarla sería un imposible, y así fue, cuando su madre le extendió la mano para que depositara en ella los cristalitos, notó que sólo había una, el primer impulso de Charo fue dar un par de gritos a su hijo, pero no era el momento, tendría que dejar para después la reprimenda.

Ahora Nano sólo veía unos bultos casi inmóviles sobre una fuerte luz de fondo, pero estaba mucho más cómodo.

El portavoz del jurado procedió, finalmente, al nombramiento de los premiados, ahora el silencio volvía a reinar.

-Así pues, el jurado ha decidido que el ganador del tercer premio del concurso nacional de jóvenes escritores sea para: ¡Lorena García Garrido!

La alumna apareció entre la oscuridad, subió al estrado y su tutor le dio una estatuilla de bronce que representaba a un niño escribiendo sobre una pequeña mesa.

Una vez con la estatuilla en la mano y los dos besos de su tutor en las mejillas, la niña se acercó tímidamente al micrófono y, aunque llevaba un papel en la mano con algunas palabras escritas, no fue capaz de leerlo, así que muy nerviosa dijo unas simples gracias y bajó presurosa hacia el público que la aplaudía encantado.

Quino estaba muy tenso, como si en cualquier momento fuese a oír su nombre y tuviera que estar pronto para salir de su asiento, durante todo el acto tuvo el discurso, que llevaba preparado, en la mano.

El curioso hombrecillo apareció de nuevo.

-Prosigamos al nombramiento del segundo premiado. El jurado ha decidido que el ganador del segundo premio sea... ¡Marcos López Velasco!

El público aplaudía cada vez con más fuerza mientras el muchacho subía los tres escalones que lo llevaban hacia su premio. El segundo premiado no llevaba discurso, probablemente no imaginaba que lo iban a nombrar, pero no le hizo falta, dio gracias a sus padres, abuelos y tutora con gran desparpajo, y el público respondió con risas y aplausos para demostrar su entusiasmo.

Durante la entrega de los dos premios Nano estuvo bastante abstraído, tuvo la mente ocupada con sus historias imaginarias, despertó de su sueño para escuchar hablar al segundo premiado, su capacidad de oratoria le pareció fuera de lo normal, él sería incapaz de hablar así en público, pero pensó que de todas formas no lo necesitaría jamás, y podía vivir sin esa capacidad.

Para el anuncio y presentación del primer premiado el portavoz se extendió un poco más, como para darle la importancia que se merecía, al fin y al cabo se suponía que estaba hablando del mejor joven escritor del país, y aquello se merecía unas palabras ceremoniales.

-Antes de hacer entrega del primer premio, quiero decir, en nombre del jurado y en el mío propio, que el trabajo al que se le ha concedido la más alta puntuación en este concurso ha impresionado gratamente a todos los miembros del comité, este primer premio ha sido concedido por unanimidad. Todos los que hemos intervenido en este evento damos al agraciado nuestras más sinceras felicitaciones, y lo animamos a seguir adelante, porque vemos en él un gran futuro.

En aquellos instantes, haciendo gala de su costumbre de ausentarse en el mejor momento, Nano recordó que cuando regreso a casa para coger lo que había olvidado, sin darse cuenta, dejó a Perro Weno suelto dentro de la vivienda. Empezó a imaginar lo que estaría haciendo su mascota al verse encerrado. La última vez que lo dejó dentro sin darse cuenta, por supuesto, en su desesperación el animal rebuscó en el cubo de la basura, y cuando su madre y él abrieron la puerta encontraron restos de alimentos y papeles por toda la casa, Charo fue presa de un ataque cuando vio la cáscara de un plátano encima de su immaculado sofá.

El mutismo del lugar era tal que Nano tuvo miedo de que su madre escuchara sus pensamientos, si se enterara de que el perro estaba suelto por su casa saldría corriendo a inspeccionar su sofá poseída por uno de sus arrebatos.

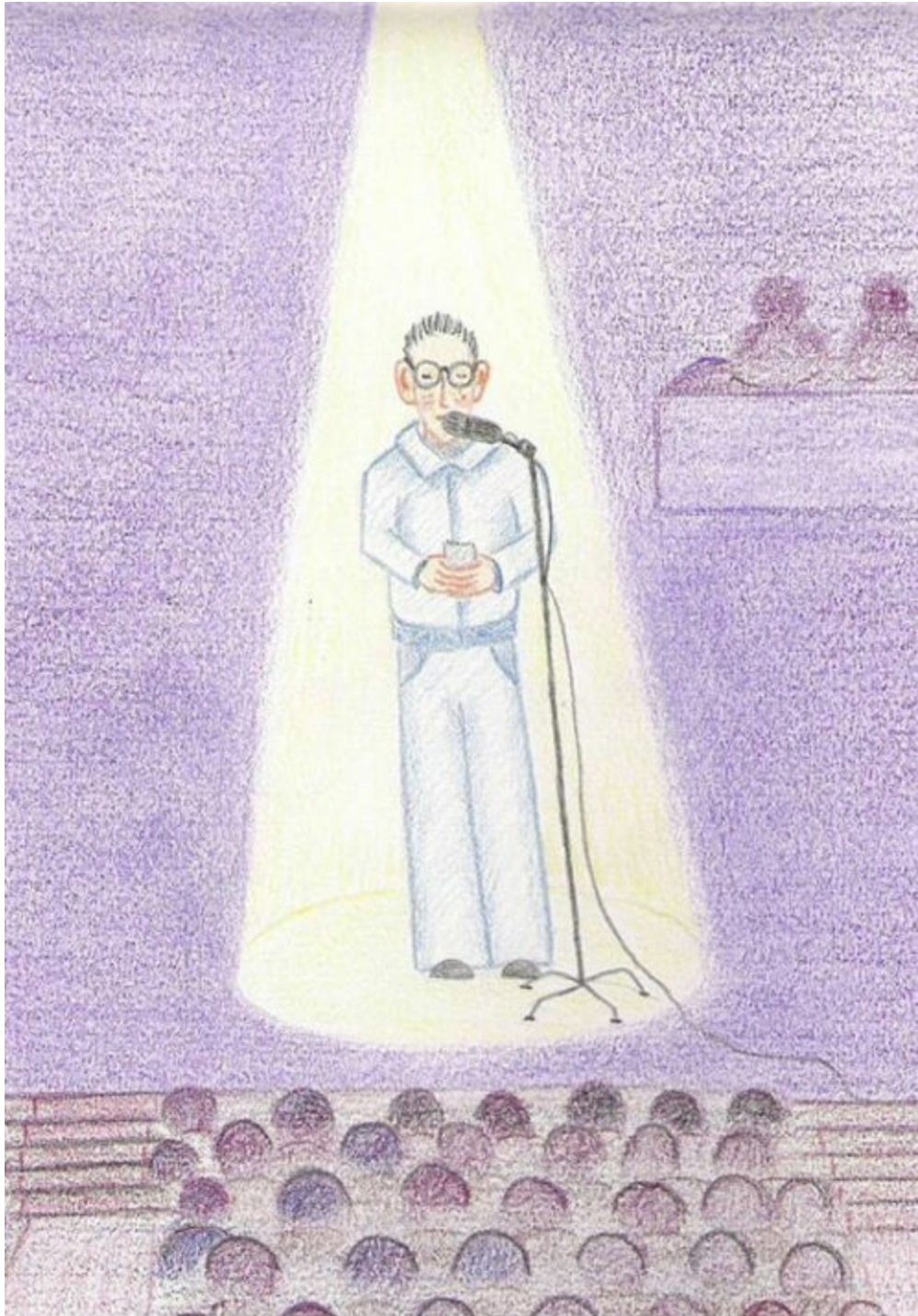
Mientras estaba ensimismado en sus pensamientos el portavoz seguía hablando:

-Aconsejo a todos los asistentes que lean este magnífico relato, será publicado en los periódicos de mayor tirada nacional, y también en el siguiente número de la revista que emite mensualmente la organización. Estoy seguro que no sólo disfrutaran de un gran trabajo literario, además serán sorprendidos por unas magníficas ilustraciones –terminó el hombre antes de llamar al galardonado con el primer premio.

A Don Rafael, que estaba muy atento a las palabras de Don Marcos, que así se llamaba ese hombrecillo tan curioso, le dio un vuelco el estómago. El hecho de que el trabajo que había ganado el primer premio estuviese acompañado con ilustraciones aumentó la esperanza de que fuese el de Antonio, pero se obligó a sí mismo a recuperar

el control y esperar a escuchar el nombre del autor.

Por fin el portavoz se dispuso a dar la ansiada noticia:



-Y sin más demora, el ganador del primer premio del concurso nacional de jóvenes escritores es... ¡Antonio Ruiz Pino!

Toda la sala estaba expectante esperando la salida al estrado del alumno premiado, pero él ni siquiera se había enterado. Charo, intentando controlar la excitación y

consciente del momento tan solemne, cogió a su hijo del brazo, se acercó todo lo que pudo a él, para que pudiera verla en la oscuridad, y le dijo con la voz completamente quebrada:

-Nano hijo, eres tú. El portavoz de jurado acaba de decir tu nombre.

En aquel momento apareció Don Rafael bajo la fuerte luz que iluminaba el escenario, con la estatuilla en la mano.

-Hijo, ¿me has oído? –volvió a decir Charo ahora con lágrimas en los ojos.

Salvador observaba la escena visiblemente emocionado y le habló a Nano al oído:

-Venga Nano, lo harás muy bien, todo el mundo te está esperando –animó el padre a Nano para que saliera por fin de su repentina parada mental.

Cámaras y fotógrafos estaban preparados al pie de la tarima muy atentos, ya todo el mundo empezaba a pensar que aquel muchacho no estaba en el salón.

-¿Antonio Ruiz Pino?! –volvió a sonar su nombre ahora en tono de interrogación.

Don Rafael intentaba buscar a su alumno entre las cabezas que se dibujaban en la oscuridad, deslumbrado por el fuerte foco que había sobre él, pero resultaba imposible. Cada vez estaba más nervioso, casi a punto de perder su imagen de hielo, empezó a pensar que el chico no estaba allí, o que, quizás, conociendo su tímido carácter, no pudiera levantarse del asiento.

-¿Se encuentra entre los asistentes Antonio Ruiz Pino? –insistió la voz entre el silencio.

Nano se levantó por fin de su asiento, y recorrió el pequeño pasillo que había entre las rodillas de los asistentes que quedaban a su izquierda y los respaldos de los asientos que estaban a su derecha. No veía absolutamente nada, su única preocupación en aquel momento era llegar a aquella luz donde se encontraba su tutor sin tropezar con nada. Su mente estaba completamente bloqueada, no podía pensar, caminaba hacia el estrado como guiado por una fuerza mayor. Por fin se encontró en el pasillo central. Dio unos pasos hasta el pie de la tarima y, allí parado, sintió que se iba a desmoronar, alzó la mirada antes de subir y se encontró con la de su profesor. De los ojos de Don Rafael manaba una energía que hizo subir los tres peldaños a Nano como si estuviera levitando. El premiado ya estaba en el escenario, ante la ansiosa mirada de una multitud expectante, compartiendo con su profesor aquel luminoso círculo.

Don Rafael extendió su mano derecha, mientras con la otra agarraba el trofeo, y estrechó con fuerza la de su alumno, como si con ese contacto quisiera transmitirle a Nano toda la seguridad que necesitaba en aquel momento, después miró a Antonio fijamente y éste recogió todo el ánimo necesario para seguir en pie. El profesor le entregó el premio y se apartó del foco dándole todo el protagonismo al muchacho.

Nano sabía que ahora tenía que dirigir al público asistente unas palabras, pero tenía la mente totalmente en blanco. Buscó torpemente en su bolsillo, recordó que llevaba algo que lo podía sacar de aquella situación tan angustiosa. En su intento de hurgar en su pantalón empujó con el codo el micrófono, y éste cayó produciendo un ruido muy desagradable. Nadie se rió.

Quino, que estaba justo en el asiento que daba al pasillo central, se levantó, y con unos pocos y seguros pasos, se puso en el escenario, colocó el micrófono en posición vertical y, mientras sujetaba el trofeo para que Nano pudiera encontrar en su bolsillo lo que buscaba, le dijo al oído:

-¡Felicidades amigo!

Encontrar su primer amigo en aquellas circunstancias era más de lo que Nano creía poder soportar. Pero finalmente consiguió tener un arrugado papel en una mano y sus gafas en la otra, estas parecían haber sufrido algún accidente en su pantalón. Quino le devolvió la estatuilla, y se retiró iniciando un aplauso que todo el mundo siguió con entusiasmo.

Con las manos llenas de objetos, Nano consiguió ponerse sus gafas con una lente rota y una patilla torcida que hacía que estas estuviesen inclinadas hacia un lado. Los asistentes de las primeras filas, que era los únicos que podían apreciar la escena, sonrieron con ternura.

Nano estiró como pudo aquel pequeño papel y leyó:

-“*La grandeza de un hombre no se mide por sus éxitos, sino por su capacidad de lucha*”.

Por unos instantes se hizo un silencio tan denso que Nano podía sentir cómo éste lo aplastaba. Pero al momento fue roto por sonoros aplausos y ovaciones de los asistentes. Un chorro de flash cayeron sobre la persona de Nano, y éste pudo ver a algunos periodistas al pie del estrado esperándolo con micrófonos en la mano. El aplauso duró varios minutos, y todo el mundo terminó en pie.

Cuando la calma volvió al recinto el portavoz del jurado se dirigió al premiado desde su asiento:

-¿Quieres decir algo más?

Nano contestó asustado y con voz temblorosa:

-No, sólo quiero volver a casa y seguir trabajando en mis historias.

El público irrumpió en cálidas risas.

La voz de Don Marcos se oyó de nuevo:

-Bien, para finalizar, como es costumbre, el tutor del ganador del primer premio nos

dedicará unas palabras.

Don Rafael se acercó al micrófono, reguló la altura de éste y comenzó a hablar:

-Hoy es un día especialmente feliz para mí. No sólo porque ha sido premiado un trabajo brillante, también con este premio se ha reconocido la calidad humana de Antonio. Chicos como él, son la razón de que personas como yo, dediquemos nuestra vida a la enseñanza.

Ahora todo el mundo se volvía a deshacer en aplausos, otra vez en pie.

El profesor se acercó a su alumno para abrazarlo y decirle al oído:

-Antonio eres un chico excepcional. ¡Cuánto tenemos que aprender de ti!

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
Contenido	5
Nano	7
En casa de Quino	12
Nano en el colegio	17
LAN Party	22
El beso de Tina	33
Nano en cama	37
Visita a Don Hilario	45
El cumpleaños de Tina	53
Nano y su padre	63
La zancadilla	66
El pastor	71
La excursión	78
La familia de tío Lucio	92
La inundación	97
El castigo de Doña Rosa	101
Honestidad, lealtad y traición	109
El concurso	119
Perro Weno	127
Paseando con Tina	129
La tormenta	135
Don Rafael	138
Nano llega tarde de nuevo	142
La soledad de Nano	145
Charo	148

La noticia	153
Los sentimientos	161
La visita de Don Rafael	168
Visita al algarrobo	172
De compras	177
El gran día	181
El fallo del jurado	187